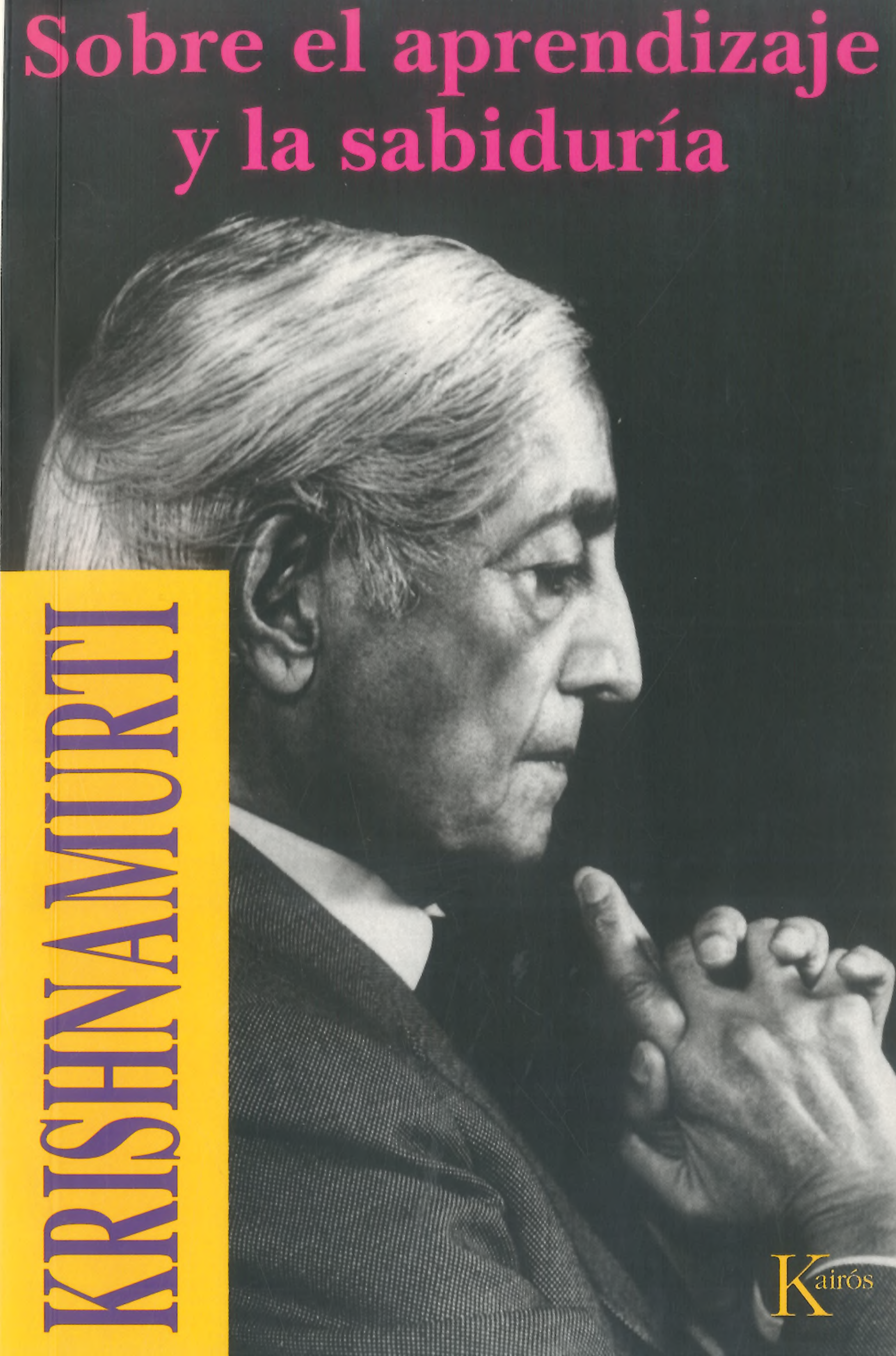
Sobre el aprendizaje y la sabiduría

KRISHNAMURTI



Kairós

Jiddu Krishnamurti

SOBRE EL APRENDIZAJE Y LA SABIDURÍA

editorial Kairós
Numancia, 117-121
08029 Barcelona

El progreso del hombre no radica en el conocimiento acumulado... Los científicos y otros han dicho que el hombre sólo puede evolucionar teniendo más y más conocimientos, escalando, progresando. Pero el conocimiento es siempre el pasado; y si el hombre no está libre del pasado, su progreso tendrá siempre limitaciones. Estará siempre confinado a un patrón particular. Decimos que hay una manera diferente de aprender, la cual consiste en ver de manera comprensiva, total, holística, el proceso completo del conocimiento. El conocimiento es necesario, de otro modo no podríamos vivir, pero la comprensión misma de sus limitaciones implica un discernimiento en la totalidad del progreso. Hemos considerado el conocimiento como algo natural, vivimos a base de conocimiento y continuamos funcionando con el conocimiento por el resto de nuestra vida. Pero jamás nos hemos preguntado qué es en sí el conocimiento y qué relación tiene con la libertad y con lo que realmente ocurre. Hemos dado todo esto por hecho. Ello forma parte de nuestra educación y de nuestro condicionamiento.

Ojai
15 de abril de 1979

PRÓLOGO

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895 y a la edad de trece años lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo» cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus charlas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno a él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida, rechazó insistentemente la condición de gurú que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas.

Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio del cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus charlas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado a partir de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra en una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

MADRÁS, 22 DE OCTUBRE DE 1958

Nuestro problema es la mente, la mente que está condicionada, moldeada, que es el juguete de todas las influencias, de todas las culturas, que es el producto del pasado, que se halla abrumada por innumerables recuerdos y experiencias. Una mente así, ¿cómo ha de liberarse de todo esto y ser un individuo total? Yo digo que eso es posible sólo cuando hay un serio, sincero estudio de uno mismo, no siendo ese «uno mismo» el *atman* o algún así llamado *yo superior*, porque ésas son también meras palabras. Estoy hablando del «yo» que se enoja, el «yo» ambicioso, el que queda lastimado, el que desea ser reconocido, el que es muy agudo, el que dice «tengo que estar seguro», «usted debe considerar mi posición», etc. Ése es el único «yo» que tenemos. El «yo superior», el «superatman», es sólo una ideología, un concepto, una irrealidad; y no es bueno ir tras la irrealidad, porque eso nos conduce a la ilusión y el engaño. Sé que todos los libros sagrados hablan del superatman, cualquier cosa que eso sea, y para el hombre atrapado en el «yo» cotidiano, es un escape maravilloso. Cuanto más especula y más escribe al respecto, más religioso piensa que es. Pero yo digo que, si uno puede examinar el «yo» que todos conocemos, el «yo» del movimiento cotidiano, entonces, gracias a ese conocimiento de uno mismo, gracias al análisis cuidadoso y a la atenta observación, descubriremos que somos capaces de romper con todas las influencias que condicionan el pensamiento.

Otra cosa es que el pensamiento se condiciona a sí mismo mediante el propio proceso del pensar. ¿No es así? Cualquier pensamiento que uno tenga, éste afecta a la mente. Ya sea bueno o malo, feo o hermoso, sutil o astuto... cualquiera que pueda ser, moldea la mente. ¿Qué es, entonces, el pensar? Es, por cierto, la reacción de lo que uno conoce. El conocimiento reacciona, y eso es lo que llamamos el pensar. Les ruego que lo observen. Si están alerta, atentos al propio proceso del pensar, verán que, sea lo que fuere que piensen, eso ya ha moldeado la mente. Y una mente moldeada por el pensamiento ha dejado de ser libre; por lo tanto no es una mente individual.

De modo que el conocimiento propio no es un proceso de continuidad del pensar, sino la disminución y el término del pensar. Pero no podemos poner fin al pensar mediante ningún truco, no por medio de la negación, el control, la disciplina. En ese caso seguimos atrapados en el campo del pensamiento. El pensar sólo puede llegar a su fin cuando uno conoce el contenido total del pensador y así comienza a ver lo importante que es el conocimiento propio. Casi todos nos satisfacemos con un autoconocimiento superficial, el corriente ABC de la psicología. De nada sirve leer unos cuantos libros de psicología, arañar un poco en ellos y decir que uno sabe. Eso es tan sólo aplicar a la mente lo que uno ha aprendido. En consecuencia, ustedes deben empezar a preguntarse qué es el aprender. ¿Ven la relación entre el conocimiento propio y el aprender? Una mente que se conoce a sí misma está aprendiendo, mientras que una mente que tan solo añade a sí misma el conocimiento adquirido, está meramente acumulando. Una mente que acumula jamás puede aprender. Obsérvenlo, por favor. ¿Aprenden ustedes alguna vez? ¿Han descubierto ya si aprenden algo o si sólo acumulan información?

Sin conocimiento propio no hay individuo. Cuando ustedes escuchan esa afirmación, ¿cuál es su respuesta a ella? ¿Acaso no preguntan: «¿qué quiere usted decir con eso?». O

sea, dicen: «explíquelo y yo concordaré o discreparé de usted», y después sostienen que han aprendido algo. Pero ¿es eso aprender? ¿Es el aprender un asunto de acuerdo o desacuerdo? ¿No pueden investigar esa declaración sin concordar ni discrepar de ella? Seguramente quieren averiguar si es falsa o verdadera, no si concuerdan o discrepan. A nadie le importa si concuerdan o discrepan, pero si descubren por ustedes mismos si hay o no verdad en esa declaración, entonces están realmente comenzando a ver, a aprender.

Así, pues, una mente que concuerda o discrepa, que llega a una conclusión, es incapaz de aprender. Una mente especializada jamás es una mente creativa. La mente que ha acumulado conocimientos, que se ha impregnado de ellos, es incapaz de aprender. Para aprender tiene que haber frescura, tiene que haber una mente que dice: «no sé pero estoy dispuesta a aprender. Enséñeme.» Y si no hay nadie que enseñe, comienza a investigar por sí misma. No empieza partiendo de un punto fijo para dirigirse hacia otro punto fijo. Eso es lo que hacemos, ¿verdad? Arribamos a una conclusión y, desde ese punto fijo, pensamos más y más y avanzamos hacia otra conclusión. Y a este proceso lo llamamos aprender. Pero si uno observa, ve que está atado a un poste y se mueve meramente hacia otro poste. Eso no es, en absoluto, aprender. El aprender exige una mente deseosa de aprender, pero no con el fin de añadir más a sí misma, porque tan pronto estamos empeñados en añadir a nosotros mismos, hemos cesado de aprender. De modo que el conocimiento propio no es un proceso de sumar. Lo que estamos aprendiendo es acerca del «yo», acerca de las modalidades de la mente. Aprendemos acerca de su astucia, sus sutilezas, sus motivos, sus capacidades extraordinarias, su profundidad, su vastedad. Y para aprender sobre algo, uno debe llegar a ello con una enorme humildad. Un hombre que ha acumulado conocimientos, jamás puede saber qué es la humildad. Puede hablar acerca de la humildad, pero carece del sentido

de humildad. El hombre que aprende es esencialmente humilde.

Tenemos, pues, este problema de dar origen al verdadero individuo. Un individuo semejante no puede ser creado excepto a través del conocimiento de sí mismo, y es preciso aprender acerca de ese «sí mismo», del «yo». No puede haber condenación alguna ni identificación respecto de lo que uno encuentra, porque cualquier identificación, justificación o condena es el resultado de la acumulación; por lo tanto, uno deja de aprender. Vean, por favor, la importancia de esto. Puede sonar muy contradictorio, pero no lo es. Si lo observan, verán cuán necesario es aprender, y para aprender tiene que existir un sentido de completa humildad; no hay humildad si uno condena lo que ve dentro de sí mismo. De igual manera, si uno ve algo bueno y se identifica con eso, cesa de aprender. Así, pues, la verdadera mente individual es la mente capaz de aprender, no la mente que ha acumulado. Tal como somos ahora, estamos todo el tiempo añadiendo a nuestras acumulaciones.

Por ejemplo, ¿alguna vez han examinado qué es la experiencia? Observen; no se limiten a escucharme, vigilen su propia mente e investíguenla mientras estoy hablando. Cuando dicen: «he tenido una experiencia», ¿qué quieren decir con eso? *Experiencia* significa una sensación, una reacción reconocible, ¿no es así? Yo reconozco que estoy teniendo una experiencia placentera o dolorosa. La reconozco porque antes he tenido una experiencia similar. Así, pues, las experiencias anteriores condicionan la experiencia actual. No es una experiencia fresca. Si se trata de una experiencia nueva, ésta inmediatamente se reconoce, se traduce y se convierte en lo viejo. De modo que todas las experiencias condicionan la mente, porque cada una de ellas se reconoce por medio de una experiencia previa. Por lo tanto, la experiencia jamás es un factor liberador.

Mientras todo el mundo está desarrollando técnicos, es-

pecialistas cuyos pensamientos están moldeados y condicionados, no hay posibilidad de que alguno sea un verdadero individuo. La posibilidad de ser un individuo surge sólo cuando uno comienza a aprender y comprender acerca de sí mismo, no a través de los libros, porque el «yo» –lo que somos– no puede ser comprendido por intermedio de ninguna otra persona. Uno ha de observarlo por sí mismo, y sólo en la relación es posible observarlo con claridad, fuerza y con un propósito firme. La manera como nos comportamos, como hablamos, como miramos una flor, un árbol, como miramos a un sirviente, el movimiento de nuestras manos, de nuestros ojos, todo nos mostrará, si estamos completamente atentos, cómo funciona nuestra mente; y la mente es el «yo». Ella puede inventar el «super yo» –o puede inventar el infierno–, pero sigue siendo la mente.

A menos que la mente se comprenda a sí misma, no hay libertad posible. Ustedes tienen que aprender qué cosa tan extraordinaria es la mente. Es lo más maravilloso que tenemos, pero no sabemos cómo usarla. La usamos tan sólo en ciertos niveles, niveles egocéntricos especializados. Es un instrumento magnífico, una cosa viviente de la cual conocemos todavía muy poco. Sólo conocemos los tramos superficiales, las delgadas capas de la conciencia. Y no podemos conocerlas mediante el mero especular respecto de ellas. Sólo podemos aprender sobre ello, y para aprender debemos prestar nuestra atención total. La atención es diferente de la concentración. La concentración sólo vuelve más estrecha a la mente; la atención, en cambio, es un estado que lo contiene todo.

Lo que tiene importancia, pues, para un hombre religioso, no es la repetición de lo que ha aprendido de los libros o las experiencias que ha proyectado su condicionamiento, sino la comprensión de sí mismo, verlas tal como son. Y ver las cosas como son realmente, es una tarea inmensa. No sé si alguna vez lo han hecho, si han observado algo sin colorearlo, sin tergiversarlo, sin nombrarlo. Les sugiero que traten de mirar

lo que llaman codicia, o envidia, y vean cuán difícil es mirar eso, porque las palabras mismas *codicia*, *envidia*, contienen en sí un significado condenatorio. Uno puede ser un hombre codicioso, ambicioso, pero mirar el sentimiento, la sensación de codicia sin condenarla, simplemente mirarla, requiere, como verán, una capacidad extraordinaria.

Todo esto forma parte del conocimiento propio, y sin conocimiento propio, hagan lo que hicieren, aunque tengan superlíderes, superpolíticos, jamás crearán un mundo en el que el individuo se convierta en un ser total y, de ese modo, pueda influir en la sociedad. Si ustedes se interesan en esto, lo investigaremos muy, muy seriamente. Pero si sólo desean examinarlo de manera superficial, es mucho mejor que no lo hagan. Es preferible tener unas pocas personas verdaderamente serias, que tener numerosos seguidores. Lo que se necesita es seriedad, una mente seria, atenta, que empiece a investigar dentro de sí misma. Una mente así descubrirá aquello que es real.

BOMBAY, 24 DE FEBRERO DE 1957

Dado que la vida es tan complicada, uno debe abordarla con gran simplicidad. La vida es un vasto complejo de luchas, infortunios, alegrías pasajeras y, quizá para algunos, la placentera continuidad de una satisfacción que han conocido. Confrontados con este extraordinariamente intrincado proceso que llamamos existencia, es indudable que debemos encararlo muy simplemente; porque es la mente simple, sencilla, la que de verdad comprende el problema, no la mente sofisticada, la mente sobrecargada de conocimientos. Si queremos comprender algo muy complejo, debemos abordarlo muy sencillamente, y en eso radica nuestra dificultad, porque siempre abordamos nuestros problemas con afirmaciones, presunciones o conclusiones, y así jamás los abordamos con la humildad que requieren.

El mero escuchar verbal o intelectual nada significa cuando nos enfrentamos con problemas inmensos. Tratemos, pues, de escuchar, al menos por ahora, no sólo en el nivel verbal ni con ciertas conclusiones a las que la mente puede haber llegado, sino con un sentido de humildad, a fin de que ustedes y yo podamos explorar juntos todo este problema del conocimiento.

La anulación del conocimiento es la revolución fundamental, es el principio de la humildad. Sólo la mente humilde puede comprender qué es verdadero y qué es falso y, en consecuencia, es capaz de abstenerse de lo falso e ir en busca

de aquello que es verdadero. Pero casi todos nosotros abordamos la vida con el conocimiento, siendo el conocimiento lo que hemos aprendido, lo que nos han enseñado, y lo acumulado respecto de los incidentes y accidentes de la vida. Este conocimiento se convierte en nuestro trasfondo, en nuestro condicionamiento. Moldea nuestro pensar; nos hace amoldarnos al patrón de lo que ha sido. Si queremos comprender cualquier cosa, debemos abordarla con humildad; y esa humildad la impide el conocimiento. ¿Han notado que, cuando poseen conocimiento, han dejado de examinar «lo que es»? Cuando ya saben, cuando ya conocen, no están viviendo en absoluto. Sólo la mente que deshace lo que ha acumulado –que de veras y no tan sólo intelectualmente disuelve todo el tiempo lo que ha conocido–, es capaz de comprender. Para casi todos nosotros, el conocimiento se vuelve la autoridad, la guía que nos mantiene dentro del santuario de la sociedad, dentro de las fronteras de lo respetable. El conocimiento es el centro desde el cual juzgamos, evaluamos, desde el cual condenamos, aceptamos o rechazamos.

¿Es posible para la mente liberarse del conocimiento? ¿Puede ese centro del «yo», que es en esencia acumulación de conocimientos, ser disuelto de manera que la mente sea de veras humilde y, por lo tanto, capaz de percibir qué es la verdad?

Al fin y al cabo, ¿qué es lo que conocemos? ¿Conocemos hechos o sólo lo que nos han enseñado sobre los hechos? Cuando lo examino y me pregunto: «¿qué es lo que en realidad conozco?», veo que, efectivamente, sólo conozco lo que me han enseñado: una técnica, una profesión, más la información que he adquirido en la relación cotidiana del reto y la respuesta. Aparte de eso, ¿qué es lo que conozco? ¿Qué conocen ustedes? Lo que conocemos es, obviamente, cuanto nos han enseñado o lo que hemos recogido de los libros y de las influencias ambientales. Esta acumulación de lo que hemos adquirido o que nos han enseñado, reacciona ante el medio;

debido a eso, fortalece aún más el trasfondo de lo que llamamos conocimiento.

¿Puede, entonces, la mente, que ha sido estructurada a base de conocimientos, deshacer lo que ha acumulado y, de tal modo, erradicar por completo la autoridad? Es la autoridad del conocimiento la que produce en nosotros arrogancia, vanidad; y la humildad existe sólo cuando esa autoridad es erradicada, no teóricamente sino de hecho, de modo tal que podamos abordar todo el complejo proceso de la existencia con una mente que no conoce. ¿Es posible para la mente liberarse de lo que ha conocido?

Podemos ver que hay mucha tiranía en el mundo, y esa tiranía se está extendiendo: hay compulsión, padecimiento, tanto física como internamente, y está la constante amenaza de la guerra; y con un mundo semejante tiene que haber, obviamente, alguna clase de cambio radical en nuestro pensar. Pero casi todos nosotros consideramos más importante la acción que el pensamiento que la origina; queremos saber qué hacer respecto de todos estos complejos problemas, y estamos más interesados en la acción correcta que en el proceso del pensar que dará origen a la acción correcta.

Ahora bien, no es posible que el proceso del pensar sea nuevo, en tanto uno piense a partir de cualquier suposición o conclusión. Debo, pues, preguntarme, como ustedes deben preguntárselo, si es posible para la mente anular el conocimiento que ha acumulado; porque el conocimiento se convierte en la autoridad, la cual produce arrogancia, y con esa arrogancia y esa vanidad miramos, consciente o inconscientemente, la vida; en consecuencia, jamás abordamos nada con humildad.

Conozco porque he aprendido, he experimentado, he acumulado, o porque guío mi pensamiento y mi actividad desde el punto de vista de una ideología a la cual me ajusto. Así, gradualmente, origino en mí mismo todo este proceso de autoridad: la autoridad del experimentador, del que conoce, del

que sabe. Y mi problema es: ¿puedo yo, que he acumulado tanto conocimiento, que he aprendido tanto, que he tenido tantas experiencias, deshacerme de todo eso? Porque si no me deshago del conocimiento, no existe posibilidad alguna de un cambio radical. La liberación misma respecto del conocimiento es el comienzo de un cambio semejante, ¿verdad?

¿Qué entendemos por cambio? ¿Es el cambio tan sólo un moverme desde los conocimientos que he acumulado, hacia otros campos del conocer, hacia nuevas hipótesis e ideologías proyectadas desde el pasado? Esto es lo que generalmente entendemos por cambio, ¿no es así? Cuando digo que debo cambiar, lo pienso desde el punto de vista de cambiar hacia algo que ya conozco. Cuando digo que debo ser bueno, tengo una idea, una formulación, un concepto de lo que es ser bueno. Pero eso no es el florecimiento de la bondad. El florecimiento de la bondad llega sólo cuando comprendo el proceso y la acumulación del conocimiento, y me libero de lo que conozco. Entonces existe la posibilidad de una revolución, de un cambio radical. Pero el mero moverse de lo conocido a lo conocido no es cambio en absoluto.

Espero estar expresándome con claridad, porque ustedes y yo necesitamos cambiar radicalmente de una manera tremenda, revolucionaria. Es un hecho obvio que, así como somos, no podemos continuar. Las cosas terribles que están ocurriendo en el mundo exigen un enfoque de todos estos problemas desde un punto vista por completo diferente, con una mente y un corazón totalmente distintos. Por eso debo comprender cómo dar origen a este cambio radical en mí mismo. Y veo que sólo puedo cambiar cuando me deshago de todo lo que he conocido. El liberar la mente de la maraña del conocimiento es, de sí, un cambio radical, porque entonces la mente es humilde, y esa humildad misma genera una acción totalmente nueva. En tanto la mente esté adquiriendo, comparando, pensando en términos del «más», resulta obvio que es incapaz de una acción que sea nueva. Y, ¿puedo yo, que soy envidioso, posesivo, cam-

biar por completo, de modo que de mi mente ya no esté más adquiriendo, comparando, compitiendo? Para expresarlo de una manera distinta, ¿puede una mente vaciarse a sí misma y, en ese proceso de vaciamiento propio, descubrir la acción nueva?

¿Es posible, pues, producir un cambio fundamental que no sea la consecuencia de una acción de la voluntad, que no sea el mero resultado de influencias, de presiones? El cambio que se basa en la influencia, en la presión, en una acción de la voluntad, no es cambio en absoluto. Esto es obvio si lo examinamos. Y si siento la necesidad de un cambio completo, radical dentro de mí mismo, es indudable que debo investigar el proceso del conocimiento, el cual forma el centro desde el que tienen lugar todas las experiencias. En cada uno de nosotros hay un centro que es el resultado de la experiencia, del conocimiento, de la memoria, y, conforme a ese centro, actuamos, «cambiamos». La eliminación misma de ese centro, la disolución de ese «yo», de ese proceso de acumulación, origina un cambio radical. Pero eso exige el arduo trabajo que implica el conocimiento propio.

Debo conocerme a mí mismo tal como soy, no como pienso que debería ser. Debo conocerme como el centro desde el cual actúo y pienso, el centro que se compone de conocimientos acumulados, suposiciones, experiencias pasadas, todas esas cosas que impiden una revolución interna, una radical transformación propia. Y, como en el mundo actual tenemos tantas complejidades y ocurren tantos cambios superficiales, es indispensable que exista este cambio radical en el individuo, porque sólo el individuo y no lo colectivo puede dar origen a un mundo nuevo.

Considerando todo esto, ¿es posible para ustedes y para mí como individuos, cambiar no de manera superficial sino radical, de tal modo que exista una disolución de ese centro desde el cual emana toda presunción, todo sentido de autoridad, ese centro que acumula activamente, que está compuesto de conocimientos, experiencias, recuerdos?

Ésta es una pregunta a la que no se puede responder verbalmente. La planteo sólo para despertar el pensar, la investigación de ustedes, de modo que puedan emprender el viaje solos. Porque no pueden emprender este viaje con la ayuda de otro; no pueden tener un gurú que les diga lo que deben hacer, lo que deben buscar. Si se lo dice, entonces ya no están más en este viaje. Pero, ¿pueden emprender este viaje de investigación solos, sin la acumulación del conocimiento que impide toda investigación ulterior? A fin de investigar, la mente debe estar libre del conocimiento. Si tras la investigación hay cualquier tipo de apremio, entonces la investigación no es correcta, se distorsiona; por eso es tan esencial tener una mente de verdad humilde, una mente que diga: «no sé, voy a investigar», y que en el proceso de la investigación no acumule jamás. Tan pronto uno acumula, tiene un centro, y ese centro influye siempre en su investigación.

¿Puede, pues, la mente investigar sin acumular, sin adquirir, sin dar énfasis al centro mediante la autoridad del conocimiento? Y si puede hacerlo, entonces, ¿cuál es el estado de una mente así? ¿Cuál es el estado de una mente que de verdad investiga? Ciertamente, se encuentra en un estado de vacío.

No sé si alguna vez han experimentado qué es estar por completo solo internamente, sin ninguna presión ni influencia, sin ningún motivo, sin la idea de pasado ni de futuro. Estar así, totalmente solo (*alone*), es enteramente distinto del sentimiento de soledad (*loneliness*). Esta soledad existe cuando el centro de acumulación se siente aislado en sus relaciones con otro. Yo no hablo de ese sentimiento de soledad. Hablo de la soledad (*aloneness*) en la que la mente no está contaminada, porque ha comprendido el proceso por el cual se contamina, que es la acumulación. Y cuando la mente esté por completo sola porque ha comprendido, gracias al conocimiento propio, ese centro de acumulación, ustedes descubrirán que, por estar vacía, libre de influencias, la mente es capaz de una acción que no se relaciona con la ambición, con la en-

vidia o con cualquiera de los conflictos que conocemos. Una mente así, siendo indiferente en el sentido de no estar buscando un resultado, es capaz de vivir con compasión. Pero un estado de la mente como ése no es para adquirirse; no puede ser desarrollado. Surge a la existencia a través del conocimiento propio, del conocerse uno a sí mismo; no de conocer algún yo más grande, enorme, sino el pequeño «yo» envidioso, codicioso, mezquino, iracundo, vicioso. Es indispensable conocer la totalidad de esa mente que es nuestro pequeño «yo». Para llegar muy lejos, tengo que empezar muy cerca, y el cerca soy yo mismo, el «yo» que debo comprender. Y, a medida que empiezo a comprender, veo que hay una disolución del conocimiento, de modo tal que la mente se vuelve por completo alerta, atenta, vacía y sin centro. Sólo una mente así es capaz de percibir aquello que es la verdad.

DE «*COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR*» – PRIMERA SERIE: ¿EL ERUDITO O EL SABIO?

Las lluvias habían arrastrado consigo el polvo y el calor de muchos meses; las hojas se veían relucientemente limpias y comenzaban a aparecer hojas nuevas. Durante toda la noche las ranas llenaron el aire con su profundo croar; tomaban un descanso y empezaban de nuevo. El río fluía rápidamente y se percibía una suavidad en el aire. Las lluvias de ningún modo habían terminado. Nubes oscuras se estaban acumulando y ocultaban el sol. La tierra, los árboles y toda la naturaleza parecían aguardar otra purificación. El camino era de color pardusco, y los chicos jugaban en los charcos; hacían tortas de barro o construían castillos y casas con muros circundantes. Después de meses de calor, en el aire había alegría y la hierba verde comenzaba a cubrir la tierra. Todo se estaba renovando.

Esta renovación es la inocencia.

El hombre se consideraba sumamente instruido porque el conocimiento era para él la esencia misma de la vida. La vida sin el conocimiento era peor que la muerte. Su conocimiento no era acerca de una o dos cosas, sino que abarcaba muchísimas fases de la vida; podía hablar con certeza sobre el átomo y sobre el comunismo, sobre astronomía y sobre las crecidas

anuales de las aguas en los ríos, sobre la dieta y la superpoblación. Estaba extrañamente orgulloso de sus conocimientos y, como un hábil actor, los sacaba a relucir para impresionar; hacía que los otros lo escucharan en silencio y con respeto. ¡Cómo nos amilana el conocimiento, qué impresionante veneración mostramos por el que sabe! Su inglés era por momentos bastante difícil de entender. Jamás había estado fuera de su propio país, pero tenía libros de otros países. Era adicto al conocimiento, tal como alguien podía serlo a la bebida o a algún otro apetito.

Interlocutor: ¿Qué es la sabiduría si no es conocimiento? ¿Por qué dice usted que uno debe suprimir el conocimiento? ¿Acaso el conocimiento no es esencial? Sin el conocimiento, ¿dónde estaríamos? Seríamos todavía como los primitivos, sin saber nada del mundo extraordinario en que vivimos. Sin el conocimiento, la existencia en cualquier nivel sería imposible. ¿Por qué insiste usted tanto en decir que el conocimiento es un obstáculo para la comprensión?

Krishnamurti: El conocimiento es condicionante. El conocimiento no nos proporciona libertad. Uno puede saber cómo construir un avión y volar en pocas horas al otro lado del mundo, pero esto no es libertad. El conocimiento no es el factor creativo, porque el conocimiento es continuo, y lo que tiene continuidad jamás puede conducirnos a lo implícito, a lo imponderable, a lo desconocido. Lo desconocido nunca puede vestirse con el ropaje de lo conocido; lo conocido está moviéndose siempre hacia el pasado; el pasado está siempre ensombreciendo el presente, lo desconocido. Sin libertad, sin la mente abierta, no puede haber comprensión. La comprensión no llega con el conocimiento; llega en el intervalo que hay entre las palabras, entre los pensamientos. Este intervalo es silencio no interrumpido por el conocimiento; es lo libre, lo imponderable, lo implícito.

I: ¿No es esencial el conocimiento? ¿No es útil? Sin el conocimiento, ¿cómo es posible descubrir algo?

K: El descubrimiento no tiene lugar cuando la mente se halla atestada de conocimientos, sino cuando el conocimiento está ausente; sólo entonces hay quietud y espacio, y en este estado surge la comprensión o el descubrimiento. El conocimiento es, sin duda, útil en un nivel, pero en otro es positivamente perjudicial. Cuando el conocimiento se usa como un medio para la exaltación propia, para envanecernos, entonces es dañino, engendra separación y enemistad. La autoexpansión es desintegración, ya sea en nombre de Dios, del Estado o de una ideología. En cierto nivel el conocimiento, aunque condicionante, es necesario: el idioma, la técnica y demás. Este condicionamiento es una salvaguarda, un elemento esencial para el vivir externo; pero cuando este condicionamiento se usa psicológicamente, cuando el conocimiento se vuelve un medio de bienestar psicológico, de gratificación, entonces es inevitable que engendre confusión y conflicto. Además, ¿qué entendemos por conocer? ¿Qué es, en realidad, lo que usted conoce?

I: Yo conozco muchísimas cosas.

K: Usted quiere decir que posee cantidades de información, de datos acerca de muchas cosas. Ha acopiado ciertos hechos; y entonces, ¿qué? ¿Acaso la información acerca del desastre de la guerra impide las guerras? Usted tiene, estoy seguro, abundancia de datos sobre los efectos de la ira y la violencia dentro de uno mismo y en la sociedad, pero esta información, ¿ha puesto fin al odio y al antagonismo?

I: El conocimiento acerca de los efectos de la guerra quizá no ponga fin inmediato a las guerras, pero a la larga traerá la paz. Es preciso educar a la gente; deben mostrársele los efectos de la guerra, del conflicto.

K: La gente es usted mismo y otro. Usted posee esta vasta información y ¿es algo menos ambicioso, menos violento, menos egocéntrico? Por haber estudiado las revoluciones, la historia de la desigualdad social, está usted libre de sentirse superior, de darse importancia a sí mismo? A causa de que posee un amplio conocimiento de la desdichas y los desastres del mundo, ¿ama usted? Además, ¿qué es lo que conocemos, acerca de qué tenemos conocimientos?

I: El conocimiento es la experiencia acumulada a través de los tiempos. En cierta forma es tradición y en otra es instinto, tanto consciente como inconsciente. Los recuerdos ocultos y las experiencias, ya sea transmitidas o adquiridas, actúan como una guía y moldean nuestra acción; estos recuerdos, tanto raciales como individuales, son indispensables, porque ayudan y protegen al hombre. ¿Prescindiría usted de tal conocimiento?

K: La acción moldeada y guiada por el miedo no es acción en absoluto. La acción que es el resultado de prejuicios raciales, temores, esperanzas, ilusiones, está condicionada, y, como dijimos, todo condicionamiento sólo engendra más conflicto y dolor. Usted está condicionado como brahmín conforme a esa tradición que se ha ido sucediendo durante siglos, y responde, como brahmín, a los estímulos y a los cambios y conflictos sociales. Responde según su condicionamiento, según sus experiencias pasadas y sus conocimientos, de modo que la nueva experiencia sólo le condiciona aún más. La experiencia que tiene lugar según una creencia, a una ideología, es meramente la continuación de esa creencia, la perpetuación de una idea. Una experiencia semejante sólo fortalece la creencia. La idea separa, y su experiencia según una idea, a un patrón previo, le vuelve más separativo. La experiencia como conocimiento, como acumulación psicológica, sólo condiciona, y entonces la experiencia es otra forma de exaltación

propia. En el nivel psicológico, el conocimiento como experiencia es un obstáculo para la comprensión.

I: ¿Experimentamos según nuestras creencias?

K: Eso es obvio, ¿verdad? Usted está condicionado por una determinada sociedad –que es usted mismo en un nivel diferente– para creer en Dios, en las divisiones sociales; y otro está condicionado para creer que Dios no existe, para seguir una ideología por completo diferente. Ambos experimentarán según sus creencias, pero una experiencia semejante es un obstáculo para lo desconocido. La experiencia, el conocimiento –que es memoria– resulta útil en ciertos niveles; pero la experiencia como medio para fortalecer el «yo» psicológico, el ego, sólo nos conduce a la ilusión y al dolor. Y, ¿qué es lo que podemos conocer si la mente está llena de experiencias, recuerdos, conocimientos? ¿Podemos experimentar si ya conocemos? Lo conocido, ¿no impide la verdadera experiencia? Usted puede conocer el nombre de esa flor, pero, por eso, ¿experimenta la flor? La experiencia viene primero, y el nombrar sólo da fuerza a la experiencia. El nombrar impide la experiencia ulterior. Para que exista el estado de experiencia, ¿no debe uno estar libre del nombrar, de la asociación, del proceso de la memoria?

El conocimiento es superficial, y ¿puede lo superficial conducirnos a lo profundo? ¿Puede la mente, que es el producto de lo conocido, del pasado, ir mucho más allá de su propia proyección? Para descubrir, debe llegar a su término el proyectar. La mente no existe sin sus proyecciones. El conocimiento, el pasado, puede proyectar sólo lo conocido. El descubridor jamás puede ser el instrumento de lo conocido. Lo conocido debe llegar a su término para que haya descubrimiento; la experiencia debe llegar a su término para que haya descubrimiento; la experiencia debe llegar a su término para que haya un verdadero experimentar. El conocimiento es un obstáculo para la comprensión.

I: ¿Qué nos queda sin el conocimiento, sin la experiencia y la memoria? Sin eso nada somos.

K: ¿Acaso ahora es usted algo más que eso? Cuando dice: «Sin el conocimiento nada somos», está haciendo una mera afirmación verbal sin experimentar ese estado, ¿verdad? Cuando declara eso, hay un sentimiento de temor, el temor de quedar desnudo. Sin estas acreciones usted es nada –lo cual es la verdad. Y, ¿por qué no ser eso? ¿Por qué todas estas pretensiones y vanidades? Hemos revestido esta nada con fantasías, esperanzas, diversas ideas consoladoras; pero debajo de estas cubiertas nada somos, no en el sentido de alguna abstracción filosófica, sino que somos realmente *nada*. Experimentar esa nada es el comienzo de la sabiduría.

¡Cómo nos avergüenza decir que no conocemos algo! Disimulamos nuestro desconocimiento con palabras e información. En realidad, usted no conoce a su esposa, a su prójimo; ¿cómo puede conocerlos si no se conoce a sí mismo? Posee un montón de informaciones, conclusiones, explicaciones acerca de sí mismo, pero no percibe «lo que es», lo implícito. Las explicaciones, las conclusiones que llamamos *conocimiento*, nos impiden experimentar «lo que es». Sin inocencia, ¿cómo puede haber sabiduría? Sin morir para el pasado, ¿cómo puede haber renovación de la inocencia? El morir es de instante en instante. Morir es no acumular; el experimentador debe morir para la experiencia. Sin la experiencia, sin el conocimiento, no existe el experimentador. Conocer es ser ignorante; no conocer es el principio mismo de la sabiduría.

DEL «*DIARIO DE KRISHNAMURTI*» PARÍS, SEPTIEMBRE DE 1961

Septiembre, 6

Temprano por la mañana, el sol comenzaba a asomar entre las nubes, y el cotidiano estrépito no había empezado todavía; estaba lloviendo y el cielo era de un gris apagado. En la pequeña terraza, el golpeteo de la lluvia estaba disminuyendo y soplaba una brisa refrescante. Estando uno allí a cubierto, mientras observaba una franja del río y las hojas otoñales, advino «lo otro»; llegó como un relámpago, permaneció durante un rato y volvió a irse. Es extraño lo muy intenso y real que ha llegado a ser eso. Era tan real como esos tejados con centenares de chimeneas. Hay en ello una extraña fuerza impulsora. Es fuerte a causa de su pureza; tiene la fuerza de la inocencia, a la cual nada puede corromper. Y aquello era una bendición.

El conocimiento es destructivo para el descubrimiento. El conocimiento está siempre en el tiempo, en el pasado; jamás puede traer libertad. Pero el conocimiento es necesario para actuar, para pensar, y sin acción no es posible la existencia. Pero la acción, por sabia, recta y noble que sea, no abrirá las puertas a la verdad. No hay sendero hacia la verdad; ninguna acción, ningún refinamiento del pensar pueden comprarla. La virtud es únicamente orden en un mundo desordenado, y debe haber virtud que constituya un movimiento del no con-

flicto. Pero nada de esto abrirá la puerta a esa inmensidad. La totalidad de la conciencia debe vaciarse de su conocimiento, de sus actividades y virtudes; pero no vaciarse con un propósito de ganar, de realizar, de llegar a ser. Debe permanecer vacía aun funcionando en el mundo cotidiano del pensamiento y la acción. El pensamiento y la acción deben surgir desde este vacío. Pero este vacío no abrirá la puerta. No debe haber puerta ni intento alguno de llegar. En este vacío no ha de existir un centro, porque este vacío no tiene medida; es el centro el que mide, sopesa, calcula. Este vacío está más allá del tiempo y del espacio, más allá del pensamiento y el sentimiento. Adviene tan silenciosamente, tan discretamente como el amor; no tiene principio ni fin. Está ahí, inmutable e inconmensurable.

Septiembre, 8

Las estrellas aún pueden verse en esta ciudad bien iluminada, y hay otros sonidos aparte del estrépito del tránsito: el arrullo de las palomas y el piar de los gorriones; hay otros olores además de los gases de monóxido: el aroma de las hojas otoñales y el perfume de las flores. Esta mañana temprano había unas pocas estrellas en el cielo y algunas nubes blanquecinas, y con ellas advino ese intenso penetrar en la profundidad de lo desconocido. El cerebro estaba quieto, tan quieto que podía oír el más tenue ruido; y, estando quieto y, por lo tanto, siendo incapaz de interferir, había un movimiento que comenzaba en ninguna parte y continuaba, a través del cerebro, penetrando en desconocidas profundidades donde las palabras perdían su significado. Pasaba rápidamente por el cerebro y proseguía más allá del tiempo y del espacio. Uno no está describiendo una fantasía, un sueño, una ilusión, sino un hecho real que tenía lugar, pero lo que tenía lugar no era la palabra ni la descripción. Había una energía abrasadora, una vitalidad explosiva e instantánea, y con ella advino este movimiento penetrante. Era como un viento

tremendo, acopiando potencia y furia a medida que pasaba embistiendo, destruyendo, purificando, dejando un inmenso vacío. Había una percepción lúcida y completa de la cosa total, y una gran fuerza y belleza, no la fuerza y belleza que han sido fabricadas, sino las de algo que era completamente puro e incorruptible. Ello duró, según el reloj, diez minutos, pero fue algo incalculable.

El sol surgió en medio de un esplendor de nubes fantásticamente vivas y profundas en su color. El estrépito de la ciudad aún no había comenzado, y las palomas y los gorriones estaban ausentes. ¡Qué curiosamente superficial es el cerebro! Por sutil y profundo que sea el pensamiento, nace no obstante de la superficialidad. El pensamiento está atado al tiempo, y el tiempo es mezquino; esta mezquindad es la que pervierte el «ver». El ver es siempre instantáneo, como lo es el comprender, y el cerebro, que es producto del tiempo, impide el ver y lo pervierte. Tiempo y pensamiento son inseparables; si se pone fin a uno, se pone fin al otro. El pensamiento no puede ser destruido por la voluntad, porque la voluntad es pensamiento en acción. El pensamiento es una cosa, y el centro desde el cual surge el pensamiento es otra. El pensamiento es la palabra, y la palabra es la acumulación de la memoria, de la experiencia. Sin la palabra, ¿hay pensamiento? Existe un movimiento que no es la palabra y que no pertenece al pensamiento. Puede ser descrito por el pensamiento pero no es del pensamiento. Este movimiento adviene cuando el cerebro está quieto pero activo, y el pensamiento jamás puede buscarlo.

El pensamiento es memoria, y la memoria consiste en respuestas acumuladas; por lo tanto, el pensamiento está siempre condicionado, por mucho que pueda imaginar que es libre. El pensamiento es mecánico, está amarrado al centro de su propio conocimiento. La distancia que abarca el pensar depende del conocimiento, y el conocimiento es siempre el residuo del ayer, del movimiento que ya no existe. El pensa-

miento puede proyectarse en el futuro, pero está atado al ayer. El pensamiento construye su propia cárcel y vive en ella, ya sea en el pasado o en el futuro, ya sea una cárcel corriente o una cárcel dorada. El pensamiento jamás puede estar quieto; es inquieto por naturaleza, está siempre impulsándose y retrayéndose. La maquinaria del pensar está en permanente movimiento, ruidosa o silenciosamente, en la superficie o en lo más recóndito. No puede agotarse. El pensamiento puede refinarse, puede controlar sus divagaciones, puede escoger su propia dirección y adaptarse al miedo.

Pero el pensamiento no puede ir más allá de sí mismo; puede funcionar en campos estrechos o amplios, pero siempre estará dentro de las limitaciones de la memoria, y la memoria es siempre limitada. La memoria debe morir psicológicamente, internamente y funcionar tan sólo en lo externo. Internamente, debe haber muerte, y externamente, sensibilidad a cada reto y respuesta. La preocupación del pensamiento respecto de lo interno impide la acción.

Septiembre, 9

Tener un día tan bello en la ciudad parece un verdadero desperdicio; no hay una sola nube en el cielo, el sol es cálido y las palomas se calientan sobre el tejado, pero el estrépito de la ciudad continúa despiadadamente. Los árboles perciben el aire del otoño y sus hojas están cambiando lenta y lánguidamente, sin inquietud alguna. Las calles están atestadas de personas que siempre miran las tiendas; muy pocas miran el cielo. Se ven unas a otras cuando se cruzan, pero están demasiado ocupadas en sí mismas, en su propia apariencia, en la impresión que causan; la envidia y el temor están siempre ahí pese a sus afeites, a su refinada apariencia. Los trabajadores se hallan demasiado cansados, abatidos y descontentos. Y los árboles agrupados contra la pared de un museo parecen bastarse enteramente a sí mismos; el río contenido por la piedra y el cemento se ve por completo indiferente. Hay abundancia

de palomas pavoneándose con esa dignidad que las caracteriza. Y así transcurre un día en la calle, en la oficina. En un mundo de monotonía y desesperación, con una risa que muy pronto llega a su fin. En el anochecer, los monumentos y las calles se iluminan, pero en todo ello hay una futilidad inmensa y un dolor insoportable.

Una hoja amarilla acaba de caer sobre el pavimento; todavía está llena del verano, y aun en la muerte sigue siendo muy bella. Ni una sola parte de esa hoja está marchita; todavía conserva la forma y la gracia primaverales, pero está amarilla y habrá de secarse al anochecer. Por la mañana temprano, cuando el sol acababa de asomarse en un cielo claro, hubo un relámpago de «lo otro» con su bendición, y la belleza de ello persiste. No es que el pensamiento la haya capturado y la retenga, sino que ha dejado su huella en la conciencia. El pensamiento es siempre fragmentario, y lo que retiene como recuerdo es siempre parcial. No puede observar la totalidad; la parte no puede ver el todo, y la huella de la bendición no es verbal ni puede comunicarse mediante palabras ni símbolo alguno. El pensamiento fracasará siempre en su intento de descubrir, de experimentar aquello que está más allá del tiempo y del espacio. El cerebro, la maquinaria del pensamiento puede aquietarse; el cerebro muy activo puede estar quieto; su mecanismo puede funcionar muy lentamente. La quietud del cerebro es esencial, si bien éste debe hallarse intensamente sensible; sólo entonces puede desenredarse el pensamiento y llegar a su fin. La terminación del pensamiento no es muerte; sólo en esa terminación puede haber inocencia, frescura, una calidad nueva del pensar. Es esta calidad la que pone fin al dolor y a la desesperación.

SAANEN, 19 DE JULIO DE 1970

Ustedes saben, la libertad implica abnegación total, rechazo y negación de toda autoridad. Uno tiene que comprender esto muy, muy cuidadosamente, porque la generación más joven piensa que la libertad implica escupir en la cara del policía, hacer lo que se les antoja. La negación de la autoridad externa no significa necesariamente que uno esté por completo libre de toda autoridad interna, y cuando comprendamos la autoridad interna y lo que implican una mente y un corazón que se hallan total, completa e integralmente libres de toda autoridad, seremos capaces de comprender la acción externa de la libertad. La libertad externa de la acción depende por completo de que la mente esté libre de toda autoridad en lo interno. Se requiere mucha investigación paciente y reflexión para descubrir qué significa estar libre de la autoridad interna. De modo que, si no se oponen, proseguiremos juntos, trabajando y compartiendo esto a fin de descubrir qué significa estar libre de toda autoridad interna.

La palabra *autoridad*, según el diccionario, se refiere a aquél que tiene una idea original, el *autor* de algo. El ser humano original que ha descubierto algo nuevo, tal vez lo exprese en palabras, o en una pintura, un poema o una vida religiosa, y eso se convierte en el patrón, el molde, un sistema que los demás siguen. Ustedes tienen a Lenin, Mao u otros, en el campo político, económico o religioso; entonces, el resto les sigue, ya sea ciegamente o de manera ingeniosa, intelectual.

Observen esto en sus propias vidas, porque es lo que estamos haciendo. Al escuchar a quien les habla, en realidad se están escuchando a sí mismos, se están observando a sí mismos. De lo contrario, lo que se dice no tiene en absoluto ningún valor.

Hay patrones de vida, de conducta, políticos o psicológicos, externos o internos, y la cosa más fácil para la mente –que por lo general es muy floja y perezosa– es seguir lo que algún otro ha dicho. El seguidor acepta entonces la autoridad como un medio de lograr lo que desea o lo que le prometen por intermedio de un sistema particular de filosofía o de ideas. Acepta determinado sistema de pensamiento, lo sigue, se aferra a él, depende de él y, de tal modo, lo convierte en autoridad. Entonces es meramente un seguidor, una persona de segunda mano, como lo son, por completo, casi todos. Pueden pensar que tienen cierta idea original sobre pintura o acerca de poemas que escriben, pero en esencia y debido a que están condicionados para seguir, imitar, amoldarse, se convierten en seres absurdos, de segunda mano. Ésa es una de las cualidades destructivas de la autoridad.

Ahora bien, ¿pertenecemos a esa clase de categoría? ¿Pertenecen ustedes? Descúbranlo. Si seguimos a alguien, o alguna creencia o enseñanza conforme a un libro o a una persona que promete una recompensa –la iluminación, algo que lograr al final y a través de un medio determinado–, el medio y el dador del medio se vuelven la autoridad. Como seres humanos, ¿es esto lo que hacemos? ¿Siguen ustedes, psicológicamente, a alguien? No estamos hablando de un seguimiento externo, de obediencia externa, de obedecer una ley o rechazar una ley. No estamos discutiendo eso. Internamente, psicológicamente, como seres humanos, ¿siguen ustedes algo o a alguien? Si lo hacen, entonces son, esencialmente, seres sin valor, de segunda mano. Pueden realizar buenas obras, pueden tener una vida muy buena, una casa hermosa y demás, pero eso significa muy poco.

Luego, hay otra clase de autoridad: la autoridad de la tradición. El significado de esa palabra *tradición* es transmitir del pasado al presente. Están la tradición cristiana, la tradición católica, la tradición de la familia, la tradición racial. La tradición no implica sólo lo que se ha transmitido, sino también la tradición de la memoria, la cual es mucho más difícil de comprender. Si uno considera la tradición, puede ver que en ciertos niveles es valiosa y en otros niveles carece en absoluto de valor. Los buenos modales, la cortesía, la consideración, la atención, el estado de alerta de la mente que observa, pueden volverse gradualmente una tradición; una vez establecido el patrón, la mente tan sólo lo repite: uno se levanta, abre la puerta, es puntual para las comidas... Es cortés, pero eso se ha vuelto una tradición; no nace de la consideración, del estado de alerta, de la agudeza y claridad mental.

Después está la tradición de una mente que ha cultivado la memoria, que funciona como una computadora; cada acción se repite una y otra vez, de modo que esa mente no puede recibir nada nuevo, jamás puede escuchar nada que sea por completo diferente. Nuestros cerebros son como grabadores magnetofónicos; ciertos recuerdos han sido cultivados durante siglos y nosotros repetimos eso una y otra vez. En medio del ruido de esa repetición tratamos de escuchar algo nuevo y, en consecuencia, no oímos absolutamente nada. Entonces decimos: «¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo liberarme del viejo mecanismo, de las viejas cintas grabadas, y escuchar la cinta nueva?». Lo nuevo sólo puede oírse cuando la vieja grabación está en silencio. Y eso ocurre, sin esfuerzo alguno, si somos serios para escuchar, para descubrir, para conceder nuestra atención; entonces no existe la autoridad de otro ni dependemos de otro.

Está, pues, la autoridad de la tradición; está la autoridad del pasado como memoria, experiencia, conocimiento; y está la autoridad de una experiencia inmediata. Uno tiene cier-

ta experiencia y ésta se convierte en la autoridad. La experiencia se basa en nuestro pasado, en la acumulación de conocimientos; de lo contrario, si no lo reconocemos como experiencia, como algo nuevo, eso no es una experiencia.

De modo que existen estas distintas categorías de autoridad. ¿Cómo pueden una mente, un corazón y un cerebro tan condicionados por la autoridad, la imitación, el amoldamiento y el ajuste, cómo pueden prestar atención a algo que es completamente nuevo? ¿Cómo puede uno prestar atención a la belleza de un día, cuando la mente y el corazón y el cerebro están oscurecidos por la autoridad del pasado? ¿Pueden ustedes ver –no verbalmente, no intelectualmente, sino percibir de verdad el hecho, «lo que es»– que una mente abrumada por el pasado, condicionada por distintas formas de autoridad, no es libre y, en consecuencia, no puede ver de manera completa? Si realmente ven eso, entonces descartan el pasado sin ningún esfuerzo.

La libertad implica, pues, la completa cesación de toda autoridad interna. Y, desde esa calidad de mente libre, surge una libertad externa que es por completo diferente de la reacción producida por un factor que se opone o se resiste. Lo que decimos es verdaderamente muy simple. Y es por su propia simplicidad por lo que ustedes podrían pasarlo por alto. Nuestras mentes, nuestros cerebros están condicionados por la autoridad, la imitación y el amoldamiento. Eso es un hecho. Por lo tanto, la libertad no puede existir para una mente semejante. Ésta puede hablar interminablemente de libertad y rebelarse contra ciertas formas externas de restricción, pero no es una mente libre. La mente de veras libre, se halla exenta en absoluto de toda autoridad interna.

Hemos explicado muy cuidadosamente qué implica la autoridad. ¿Tienen ustedes, como seres humanos, alguna autoridad de la cual dependan? Si es así, no pueden tener libertad, y es sólo la mente libre la que sabe qué significa amar y meditar.

Al comprender la libertad, uno ha de comprender también qué es la disciplina. Esto puede oponerse más bien a todo lo que ustedes piensan, porque por lo general pensamos que libertad quiere decir estar libre de toda disciplina. Averigüemos juntos qué significa. No estoy prescribiendo o diciéndoles qué deben o no deben hacer. Estamos tratando de descubrir... no «tratando», estamos descubriendo qué significa disciplinar. ¿Cuál es la calidad de una mente muy disciplinada? La libertad no puede existir sin disciplina. Eso no quiere decir que uno debe primero ser disciplinado y después tendrá libertad, sino que esa libertad y disciplina marchan juntas, no son dos cosas separadas.

¿Qué significa *disciplina*? Conforme al diccionario –lamento hablar tanto acerca de los significados que el diccionario da a las palabras–, la raíz latina de esa palabra quiere decir *aprender*. La mente disciplinada no es la mente que se ajusta a una meta, que se ejercita dentro de cierta norma de acción conforme a una creencia o ideología de Marx, Engels, Stalin, Lenin o Mao. Es una mente capaz de aprender, lo cual es completamente distinto de una mente capaz de amoldarse. Una mente que se amolda no puede aprender; sólo puede hacerlo una mente que observa, que ve realmente «lo que es», y no que interpreta «lo que es», según con sus propios deseos, su propio condicionamiento, su propio placer particular. La disciplina no implica represión, control, amoldamiento o ajuste a una norma o a una ideología; implica una mente que ve «lo que es» y aprende de «lo que es». Una mente así tiene que ser, por fuerza, extraordinariamente alerta, atenta. Eso es lo que significa tener disciplina.

En el sentido corriente de las palabras, *disciplinarse* implica que hay una entidad que se disciplina según algo. Ése es un proceso dualístico. Cuando me digo que debo levantarme por la mañana temprano porque soy perezoso, o que no debo enojarme, o que no debería hacer tal cosa, eso involucra un proceso dualístico: están el observador y la cosa observada,

está el que con su voluntad procura lo que debería hacer o niega lo que no debería hacer. En ese estado dualístico hay conflicto, ¿no es así? De modo que la disciplina, tal como se acepta, es un proceso de conflicto constante. Ésa es la disciplina establecida por los padres, por la sociedad, por las organizaciones religiosas, por la iglesia, por lo que el Buda, Jesús y otros han dicho. Para nosotros, la disciplina significa conformidad y hay una rebelión contra la conformidad. Sus padres quieren que ustedes hagan ciertas cosas y ustedes se rebelan contra ellos. Nuestras vidas se basan en la obediencia, en la conformidad y en su opuesto: negar la conformidad para hacer lo que a uno le plazca, rebelarse contra la norma. Esto es lo que está sucediendo en todo el mundo.

Vamos a averiguar cuál es la calidad de una mente que no se amolda, no imita, no sigue, no obedece, sino que en sí misma es altamente disciplinada, en el sentido de que está aprendiendo constantemente. ¿Cuál es la calidad de una mente que está aprendiendo, no amoldándose? El amoldamiento, la conformidad implica comparación, ¿no es así? Me comparo a mí mismo con otro, me mido –mido lo que soy o lo que debería ser– en relación con otra persona: el héroe, el santo, Mao, Lenin, Marx; o, si esos no les gustan, en relación con Jesús. Donde hay amoldamiento tiene que haber comparación. Por favor, vean todo esto y descubran si pueden vivir la vida de todos los días –no verbalmente sino de hecho– sin comparación, es decir, sin amoldarse.

Ustedes saben que se comparan a sí mismos, ¿verdad? Ése es nuestro condicionamiento desde la infancia: «¡oh, debes ser como tu hermano!», o tu tía abuela; debes ser como el santo o seguir lo que Mao dice o lo que dice el líder más reciente. Siempre estamos comparando, ésa es nuestra educación en las escuelas: obtener notas y aprobar exámenes. Ustedes no saben lo que significa vivir sin comparar, sin compartir y, por lo tanto, sin agresividad, sin violencia. Tan pronto se comparan con otro, ésa es una forma de agresión y,

por ende, de violencia. La violencia no es tan sólo ir y golpear o matar a alguien; es este espíritu comparativo: «tengo que ser como esa otra persona», o debo «debo volverme perfecto». La autosuperación es la antítesis de la libertad y del aprender. Descubran por sí mismos cómo vivir una vida sin comparar y verán qué cosa extraordinaria les ocurre si verdaderamente toman conciencia, sin opción alguna, de lo que significa vivir sin comparación, sin utilizar jamás la palabra *mejor*, ni las palabras *llegaré a ser*. Somos esclavos de estas palabras que significan que seré alguien en algún momento del futuro.

Así, pues, comparación y conformidad van juntas y sólo engendran represión, conflicto y dolor incesante. ¿Pueden ustedes encontrar una manera de vivir –no una manera–, un vivir cotidiano en el que no exista la comparación? Háganlo alguna vez y verán lo extraordinario que es eso. Les libera de muchísimas cargas. Y si se dan cuenta de ello, si lo perciben, la percepción misma origina esa calidad mental altamente sensible y, por lo tanto, sumamente disciplinada, porque es la calidad de una mente que todo el tiempo está aprendiendo, no lo que desea aprender o lo que le resulta placentero o gratificante aprender, sino que está *aprendiendo*.

¿Pueden ustedes hacerse conscientes de la autoridad y de que la siguen, de la obediencia y el ajuste a una norma, a la tradición, a la propaganda, a lo que otras personas han dicho? La tradición, las experiencias acumuladas de uno mismo o de otros, de la raza o de la familia, todo eso se convierte en la autoridad. Y donde hay autoridad, la mente jamás puede estar libre para descubrir lo que fuere que tenga que descubrirse, algo enteramente nuevo, intemporal. Una mente sensible no sigue patrones. Se mueve constantemente, fluye como un río, y en ese fluir no hay represión, conformidad, deseo de realizarse en lo personal ni todas esas sandeces. Sólo la mente estática dice: «debo realizarme», «debo llegar a ser».

Tenemos que comprender de manera clara, profunda y seria, la naturaleza de una mente libre y, por lo tanto, verdaderamente religiosa, libre en lo interno de toda dependencia. Porque el depender de algo, de una persona –un amigo, el marido, la esposa– o de alguna idea, de la autoridad, engendra temor. Antes de que investiguemos todas las cosas complicadas de la vida, es muy importante comprender que una mente debe estar por completo libre de toda autoridad en lo interno, porque ése es el origen del temor. Si yo dependo de ustedes para mi bienestar, si dependo de ustedes porque me aplauden cuando hablo, si dependo de ustedes para escapar de mi propia soledad, de mi fealdad, mi estupidez, mi propia superficialidad, mi mezquindad, mi vulgaridad, entonces el depender de ustedes engendra temor. Depender de cualquier forma de imaginación subjetiva, de la fantasía, de la experiencia o el conocimiento, destruye realmente la libertad.

Ahora bien, después de decir todo eso, quiero descubrir –¿ustedes no?– si uno depende. Porque una mente que depende de algo no está sola, no es clara, sana, cuerda. Si, por un lado, la mente de ustedes depende de Mao, Lenin y todas esas personas, ¿qué clase de mente es? Sólo han desechado lo viejo y han cargado con lo nuevo, pero la condición de la mente es la misma. Y, en el lado opuesto, por desgracia, están todos los líderes religiosos, desde el pasado infinito hasta el presente, y si ustedes dependen de ellos, miren lo que se hacen a sí mismos: están dependiendo de la autoridad de otros con respecto a lo que ellos piensan que es verdadero. Y lo que ellos piensan que es la verdad, no es la verdad. Así que ustedes están perdidos, están confusos. A causa de esa confusión hacemos muchísimas cosas; ingresamos en esto o en aquello, nos volvemos activistas o meditamos, huimos al Japón para incorporarnos a una escuela zen, o vamos a la India.

Cuando ustedes se dan cuenta de todo esto –les ruego que lo hagan–, cuando toman conciencia de la izquierda, la derecha y el centro, están aprendiendo. Ven que todo eso implica

dependencia en lo interno y, por ende, falta de libertad; en consecuencia, hay temor. Sólo una mente confusa depende, no una mente clara. Estando confusos, dicen: «debo depender», y después preguntan: «¿cómo puedo librarme de la dependencia?», lo cual se convierte en otro conflicto. Pero si observan muy claramente la verdad de que, si una mente depende de alguna autoridad en lo interno –ya sea la autoridad de una palabra, un símbolo, una ideología o una persona–, esa dependencia crea confusión, si ven esa verdad, entonces dejarán de depender. Entonces la mente se vuelve extraordinariamente sensible y, en consecuencia, capaz de aprender. Es como un niño que aprende. Él es muy curioso, quiere descubrir. Esa sensibilidad misma es la cualidad de una mente que todo el tiempo está aprendiendo y, así, disciplinándose sin ninguna forma de compulsión, de conformidad.

¿Está todo esto claro de algún modo, claro no verbalmente sino de hecho? Puedo imaginar o pensar que lo tengo muy claro, pero esa claridad puede ser muy efímera. La cualidad de una percepción clara adviene cuando no hay dependencia y, por consiguiente, no hay confusión. La confusión surge cuando hay temor. ¿Pueden ustedes sinceramente, seriamente, descubrir si están libres de autoridad? Eso requiere una investigación extraordinaria dentro de uno mismo, una gran percepción alerta. Y, desde esa claridad, hay una clase de acción completamente diferente, una acción que no es fragmentaria, que no está dividida políticamente, religiosamente. Es una acción total.

¿Quisieran ustedes discutir acerca de lo que hemos hablado?

Interlocutor: De lo que usted ha dicho parece desprenderse que la misma acción puede, en un sentido, considerarse una reacción a alguna clase de autoridad externa, y en otro sentido o al mismo tiempo y por parte de otro individuo, puede ser una acción total.

Krishnamurti: Muy bien, señor. Mire, podemos seguir hilando intelectualmente y vencernos verbalmente el uno al otro o explicarnos cosas el uno al otro, pero eso no significa nada. Lo que para usted puede ser una acción completa, a mí puede parecerme una acción incompleta. Ése no es el punto. El punto es si su mente, como ser humano, está o no despierta. Un ser humano es el mundo, él no es un individuo. *Individual* quiere decir indivisible. Un individuo es alguien que no está dividido en sí mismo, que no es fragmentario sino total. *Total* significa cuerdo, sano; y total (*whole*) también significa santo (*holy*).* Ustedes no lo son; cuando dicen: «yo soy un individuo» no son nada que se parezca a eso.

Así, pues, señor, viva una vida de no autoridad, de no comparación. Hágalo, y descubrirá cuán extraordinario es vivir así. Uno está intensamente activo, tiene una energía tremenda cuando no compite ni compara. No está reprimiendo, *vive*; por lo tanto, es cuerdo, total y, en consecuencia, sagrado.

I: ¿Piensa usted que es posible aprender todo el tiempo?

K: Quiero aprender; ¿es posible aprender todo el tiempo? Y bien, cuando pregunta eso, ya lo ha hecho difícil para usted mismo. ¿Correcto? «¿Puedo aprender todo el tiempo?» Es imposible. Ya lo ve, al formular una pregunta así, usted mismo se está impidiendo aprender. Mire, señor, no me interesa si voy a aprender todo el tiempo. Quiero descubrir. Lo que me interesa es: ¿estoy aprendiendo? Si estoy aprendiendo, no me preocupa si eso ocurre o no todo el tiempo; no hago de ello un problema. Cuando usted dice: «Dios mío, ¿cómo voy a prestar atención completa todo el tiempo?», eso es imposible. Pero si dice: «mire, estoy aprendiendo», no le interesa si va a aprender todo el día y toda la noche; está aprendiendo.

* Krishnamurti alude, obviamente, a la etimología inglesa de las palabras *total* y *santo. (N. del T.)*

Una mente que está aprendiendo jamás formula esa pregunta. Entonces esa pregunta no viene al caso. Si *estoy aprendiendo*, estoy aprendiendo todo el tiempo.

I: Uno puede aprender de cualquier cosa.

K: Usted puede aprender de cualquier cosa; o sea, si está alerta, está aprendiendo. Mire, señor, esto es muy complejo; ¿me permite investigarlo un poquito?

¿Puedo aprender todo el tiempo? ¿Qué es aquí lo importante, el aprender o todo el tiempo? Ahora bien, cuando estoy aprendiendo, no me preocupa el tiempo, el intervalo, el período de tiempo. Sólo me interesa lo que estoy aprendiendo y el hecho de que estoy aprendiendo. Ahora bien, es natural que la mente se distraiga, se canse; entonces se vuelve desatenta. Estando desatenta, hace toda clase de cosas estúpidas. De modo que no es cuestión de cómo hacer que la mente desatenta llegue a estar atenta. Lo importante para la mente desatenta es darse cuenta de que se halla desatenta.

Vea, digamos que estoy alerta, observándolo todo; observo el movimiento del árbol, el agua, el torrente de una montaña, me observo a mí mismo, observo, no corrijo, no digo que esto debería ser o que no debería ser; simplemente observo. Es natural, la mente que observa se fatiga. Cuando se fatiga, está desatenta. Estando desatenta, de pronto advierte que está desatenta; por lo tanto se esfuerza tratando de volverse atenta. ¿Correcto? Hay, pues, un conflicto entre la desatención y la atención. Y yo digo: No haga eso; sólo tome conciencia de que está desatento. Eso es todo.

I: ¿Podría usted describir cuándo se da cuenta de que está desatento?

K: ¡No, no, no! Estoy *aprendiendo*. Mire, estoy aprendiendo acerca de mí mismo. ¿Correcto? No aprendo conforme a al-

gún psicólogo o especialista. Estoy aprendiendo. Observo, y veo algo en mí mismo. No lo condeno, no lo juzgo, no lo hago a un lado; sólo lo observo. Observo que soy orgulloso –tomemos eso como un ejemplo. No digo: «debo desechar eso, ¡qué horrible es ser orgulloso!». Simplemente, lo observo. Cuando observo, estoy aprendiendo. Observar es aprender qué implica el orgullo, cómo nace, qué estúpido es. Lo observo. No puedo observarlo más que durante, digamos, cinco o seis minutos –si usted puede, eso es mucho–; al momento siguiente, la mente se vuelve desatenta. Ahora bien, habiendo estado atento y, por consiguiente, sabiendo qué es la desatención, uno lucha por convertir en atenta a la desatención. ¿No hace usted todas estas cosas? Yo dije: «No haga eso, sólo observe la desatención, dése cuenta de que está desatento». Eso es todo. Deténgase ahí. No diga que debe emplear su tiempo en estar atento, sólo observe cuando está desatento. Punto final.

No quiero seguir examinando esto, porque es realmente muy complejo. Debido a que existe una calidad de la mente, un estado en el que se halla todo el tiempo despierta, todo el tiempo observando y, por lo tanto, tan sólo observando, no hay nada que aprender. Y eso implica una mente extraordinariamente quieta, extraordinariamente silenciosa. ¿Qué tiene que aprender una mente clara y silenciosa? No investigaré todo eso.

BROCKWOOD PARK,
12 DE SEPTIEMBRE DE 1970

Yo veo –la mente observa– que una mente muy clara no opta, no tiene necesidad de optar; por lo tanto, toda respuesta que consista en una acción dictada por la voluntad, llega completamente a su fin. La voluntad implica resistencia, es obvio. Y cualquier forma de resistencia es aislamiento. Una mente aislada no es una mente libre, y una mente atrapada en la adquisición del conocimiento como un medio para lograr la libertad, no da con esa libertad. De modo que debemos investigar la cuestión del conocimiento.

¿Por qué el conocimiento se ha vuelto una cosa tan extraordinariamente importante en la vida? El conocimiento es experiencia acumulada, tanto la experiencia eterna de lo que miles de personas han descubierto –científicamente, psicológicamente, etc.–, como también el conocimiento que uno ha adquirido por sí mismo mediante la observación, el aprendizaje, la búsqueda. ¿Qué lugar tiene el conocimiento en la libertad? ¿Les interesa esto?

Auditorio: Sí.

Krishnamurti: No, no, no sean tan rápidos en contestar que sí, porque esto no es un intercambio verbal, un juego del intelecto. El conocimiento está siempre en el pasado. Cuando

uno dice «yo sé», «conozco tal cosa», eso implica que *ha conocido*. El conocimiento de cualquier clase, científico, personal, colectivo o el que fuere, está siempre en el pasado. ¿Puede, en absoluto, ser libre una mente que vive en el pasado, que es el producto del pasado? El conocimiento no lo es tan sólo con respecto a hechos, información y demás; el conocimiento incluye la imagen, el símbolo, la imagen que he formado de usted y que usted ha formado de mí.

Interlocutor: ¿Y qué hay con respecto al conocimiento propio?

K: Primero vea cómo la mente acumula conocimiento, por qué lo acumula, dónde es necesario y dónde se vuelve un impedimento para la libertad. Para hacer cualquier cosa uno debe tener conocimiento; para la manejar un automóvil, hablar un idioma, realizar una tarea tecnológica, uno debe tener conocimientos en abundancia, cuanto más eficientes, más objetivos, más impersonales, mejor. El conocimiento es necesario. Pero una mente que está llena de información como conocimiento, ¿puede ser libre alguna vez, o siempre debe llevar consigo ese conocimiento que es el pasado? El encuentro del presente con ese pasado, con ese conocimiento que uno lleva consigo, genera conflicto. Yo me encontré con usted ayer, y usted me alabó o me insultó, de modo que tengo esa imagen de usted; eso forma parte del conocimiento. Con ese conocimiento, con esa imagen que he formado de usted –la cual es el pasado–, le encuentro hoy. En consecuencia, hay un conflicto entre usted y yo. Esto es bastante simple.

Así, pues, el observador es el depósito del conocimiento. Por favor, descubra esto por sí mismo; es más entretenido. En consecuencia, el observador es el pasado; es el censor, la entidad que ha acumulado conocimiento, y desde ese conocimiento juzga, evalúa. Y procede exactamente igual consigo mismo. Por intermedio de los psicólogos ha adquirido cono-

cimientos acerca de sí mismo, y con ese conocimiento se mira; no se mira con ojos nuevos, frescos. Dice: «me conozco, me he visto. Lo que he visto es más bien feo; algunas partes son extraordinariamente agradables, pero otras son bastante terribles». Él ya ha juzgado, y su juicio se basa en el pasado, que es el conocimiento que tiene acerca de sí mismo. Por lo tanto, ahí jamás descubre nada nuevo, porque el observador es diferente de la cosa observada, a la que él llama el «sí mismo».

Y eso es lo que estamos haciendo permanentemente en todas las relaciones, en las relaciones mecánicas o en las relaciones humanas, en la relación con la máquina o en la relación con otra persona. Todo se basa en el deseo de encontrar un lugar donde podamos estar completamente a salvo, seguros, y esa seguridad la hemos buscado y encontrado en el conocimiento. El guardián de este conocimiento es el observador, el censor, el pensador, el experimentador; y el observador está siempre observando, como si fuera diferente de la cosa observada. El observador se analiza a sí mismo, o es analizado por el profesional, el cual necesita, a su vez, analizarse; y así prosigue este juego.

Uno se pregunta, pues, si es posible mirar todo este movimiento de la vida sin la carga del pasado. Eso es todo lo que estamos tratando de hacer, ¿no es así? Queremos encontrar expresiones nuevas. Si uno es un artista, desea ser más objetivo –usted sabe, practicamos ese juego por siempre jamás–, desea escribir nuevos libros, encontrar una nueva manera de mirar la vida, una nueva manera de vivir. Uno quiere rebelarse contra lo viejo y cae en la trampa de lo nuevo, que es la reacción contra lo viejo.

Vemos que la inteligencia no se encuentra en manos del observador; sólo existe cuando la mente está libre, libre para aprender, y el aprender no consiste en acumular conocimientos. Por el contrario, el aprender es movimiento, y la acumulación de conocimientos es estática. Uno puede sumarle más

conocimientos, pero el núcleo es estático, y desde esta condición estática funcionamos, vivimos, pintamos, escribimos, causamos todo este daño al mundo. Y a eso lo llaman ustedes libertad. ¿Puede, pues, la mente liberarse de lo conocido?

¿Sabe?, ésta es de veras una pregunta muy extraordinaria si uno la formula no tan sólo desde el punto de vista intelectual, sino muy, muy profundamente, a fin de descubrir si alguna vez la mente puede verse libre de lo conocido. De otro modo no hay creación posible, no hay nada nuevo. Entonces no hay nada nuevo bajo el sol; son siempre reformas de lo reformado.

Uno tiene que descubrir por qué existe esta división entre el observador y lo observado, y si hay posibilidad alguna de que la mente vaya más allá de esta división. Eso implica la posibilidad de estar libre de lo conocido para funcionar en una dimensión por completo diferente, que es la de la inteligencia, la cual sólo usará el conocimiento cuando sea necesario. La inteligencia implica, pues, libertad, pero no hacer lo que a uno se le antoje, lo cual es muy inmaduro e infantil. La libertad implica la cesación de todo conflicto, y éste sólo llega a su fin cuando el observador es lo observado, porque entonces no hay división alguna.

Al fin y al cabo, la libertad existe cuando hay amor, ¿no es así? Usted sabe, esa palabra está muy terriblemente cargada, igual que la palabra *Dios*. Uno vacila en usar la palabra *amor* porque va asociada con el placer, con el sexo, el temor, los celos, la dependencia, la codicia y todas esas cosas. Una mente que no es libre, no sabe lo que significa el amor. Puede conocer el placer y, en consecuencia, sabe lo que es el temor. Pero el temor, el deseo y el placer no son, por cierto, amor; éste sólo surge a la existencia cuando estamos verdaderamente libres del pasado. ¿Es eso posible de algún modo? Usted sabe, el hombre ha buscado de diferentes maneras estar libre de la transitoriedad del conocimiento, y por eso ha ido tras de algo que estuviera más allá del conocimiento, más

allá del pensar. El pensar es la respuesta del conocimiento. Así, el hombre ha creado una imagen llamada Dios y todos los absurdos que surgen en torno a ella. Pero para descubrir si existe algo más allá de la imagen del pensamiento, tenemos que estar libres de todo temor.

I: ¿Podría preguntarle si usted establece una diferencia entre las células del cerebro como intelecto, y la mente, que es una percepción que está más allá del intelecto?

K: No, pienso que no los estamos dividiendo. Usamos la palabra *mente* como el proceso total de pensar, como memoria, como conocimiento, incluyendo las células cerebrales. Es obvio. Uno no puede separar las células cerebrales del resto de la mente, ¿verdad?

I: El cerebro desarrolla el intelecto.

K: ¿Cuál es la función del cerebro? ¿Qué es el cerebro? No estamos hablando profesionalmente –no leo libros acerca de todo este asunto–, pero ¿qué es el cerebro?

I: Bueno, es un ordenador.

K: Un ordenador sumamente extraordinario, formado, producido por miles de años. Es el resultado del tiempo. El tiempo es memoria. La memoria es experiencia, es la acumulación de miles de años de experiencia para sobrevivir, para estar seguros, a salvo. Por lo tanto, tenemos este conocimiento, especialmente respecto de lo externo, conocimiento de todo lo que ocurre en el mundo exterior, de cómo llegar a la Luna, etc., pero muy poco conocimiento acerca de nosotros mismos.

I: ¿Podría ser que la creación dependiera de la memoria y, en consecuencia, del pasado?

K: ¿Es así? Ahora espere un momento, señor. ¿La creación depende de la memoria?

I: Lo que yo estaba sugiriendo, en realidad, era lo que usted dijo antes acerca de que no hay nada nuevo bajo el sol.

K: Eso es lo que pensamos, señor, que no hay nada nuevo bajo el sol. Al menos eso es lo que dice la Biblia, lo dice el Eclesiastés. Ahora bien, ¿no estamos confundiendo creación con expresión? ¿Necesita de la expresión una persona creativa? Necesito la expresión para realizarme en lo personal. Tengo que expresarme; siento que soy un artista y tengo que ponerlo por escrito en un poema o pintarlo en un cuadro. La creación, ¿necesita realmente expresarse? Y la expresión, ¿indica que una mente es libre en el acto de crear? El hecho de que uno escriba un poema o pinte un cuadro, ¿indica que se trata de una mente creativa?

I: No necesariamente.

K: Por lo tanto, ¿qué significa la creatividad? La creatividad, no la repetición mecánica del pasado.

I: Yo creo que la creatividad sí que necesita de la expresión.

K: Espere, iremos despacio. ¿Necesita de la expresión la creatividad? Sólo pregunto. Usted afirma que sí, que la necesita. Entonces se terminó ahí; no hay investigación ulterior posible. Estamos simplemente aprendiendo. Aprendemos juntos. Por favor, recuerde todo el tiempo que estamos aprendiendo juntos, trabajando juntos, compartiendo juntos; por lo tanto, si usted dice que la creatividad necesita de la expresión, se acabó, la puerta se cerró en mis narices.

Examinémoslo despacio. ¿Qué significa la creatividad? ¿Qué es este sentimiento de la mente que se percibe creativa? ¿Lo conoce usted?

I: Cuando la mente está inspirada crea algo nuevo.

K: Cuando la mente ve algo bueno y bello, ¿es ésa una mente creativa? Una mente creativa, ¿necesita de la inspiración? No, señor, ya lo ve, usted afirma cosas. Investigue. Prosigamos ahondando en ello poco a poco. No sé lo que eso significa. Vamos a descubrirlo, no verbalmente, usted sabe; vamos a descubrir de hecho qué significa una mente de veras creativa, extraordinariamente creativa.

I: Significa la realidad.

K: Usted dice que esa mente es la realidad. ¿Es creativa su mente para saber que es la realidad? Mire, señor, por favor, para que la mente sea creativa, ¿no debe ser libre? De otro modo es repetitiva; en esa condición repetitiva puede haber expresiones nuevas, pero la mente sigue siendo repetitiva, mecánica. Una mente, una vida que es mecánica, ¿puede, acaso, ser creativa? Una mente, un ser humano neurótico, en conflicto, en tensión, ¿puede ser creativo? Puede escribir poemas maravillosos, piezas de teatro maravillosas; podría escribir un drama extraordinario después de una borrachera o de haberse «enganchado» (según la nueva fraseología) con algo.

I: Uno tiene que estar en el «ahora».

K: Por lo tanto, señor, ¿qué significa eso, qué significa estar en el ahora? No puede ser algo mecánico. No puede hallarse cargado con todo el peso del conocimiento, de la tradición. Significa una mente que de veras y muy en lo profundo está libre de temor. Eso es libertad, ¿no es así?

I: Por cierto, debe seguir buscando la seguridad; ésa es una función del cerebro.

K: Mire, señor, usted está diciendo que debe haber seguridad.

I: Es la función del cerebro.

K: Desde luego, es función del cerebro estar seguro. Cuando se siente seguro puede funcionar apropiadamente, con eficiencia, con claridad. Pero, ¿está seguro cuando se divide en nacionalidades, en religiones, diciendo: «esto es mío, esto es tuyo»? Donde hay cualquier forma de división, hay destrucción: los judíos, los musulmanes, los árabes...

I: A mí me parece que sin oposición no hay crecimiento.

K: Oh, sin oposición no hay crecimiento. ¡Dios mío! Eso es parte de nuestro condicionamiento, ¿no es así?

I: No, es parte de la realidad.

K: ¿Lo es, lo es? Descubrámoslo, señora.

I: Sin lo alto no existe lo bajo.

K: Descubramos. Hemos vivido de ese modo, entre lo bueno y lo malo, entre el odio y el amor, el medio de los celos, entre la ternura y la brutalidad, entre la violencia y la mansedumbre. Así hemos vivido durante millones de años, y hemos aceptado eso porque estamos condicionados para creer que es algo real. ¿Lo es, lo es vivir de este modo?

I: ¿Cómo puede uno liberarse de este condicionamiento?

K: Ahora estamos discutiendo qué es la mente, cuál es la calidad de la mente creativa. ¿Puede una calidad de mente que fluctúa entre el odio, los celos, el amor, el placer y el miedo, puede una mente así saber qué significa el amor? ¿Puede sa-

berlo una mente que siempre está buscando la expresión, la satisfacción propia, que busca volverse famosa, ser reconocida, ser «alguien»? A todo eso lo llamamos realizarnos, «llegar a ser», usted sabe, todo lo que forma parte de la estructura social, parte de nuestro condicionamiento. ¿Puede una mente así ser creativa cuando está atrapada en la palabra, en el verbo *ser*? Ser: «he sido, seré», siempre tratando de llegar a ser alguna cosa; ¿puede ser creativa una mente semejante? En el devenir, en el «llegar a ser» hay temor: uno podría no llegar a serlo, podría no triunfar. En el «llegar a ser» está el miedo a la muerte, a lo desconocido; por consiguiente, uno se aferra a lo conocido, o sea, al conocimiento. ¿Puede una mente así ser creativa alguna vez? ¿O acaso la creación es el resultado del esfuerzo, de la oposición, de la tensión?

I: La creatividad es júbilo y atención, es imaginación.

K: ¡Oh, la creatividad es júbilo, imaginación! Vea, todos somos así... no sé lo que somos. ¿Sabe usted lo que significa el júbilo? ¿Es placer el júbilo?

I: No.

K: Usted dice «no», pero eso es lo que está buscando, ¿verdad? Tiene un momento de gran éxtasis, de gran júbilo, y piensa al respecto. El pensar al respecto ha reducido eso a placer. Así que, por favor, señor, ¡estamos tan llenos de conclusiones...! Una mente con numerosas conclusiones no es una mente libre. Descubra si uno puede vivir sin ninguna conclusión, vivir diariamente sin ninguna conclusión. Eso implica vivir una vida exenta de comparación. Uno saca conclusiones porque compara. ¡Viva una vida sin comparar!, hágalo por un tiempo y descubrirá qué cosa tan extraordinaria ocurre.

I: Si yo soy sólo experiencia, y la experiencia es miedo o ira, ¿qué ocurre?

K: Si uno es sólo la experiencia, pregunta el interlocutor, y la experiencia es miedo, pero uno vive en la experiencia sin que ésta se registre y se reconozca en el futuro como una experiencia, ¿qué ocurre? ¿Es eso? Creo que primero es preciso averiguar qué entendemos por esa palabra *experiencia*. ¿No significa «pasar por algo»? ¿No implica eso reconocimiento? De otro modo, uno no sabría que tuvo una experiencia. ¿Nos estamos comunicando? Si yo no reconociera la experiencia, ¿sería experiencia eso?

I: ¿Puede haber tan sólo experiencia, sin la imagen?

K: ¿Querría usted ir un poco más lejos y preguntarse por qué necesita en absoluto de la experiencia? Todos deseamos tener experiencias. En primer lugar, estamos aburridos de nuestra vida; la hemos convertido en un asunto mecánico y estamos aburridos de eso. Queremos experiencias más amplias y profundas, experiencias trascendentales. ¿Correcto? Entonces, ¿qué implica todo esto? Aburrimiento y las distintas formas de escapar de ese aburrimiento, mediante la meditación, mediante diversos métodos para llegar a lo así llamado *divino* –cualquier cosa que eso pueda ser–, lo cual son todas fórmulas. La experiencia implica un reconocimiento, y usted sólo puede reconocer si hay un recuerdo de eso que ya ha experimentado; de lo contrario, no hay reconocimiento. La pregunta es, entonces: ¿Por qué necesitamos, en lo absoluto, de la experiencia? ¿Para despertarnos porque estamos dormidos? Un reto es una experiencia, pero respondemos a ese reto según nuestro trasfondo, que es lo conocido. De modo que siempre hay conflicto entre el reto y la respuesta.

¿Es posible, pues, vivir una vida en la que la mente esté

tan clara, tan despierta, sea de tal modo una luz para sí misma, que no necesite de la experiencia? No diga que sí, ¡descubra! Eso significa vivir una vida sin conflicto; significa una mente sensible en sumo grado y, por lo tanto, inteligente, una mente que es luz para sí misma y que, en consecuencia, no necesita algo que la rete o la despierte. ¿De acuerdo?

SAANEN, 15 DE JULIO DE 1973

Uno se da cuenta con toda seriedad de que, tal como es el mundo, así somos nosotros, y que nosotros somos el mundo. ¿Cómo ha de cambiar la mente humana, la mente que ha sido cultivada durante milenios, la mente que ha sido educada, condicionada, moldeada por el medio en que vivimos, por la cultura en que ha florecido? Esta mente ha empleado tiempo, diez mil años o más, para llegar a lo que somos ahora. Está repleta de experiencias, conocimientos, imágenes, símbolos. Nos preguntamos qué lugar tiene el conocimiento en la transformación de la mente humana. Tecnológicamente, hemos adquirido una gran cantidad de conocimientos, de muchas maneras y en muchos campos diferentes: en ciencia, biología, antropología, medicina, etc. También hemos adquirido numerosos conocimientos en el área de la psique. El conocimiento, por ser el pasado, ¿qué relación tiene con la transformación de la mente humana?

Poseo muchos conocimientos acerca de mí mismo: sé por qué pienso ciertas cosas, cuáles son las asociaciones de un determinado pensamiento, por qué reacciono; conozco mis experiencias, mis heridas psicológicas, mis ansiedades, mis temores, mi insistente persecución del placer y los miedos del vivir y del morir. He acumulado un enorme conocimiento acerca de mí mismo. He observado muy cuidadosamente, durante cincuenta años, todas las sutilezas, las artimañas, los engaños, las crueldades. He observado; he escuchado a innu-

merables filósofos, maestros, gurúes. Ellos entregaron su conocimiento, su experiencia. Cuando hablo de mí, estoy hablando de ustedes; no me miren a mí y se olviden de sí mismos. Estamos hablando de ustedes.

Así, pues, durante estos años –ya sean diez años, o cincuenta o cien o diez mil– se ha acumulado muchísimo conocimiento. Y, con todo, sólo soy un ser humano mediocre, vulgar, astuto, estúpido, un ser de segunda mano. Reacciono con mucha rapidez a la violencia, al halago; mis vanidades y mi orgullo son inmensos. Me amoldo y lucho contra el amoldamiento. Hablo de arte, enseño un poquito aquí y allá, toco un instrumento, escribo un librito, me vuelvo famoso, notorio, deseo publicidad... ustedes saben, soy todo eso. He reunido una enorme cantidad de información, de conocimiento, y ese conocimiento es el pasado. Todo conocimiento es el pasado. No hay conocimiento futuro, no hay conocimiento presente. Sólo existe el conocimiento como pasado. Y el conocimiento es tiempo.

Entonces, me digo: «esto lo sé». Y también, mediante una cuidadosa, objetiva e impersonal observación del mundo, veo que en mí, como ser humano, tiene que haber un cambio total. Veo que mi relación con el otro, con mi prójimo, con los seres humanos –tanto si la relación es íntima como si lo es con alguien que se encuentra a diez mil millas de distancia–, hay una batalla constante, hay conflicto, desdicha. Veo que siempre estoy afirmándome a mí mismo, mi actividad egoísta, mi movimiento egocéntrico. Y todo eso es conocimiento.

Ahora bien, ¿cuál es el lugar del conocimiento en la transformación humana, transformación que la mente considera absolutamente necesaria? Ésa es la pregunta. La experiencia futura, el emplear tiempo acumulando más y más conocimientos –no sólo para ir a la Luna y en varios otros campos, sino también conocimiento acerca de mí mismo–, ¿producirá el cambio? Es decir, el tiempo y el conocimiento –y el conocimiento es tiempo– ¿originarán una transformación en mí,

en ustedes? ¿O se requiere una clase de energía por completo diferente?

¿Nos estamos comunicando? Estamos compartiendo la cosa juntos y, para compartir algo juntos, ambos necesitamos una relación de afecto, de consideración, de investigación; de otro modo, no podemos compartir. Ambos debemos estar interesados en la cosa que compartimos el uno con el otro; eso implica compartir al mismo tiempo, en el mismo nivel, con la misma intensidad.

Tengo, pues, este problema; ustedes tienen este problema. Conocemos muchísimo acerca de lo que otras personas han dicho acerca de nosotros, y conocemos acerca de nosotros mismos. ¿Eso generará un cambio? Es decir, el pensamiento, ¿cambiará la mente humana? El pensar es la respuesta del conocimiento. El pensar ha creado este mundo. El pensar ha dividido a la gente como cristianos y no cristianos, como el árabe y el judío, como el católico y el no católico, el comunista y el hindú. El pensar ha dividido a la gente. ¿Tienen ustedes conciencia de eso? El pensar ha dividido el mundo como Suiza, Francia, Alemania, Rusia, etc. El pensar ha originado conflicto entre unos y otros, no sólo en lo religioso, social y económico, sino también en nuestras relaciones. Y nosotros recurrimos al pensamiento para que nos cambie. Eso es lo que hacemos, ¿no es así? Podemos no ser conscientes de ello, pero de hecho es lo que tratamos de hacer.

¿Está el cuadro claro, no *mi* cuadro sino *el* cuadro? ¿Está claro que el pensamiento/conocimiento/tiempo, que son la misma cosa, ha dado origen a este mundo con toda su confusión, su desdicha, su corrupción, su dolor, su angustia, tanto allí fuera como aquí dentro? Y decimos que todo eso debe cambiar. Las personas serias dicen eso, pero para producir un cambio emplean el pensamiento.

De modo que yo cuestiono toda la cosa. Veo muy claramente que el conocimiento no puede cambiar mi actividad, mi movimiento egocéntrico del «yo» y el «tú» como dos en-

tidades separadas que luchan la una contra la otra. Entonces, ¿qué he de hacer? Planteéense esta pregunta a sí mismos y háganlo con toda seriedad. ¿Cuál es la respuesta? Ustedes ven el mundo, se ven a sí mismos como el mundo, y ven qué es el conocimiento, sabiendo, no obstante, que el conocimiento es necesario en ciertos campos de la actividad. También se preguntan si ese conocimiento, que los seres humanos han reunido durante miles de años, puede dar origen a una radical revolución psicológica. Ahora tomen este pensamiento, considérenlo. ¿Cómo escuchan esta declaración? ¿Cómo escuchan la pregunta acerca del lugar que el conocimiento tiene en la transformación humana? Cuando escuchan estas palabras, ¿las traducen convirtiéndolas en una abstracción? Al escucharlas, ¿extraen una conclusión, que es un concepto abstracto?, en consecuencia, no están escuchando la declaración sino que escuchan el concepto abstracto?

He formulado una pregunta: ¿qué lugar ocupa el tiempo –que es conocimiento y pensamiento– en la transformación de la mente de un ser humano? Porque *tiene* que haber una transformación. Y bien, ¿cómo escuchan esto? ¿Prestan atención sólo al significado de las palabras? ¿O, en el acto mismo de escuchar, extraen una conclusión y no escuchan realmente la pregunta? ¿Ven la diferencia? Cuando al escuchar lo que se está expresando sacan una conclusión, convierten eso en un concepto abstracto; entonces, se halla en actividad el pensamiento. No estoy siendo ingenioso, esto no es una cosa del intelecto. Ustedes pueden observarlo en sí mismos.

¿Pueden ustedes pensar sin la palabra, sin la imagen, sin el símbolo? Les estoy formulando esta pregunta. ¿Pueden pensar sin ninguna palabra, sin ningún símbolo, sin ninguna imagen? Si no hay imagen ni símbolo ni palabra, ¿existe el pensar? Ahora que escuchan esto, ¿qué hacen con el acto de escuchar? ¿Qué han hecho después de escuchar lo que acaba de decirse? Prosigan, por favor. Están tratando de averiguar, ¿no es así?, si existe un pensar sin la palabra. Y dicen: «¡Dios

mío, yo no puedo pensar sin la palabra! Debo tener una imagen, un símbolo; de lo contrario no existe el pensar». De modo que el pensar, la palabra, el símbolo, la imagen, son conocimiento. Y eso es tiempo. ¿Puede, pues, ese tiempo cambiar la mente humana? Todas las filosofías, todas las estructuras religiosas se basan en el pensar, que es conocimiento, y recurrimos a ese conocimiento para producir un cambio. Yo digo que tal cosa no es posible. Pero debo verlo muy claramente, verlo en el sentido de ser sensible a la verdad de esta afirmación. La verdad es que el conocimiento, aunque necesario en el mundo de la acción –para manejar un automóvil, aprender un idioma, para el estudio científico, etc.–, no tiene lugar alguno en la transformación de un ser humano.

¿Ven ustedes la verdad de esto? Pueden ver la verdad de esta declaración sólo si no extraen una conclusión de ella. Dirán: «entonces, ¿qué puedo hacer?». Esto es una conclusión. «¿Cómo procederé? He vivido toda mi vida a base de conclusiones, creencias, ideas, pensamientos, y viene usted y dice: "mire, eso no tiene cabida en la relación, en el cambio humano".» Después pregunta: «¿qué tomará el lugar de todo esto?». Esta pregunta la formula el pensamiento; de modo que están funcionando todavía en el campo del pensamiento y, por consiguiente, no ven la verdad de ello.

Vea, el principal interés para un hombre serio es la transformación total de la mente humana –total, no parcial, una completa revolución de la psique–, porque éste es el primer movimiento capaz de transformar el medio exterior. Sin este cambio radical, el mero cambio externo no tiene sentido, porque crea más y más y más problemas. Uno puede ver cómo la gente está contaminando la tierra, las aguas, y la mera reforma no va a cambiar esto. Siendo, pues, serio, uno se pregunta: Si el conocimiento no tiene cabida, entonces, ¿cuál es la energía, cuál es la llama, la cualidad que cambiará por completo la mente? Ahora bien, yo, ustedes, ¿vemos claramente

la verdad de que el conocimiento no va a cambiar al hombre? No porque yo lo diga, no porque les esté convenciendo intelectualmente y no porque ustedes sientan que es el único camino, sino que cada uno de ustedes, sin tener en cuenta el medio que le rodea, sin tener en cuenta a quien les habla, independientemente de cualquier clase de influencias, impresiones, exigencias, etc., vea la verdad de ello por sí mismo. Si la ve, ¿cuál es, entonces, el estado de su mente? ¿Cuál es el estado de la mente que ve la verdad o falsedad de una declaración como ésta? ¿Qué es esa mente que dice: «sí, es cierto»? ¿Pueden responder? ¿Es una convicción intelectual y, por lo tanto, no es la verdad? ¿Es una opinión sostenida por un razonamiento y, en consecuencia, no es verdadera? ¿Es una secuencia lógica que aceptamos y, por eso, tampoco es verdadera? ¿O es un juicio dialéctico, que consiste en ver la verdad a través de opiniones y, por lo tanto, eso no es la verdad?

¿Cuál es la calidad de una mente que se enfrenta a esta declaración? ¿Cómo la recibe? ¿Es capaz de considerar esa declaración como si la oyera por primera vez y de ver instantáneamente su realidad?

Dejaremos esto por el momento.

Tal vez les gustaría formular algunas preguntas a propósito de las cosas que hemos estado discutiendo.

Interlocutor: Yo no veo por qué el conocimiento es tiempo.

Krishnamurti: ¿Realmente, no lo ve? Mire, yo no sé cómo andar en bicicleta, de modo que me costará tiempo aprenderlo. No sé hablar ruso; costará tiempo aprenderlo. Aprender un idioma con todo su conocimiento requerirá tiempo, tiempo para abarcarlo desde aquí hasta allá. Y para ir de aquí hasta allá, necesito del conocimiento. Así, pues, no caben dudas con respecto a esto: todo conocimiento es tiempo. Y todo conocimiento es el pasado.

I: Uno no necesita tiempo en absoluto; puede usar el conocimiento ahora.

K: Habiendo acumulado conocimiento como tiempo, uno puede usarlo en el presente. ¿Es eso? Ahora escuche esto: habiendo acumulado conocimientos, habiendo aprendido inglés, uso ese conocimiento, ese idioma, en el presente. Eso es obvio, lo estoy haciendo. En mi relación con usted he desarrollado conocimientos a su respecto, y eso ha costado tiempo; y yo uso esos conocimientos en la relación que tengo con usted en el presente. Así que, para mirarle en mi relación, recurro al pasado. Uso la imagen que tengo de usted; lo que funciona en mi relación es la imagen. De modo que esa imagen, que es el pasado, nos separa a usted y a mí.

I: ¿Y qué ocurre si usted está mirando a un individuo que es, en sí mismo, el producto del pasado? Para verlo, ¿no debe también usted mirar el pasado, puesto que él lo es?

K: Por supuesto. Para mirarme a mí mismo, que soy el pasado, ¿uso para ello los ojos del pasado? Si uso los ojos del pasado para mirarme, no me estoy mirando.

I: Son los únicos ojos que tengo.

K: Espere. No me miro a mí mismo. Sólo puedo mirarme con ojos que no son del pasado. Todo esto es obvio.

I: ¿Cómo puedo cambiar mi mente de manera instantánea?

K: Usted ha formulado la pregunta equivocada, señor. Vea, para responder a esa pregunta uno tiene que examinar toda la cuestión del tiempo. Y ésa es una cuestión inmensa, no para este momento. ¿Puede la mente cambiar de manera instantánea? Es decir, ¿puede la mente, que es tiempo, que es pro-

ducto del conocimiento, de la experiencia, puede esa mente –siendo la mente el corazón, la totalidad que opera– cambiar de manera radical fuera del tiempo? No instantáneamente. Afirmo, con toda humildad, que puede. De otro modo no estaría hablando de ello; sería un hipócrita. Estaría complaciéndome en ideas, lo cual es estúpido.

¿Sabe?, todo este problema del lugar que ocupa el conocimiento es extraordinariamente intrincado, sutil, porque uno ve que, por una parte, *necesita* tener conocimientos. Debo tener conocimientos para ir hasta donde vivo, para conducir un automóvil, para hablar este idioma, para reconocerle a usted, para jugar al golf, al tenis, para ir a la fábrica, etc. Para hacer cualquier cosa debo tener conocimientos. No obstante, veo que el conocimiento no tiene lugar alguno –¿o sí tiene lugar?– en la transformación humana. Esto requiere una percepción amplia, rápida, inmensa, no una conclusión. Puedo llegar a una conclusión y decir: «bueno, tiene un lugar», o «no tiene lugar alguno»; eso nada significa. Para ver todo el campo del conocimiento y ver dónde el conocimiento es necesario y dónde se vuelve destructivo, se requiere gran inteligencia.

Entonces, ¿es producto del tiempo la inteligencia? Escuche esto, no concuerde ni discrepe. La inteligencia, ¿es personal, es suya, es mía? ¿O es inteligencia el acto de ver todo este proceso del conocimiento? Para verlo, uno debe ser altamente sensible, atento; debe tener interés profundo, afecto, amor. De lo contrario no puede captar la belleza, el movimiento veloz de la inteligencia.

BROCKWOOD PARK, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Krishnamurti: Poniendo juntas todas nuestras preguntas, ¿cuál es, en todo esto, la cuestión central? Yo diría, sujeto a la corrección de ustedes, que tenemos muchos problemas, ya sean aquéllos impuestos por la sociedad o la cultura en que vivimos, o nuestros propios problemas individuales, personales. Y queremos resolverlos todos: el observador y lo observado, el consciente y el inconsciente, la interferencia del pensamiento en el ver y el actuar. Tenemos todos estos numerosos problemas: la mala salud, el yoga, hacer la vertical sobre la cabeza, el significado de la responsabilidad, el significado del amor, lo que ocurre cuando morimos, etc. Y bien, ¿quién va a responder a todas estas preguntas? Éstos son nuestros problemas, colectivos, personales, impersonales, objetivos, etc. Y bien, ¿quién va a responder a estas preguntas? Supongamos que no hubiera nadie a quien pudieran ustedes formularlas, ¿cómo las resolverían y cómo resolverían los problemas que se derivan de ellas? Ésta es la cuestión central en todo esto, ¿no es así?

Interlocutor: Estando alerta.

K: No, por favor, explorémoslo. No diga: «estando alerta»; eso le pone punto final, por favor.

Ante todo, estamos acostumbrados a formular preguntas y a que alguien responda a ellas. El mundo se debate en una confusión espantosa. El dictador dice: «nosotros tenemos la respuesta». El político dice: «nosotros tenemos la respuesta»; lo dicen el economista, el socialista o la persona religiosa. Ahora bien, no recurran ustedes a ninguna de estas personas porque todas ellas nos han engañado, porque son responsables, tal como nosotros lo somos, de la desdicha, la confusión, el dolor, el hambre, las guerras, la violencia. Si no recurrimos a ninguna de estas personas, ¿cómo averiguaremos las respuestas? No hay autoridad, no hay libro, no hay líder, no hay gurú. ¿Correcto? ¿Cómo responderán a estas preguntas? Espero que se encuentren en esta situación, que no estén siguiendo a nadie, que no haya una autoridad que les diga: «haz esto», o «no hagas aquello». ¿Cómo procederían para responder a estas numerosas preguntas y a los múltiples problemas que surgen en nuestra vida cotidiana?

I: Señor, me interrogo a mí misma y encuentro que sigo sin tener respuestas, si bien tampoco espero que las haya; ¿las hay?

K: Señora, sólo espere un momento. ¿Se encuentra usted en una situación en la que dice: «no tengo a nadie de quien pueda depender para la respuesta correcta, ni libro ni sistema alguno; me he quedado despojada de todo esto y tengo que encontrar la respuesta, porque mi vida es muy corta y quiero vivir una vida plena, rica, bella, inteligente, *inteligente*, y nadie puede decirme qué debo hacer»? ¿Nos encontramos en esa situación? ¿No?

I: Sí.

K: No diga «sí» o «no». Es una de las cosas más difíciles que hay, encontrarse en esa situación, ¿no es así?

De modo que, si no confío en nadie, ¿cómo encontraré la

respuesta, cómo resolveré los problemas que surgen cada día? No hay una serie, un conjunto de problemas; los problemas están surgiendo siempre. ¿Cómo los afrontaré y los resolveré sin quedar preso en la trampa de todo esto? ¿Por dónde empezaré? Ciertamente, éste es el único modo de descubrir qué es la verdad, cuál es el estado de una mente que no tiene problemas, que no se halla en conflicto, que es supremamente sensible, inteligente y demás. Entonces, ¿por dónde comenzaré?

I: Por mirar.

K: Mirar, ¿qué?

I: Mirar el problema.

K: ¿Mirar el problema? ¿Quién es el que crea estos problemas? ¿Dónde buscaré una respuesta?

I: En la fe.

I 2: En todo lo que es bueno y verdadero.

K: ¡Oh, no, señora!, no diga en todo lo que es bueno y verdadero y noble, por favor. Mire, le estoy formulando una pregunta muy seria, y usted dice: «buscaré todo lo que es noble y verdadero y bello». Keats, todos los poetas, los filósofos, todos los escritores e intelectuales, hablaron sin cesar acerca de tales cosas, pero eso no responde a mi pregunta.

I: Viendo todo lo que el problema no es.

K: Mire, señor, yo personalmente no leí ninguna filosofía, ninguna psicología, no sigo a ningún gurú, a ninguna autoridad. Para mí, la autoridad, ya sea política o religiosa, es ve-

neno. Y no leí ninguno de los libros sagrados de la India, de aquí, del Japón o de la China. Me aburren. Entonces, ¿por dónde empezaré? Tampoco tengo confianza en mí mismo, ¿correcto? Porque yo soy lo que el mundo ha hecho de mí, de modo que no puedo confiar en mí mismo. No sé si usted sigue todo esto. Por lo tanto me digo que debo comprenderme a mí mismo; yo soy el mundo y el mundo es lo que soy. Y eso es lo que quiero decir, no son meras palabras. Y, al comprenderme a mí mismo, comprendo al mundo. El mundo que me rodea: la naturaleza, la estructura de la relación humana, las divisiones, las disputas, el antagonismo, las guerras, la violencia y demás, todo eso está sumergido en mí, porque yo soy el mundo. En consecuencia, debo comenzar conmigo mismo.

I: Si usted es el mundo y el mundo es usted, ¿cómo puede comenzar consigo mismo?

K: Comienzo con lo que tengo, señor. ¿Puedo continuar? Por favor, muévanse conmigo. Es una mañana cálida, bastante hermosa. Prosigamos.

No sé nada acerca de mí mismo. No empiezo con una conclusión de que soy Dios o de que no soy Dios, de que soy el Estado o de que no soy el Estado, de que soy el mundo o de que no soy el mundo. No sé nada. ¿Correcto? Comienzo, pues, allí: no sé nada. Lo que sé es lo que otras personas me han dicho. Propaganda. Lo que sé, lo que soy, es el resultado de lo que otros me han hecho, o actúo en reacción al mundo. Por lo tanto, no sé nada realmente. Así, pues, puedo comenzar a aprender.

¿Me permiten que prosiga? Por favor, compartámoslo juntos. Como no sé nada, empiezo a aprender. Debo averiguar, entonces, qué significa aprender. ¿Qué significa? No sabiendo nada, ¿qué significa aprender? Sé que tengo que aprender un idioma: italiano, griego, francés o el que fuere. Acumulo las palabras, el significado de las palabras, los verbos, los verbos

irregulares, etc. De este modo sé un idioma. Sé cómo montar una bicicleta, conducir un automóvil, cavar en el jardín o hacer funcionar una máquina. Sé todo eso. Pero en realidad, más allá del conocimiento tecnológico, no sé absolutamente nada acerca de mí mismo. ¿Podemos empezar desde allí? ¿Puede usted decir con sinceridad: «no sé realmente nada acerca de mí mismo»? No decirlo a causa de la desesperación ni desde un sentimiento de frustración, de modo que, por no conocerse a sí mismo, ¡vaya usted a suicidarse!

I: ¿Qué entiende usted al decir que no sabe nada acerca de sí mismo?

K: Acerca de lo que soy, por qué hago esto, por qué pienso aquello. Cuáles son los motivos, las impresiones. No conozco nada acerca de mí mismo excepto el conocimiento tecnológico, la información, la actividad que se desarrolla en ese campo. Por consiguiente, no sé nada respecto de mí mismo, sólo sé lo que otras personas me han dicho respecto de mí. He desechado a los filósofos, a los analistas, a los psicoanalistas, a las madres, a los padres; he desechado los libros. De este modo voy a aprender, a aprender acerca de mí mismo; así, antes de usar esta palabra, debo averiguar qué significa aprender.

He aprendido cómo andar en bicicleta, he aprendido a conducir un automóvil, a hablar un idioma, a hacer funcionar una máquina, lo que fuere. Si soy un burócrata, he aprendido a manejarme con el lápiz. Conozco todo eso, pero ¿qué significa aprender?

I: Debo ser curioso.

K: Curiosidad. Sé lo que significa esa palabra, pero ¿me enseñará la curiosidad qué significa aprender? Quiero aprender acerca de mí mismo. ¿Qué quiere decir aprender? Si aprendo

acerca de mí mismo, ¿me conduce ese aprendizaje al conocimiento de mí mismo y, desde este conocimiento, actúo? Quiero aprender acerca de mí mismo. *Aprender.* ¿Qué significa eso? He aprendido un idioma, he aprendido a andar en bicicleta y demás, pero yo soy una cosa viva, ¿no es así?, una cosa que cambia, que tiene necesidades, exigencias, que siente lujuria, ira, etc. Tengo que aprender acerca de todo esto. Ahora bien, si aprendo acerca de la ira, ese aprender puede dejar un residuo como conocimiento. Desde este conocimiento actúo. Por lo tanto, he dejado de aprender.

I: Uno no debe acumular.

K: Señor, si la mente acumula conocimientos acerca de sí misma, la acción siguiente o el próximo aprendizaje es a partir de estos conocimientos.

I: Yo dije que *no* debo acumular.

K: De eso se trata, precisamente. Así, pues, el aprender es un proceso de no acumular conocimientos. He acumulado conocimientos acerca de cómo andar en bicicleta, hablar un idioma y todo eso, pero cuando estoy aprendiendo acerca de mí mismo, cualquier forma de acumulación como conocimiento al respecto, impedirá el aprendizaje ulterior. Porque el «yo» es una cosa viviente, no es algo inanimado. Por lo tanto, la mente debe llegar a ello cada día, cada minuto, de una manera nueva, fresca; de lo contrario no puede aprender.

Cuando aprendo acerca de mí mismo, si en ese aprender hay cualquier forma de acumulación como conocimiento, como experiencia, entonces todo aprendizaje futuro es impedido por el pasado. ¿Es posible, entonces, aprender sin la acumulación? Para mí es muy importante descubrir esto. Porque si estoy aprendiendo y la acumulación continúa, no existe el aprender. El «yo» es una cosa terriblemente viva, muy

activa. Por lo tanto, la mente debe ser tan veloz, tan sensible, tan sutil como esa cosa viva. ¿Es capaz de esto mi mente? Por favor, sigan esto paso a paso y llegarán a ello por sí mismos.

I: Señor, cuando uno mira algo, tan pronto comienza a pensar al respecto, la vida ha seguido su curso.

K: No, señor. Mire, usted está diciendo que la vida transcurre tan rápidamente, tan prontamente, tan sutilmente, que el aprender no es posible. ¿Es eso?

I: No, no es eso lo que dije. Dije que la dificultad está en que, tan pronto uno piensa sobre algo, tiene que ser capaz de verlo e inmediatamente seguir adelante sin tratar de pensar al respecto o de atraparlo por cualquier medio.

K: El incidente o el acontecimiento ocurre tan rápidamente que de nada sirve pensar al respecto. Por lo tanto, tengo que aprender a observar sin el conocimiento anterior que he acumulado, ¿correcto? Eso es el acto de aprender.

I: En consecuencia, uno vigila cuidadosamente sus motivos en la acción.

K: No, señor, no hemos llegado a eso. Quiero conocer acerca de mí mismo. ¿Qué significa aprender? Hasta que descubro esto, tan sólo estoy acumulando conocimientos acerca de mí mismo. Y ustedes tienen conocimientos acerca de sí mismos, ¿no es así?, lo que han dicho los psicólogos, lo que han dicho los filósofos, lo que han dicho los libros religiosos, lo que ha dicho quien les habla. De modo que tienen conocimientos de todo eso y, cuando descartan todos esos conocimientos, se quedan sin nada; por lo tanto, tienen que aprender. Estoy investigando, pues, qué significa aprender.

I: El aprender, ¿podría ser una realización espontánea sin reacción alguna?

K: Realización espontánea... no sé qué significan esas palabras, lo siento. Nosotros no somos espontáneos, ¿verdad? Estamos muy condicionados, muy fuertemente oprimidos por el pasado, con todo el conocimiento, la información... ¿cómo puede la mente ser espontánea?

I: La palabra «aprender», ¿no se halla asociada con la acumulación?

K: Por lo tanto, señor, sabiendo que ese aprender está asociado con la acumulación de conocimientos, nosotros estamos tratando de separarlos. No podemos usar otras palabras. Estoy, pues, aprendiendo acerca de mí mismo; en consecuencia, no acumulo conocimientos respecto de mí mismo. Si lo hago, entonces ese conocimiento acumulado impedirá un aprender ulterior. Esto es bastante simple, señor, ¿no es así?

I: Para aprender, en nosotros tiene que haber observación.

K: Entonces, ¿cómo aprendo y observo, cómo me observo y, en el acto de la observación, aprendo? Ahora bien, ¿qué implica la observación? ¿Puedo observarme, observar sin distorsión alguna todos mis movimientos, observarlos sin ninguna conclusión previa que habrá de dar origen a la distorsión de que soy bueno, de que soy malo, de que soy divino, de que soy maravilloso, de que soy la persona más bella, más encantadora, etcétera, etcétera? ¿Puedo observarme a mí mismo sin el más mínimo vestigio de distorsión?

I: Sólo si no trato de cambiarme.

K: Señor, por favor, retenga eso, considérelo. ¿Puede usted mirarse sin opinión alguna acerca de sí mismo?

I: El aprender es algo que debe ser practicado, como ocurre con un bebé, una criatura que aprende a caminar.

K: ¡*Ahora*, empiece *ahora*! No hablemos de un bebé, empecemos a aprender ahora. Le ruego que escuche esto. ¿Puede la mente observar, sin prejuicio alguno, sus actividades? El prejuicio es un juicio previo, una evaluación que ya ha sido hecha, y, a través de esos ojos, me miro a mí mismo. ¿Puedo observar mis propios movimientos en la vida cotidiana –el cocinar, el lavar, todo eso– y la actividad de la mente, observarlos sin ninguna conclusión, sin ningún prejuicio? Usted dice que eso no es posible. Espere. ¡Hágalo! Por favor, haga estas cosas.

I: ¿Cómo las hace uno?

K: Se lo estoy mostrando. No «cómo»; se lo estoy mostrando. Observe su mente, obsérvela sin ningún prejuicio. ¿Puede observarla?

I: Le ruego que me excuse. Yo encuentro que cuando deambulo por aquí haciendo esto y aquello, hay un movimiento, un impulso de emitir juicios, de prejuzgar. Casi puedo sentir esa cualidad en mí. ¿Puedo observar todo eso sin juzgarlo?

K: Es lo que le estoy preguntando, señor. ¿Puede la mente observar su propia actividad, observarla sin ningún prejuicio, sin conclusión alguna, sin juicio ni evaluación, o sea, sin el pasado? ¿Puede observar? Hasta que lo haga, será incapaz de aprender.

I: Quiere usted decir observación sin pensamiento?

K: Correcto. Observación sin pensamiento. No quería expresarlo de ese modo, porque entonces ustedes se lanzan a pre-

guntar: «¿cómo puedo impedir que el pensamiento interfiera?»

I: ¿No es eso lo que uno tiene que considerar? ¿Cómo he de mirar la interferencia del pensamiento sin prejuzgar, sin juzgarla?

K: Y bien, no hay nadie que responda a esa pregunta. ¿Qué hará usted?

I: Retorcerme.

K: ¿Retorcerse? ¡Entonces retuérzase! Pero tiene que responder a esa pregunta. De nada sirve que tan sólo se retuerza; tiene que responder a ella. La vida le enfrenta a un reto. Usted no puede decir: «bueno, me retorceré», y dejar las cosas ahí. La vida le dice que responda. ¡Usted es un hombre maduro!

Por favor, sólo un momento, señor. Vea, esto se vuelve totalmente imposible cuando su mente no está prestando atención completa a algo que exige atención. Yo quiero aprender acerca de *mí mismo* –no a través de los ojos de otra persona, ya sea Cristo, Buda o el gurú más reciente. Quiero aprender; *la mente tiene que aprender* acerca de sí misma, de modo que dice: «¿cómo he de aprender?», lo cual implica que debo observar. ¿Cómo puedo observar cuando hay tanto prejuicio? Son miles los prejuicios que tengo. ¿Cómo puedo observar?

Lo siguiente es, entonces, que no hay nadie que responda a la pregunta acerca de cómo la mente ha de liberarse del prejuicio. *Debe* hacerlo, ¿entiende?, de lo contrario, no puede aprender. Entonces, ¿cómo puede librarse la mente de sus prejuicios?

I: Cuando veo algo en mí misma que no me gusta, eso es un hecho, no un prejuicio.

K: Señora, usted tiene un prejuicio, ¿no es así? Todos tenemos algún tipo de juicios previos –eso es lo que significa prejuzgar algo. ¿Cómo puede la mente estar libre de prejuicios, de conclusiones, de fanatismos? Nadie va a responderme, de modo que debo descubrirlo. No puedo estar «retorciéndome» bajo la pregunta; tengo que responder a ella por mí mismo. La vida lo exige.

I: Viendo la falsedad de todo eso.

K: Usted ve la falsedad del prejuicio, ¿no es así? Pero sigue alimentando prejuicios, ¿verdad?

Responda a esa pregunta por sí mismo. ¿Cómo ha de liberarse mi mente del prejuicio de una conclusión, de una imagen respecto de usted? Sólo escuche. He formado una imagen respecto de usted porque usted es cristiano y yo soy hinduista, o soy comunista y usted es alguna otra cosa. Ahora bien, ¿cómo puede la mente estar libre de esa imagen que ella misma ha formado, que ha formado la cultura o que la sociedad ha formado e implantado en la mente? ¿Cómo puede eliminarse esta imagen? Ésta es la pregunta. No responda a ninguna otra. La imagen está ahí. ¿Cómo puede acabarse con ella, de modo tal que uno esté libre de la imagen?

***

K: Mire, he sido educado en la India como brahmín, y digo que *soy* eso. Ése es un prejuicio profundamente arraigado, generado históricamente, culturalmente, y la tradición dice que soy eso. Ése es mi condicionamiento. ¿Puede la mente darse cuenta de ese condicionamiento? Sólo eso. No más. Cuando se da cuenta de ese condicionamiento, ¿qué ocurre?

I: Ya no está condicionada.

K: ¿Está usted diciendo esto como una realidad o es una afirmación verbal? Cuando se da cuenta de ese condicionamiento, ¿trata de superarlo, de cambiarlo, de controlarlo, de abrirse paso a través de él? ¿O simplemente se da cuenta de su condicionamiento?

I: Simplemente me doy cuenta de él.

K: Y bien, ¿qué ocurre, entonces?

I: Empiezo a liberarme de él.

K: Espere. O está libre o no lo está. No puede decir «empiezo».

I: Si usted quiere...

K: No se trata de lo que *yo* quiera, por favor. No jugamos a lo que usted quiere o yo quiero. La mente se da cuenta de que es cristiana, comunista, hindú o lo que fuere. Ése es su condicionamiento. Cuando se da cuenta de ese condicionamiento, ¿qué ocurre?

I: Cambia.

K: No. Tengo que averiguar qué entiendo por *darse cuenta*, qué entiendo por *observar ese condicionamiento*. El observador, ¿es diferente del condicionamiento? La mente se da cuenta u observa que está condicionada. ¿Es el observador diferente del condicionamiento? ¿Qué dice usted? No hay nadie que le dé la respuesta. ¿Cómo lo descubrirá? El pensador, ¿es diferente del pensamiento, del condicionamiento? ¿O el pensador *es* el pensamiento y el condicionamiento?

I: ¿Se da uno cuenta de su condicionamiento cuando ve que éste forma parte de la mente?

K: Sí, señor, entiendo. Estoy preguntando algo más. Pregunto –estamos preguntando– lo siguiente: cuando uno dice «estoy condicionado», el «yo» que dice «estoy condicionado», ¿es diferente del condicionamiento?

I: Indudablemente, no.

K: Indudablemente no. Por lo tanto, el observador es lo observado. Ahora espere un momento, quédese ahí por unos pocos instantes. El observador es lo observado. ¿Qué ocurre, entonces?

I: He aprendido qué es eso.

K: Entonces he aprendido –dice usted– lo que realmente *es*. ¿Existe un aprender acerca de «lo que es»? Tengo que atenerme a esta única cosa, señor, lo siento. El observador es lo observado, ¿correcto? Vemos eso. Es decir, el condicionamiento y el observador que observa ese condicionamiento, son ambos la misma cosa. Ambos están condicionados. Eso quiere decir que no hay división entre el experimentador y el experimentado, entre el pensador y el pensamiento; son una sola cosa. ¿De acuerdo? ¿Qué ocurre, entonces? Tómese tiempo. Vaya despacio. Cuando existe una división entre el observador y lo observado, hay conflicto, ¿correcto?, al tratar de superar esa división, de cambiarla, de controlarla y así sucesivamente. Ahora bien, cuando el observador es lo observado, no hay control, no hay represión, no hay movimiento para superar cosa alguna; sólo existe lo que realmente es, o sea, que el observador es lo observado, que la imagen es el observador. Entonces, ¿qué ocurre?

I: La dualidad llega a su fin.

K: Señor, la dualidad ha llegado a su fin cuando usted ve que

el observador es lo observado. Existe la dualidad; la expresión de esa dualidad es el conflicto. Cuando no hay conflicto entre el observador y lo observado, ¿qué ocurre? No hay nadie que se lo diga, ¿comprende?

I: Hay en uno acción inmediata.

K: Espere, vaya despacio. ¿Qué ocurre?

I: Yo no soy diferente de aquello que estoy mirando.

K: Por lo tanto, ¿qué ocurre?

I: Ha cesado el conflicto.

K: Sí, señor, hemos dicho eso. Cuando el observador es lo observado, cesa el conflicto. Eso es algo grandioso, ¿verdad? Cesa el conflicto. ¿Ha cesado el conflicto en usted cuando se ha dado cuenta de que el observador es lo observado? Hasta que no cesa el conflicto, usted no ve la realidad de que el observador es lo observado; son tan sólo palabras. En el momento en que ve la realidad de ello, el conflicto ha llegado a su fin; cesan el «yo» y el «no yo». El «yo» es el «tú».

Así, pues, ¿qué ocurre cuando no hay conflicto, o sea, cuando el observador es lo observado?

¿Ha meditado usted alguna vez? Veo a varios de ustedes sentados con gran atención bajo algunos árboles. ¿Han meditado alguna vez? *Esto* es meditación. ¿Comprenden, señores? Ésta es la más grande de las meditaciones, dar con esta cosa extraordinaria que es descubrir por uno mismo –que la mente descubra por sí misma– que el observador es lo observado. En consecuencia, no hay conflicto, el cual implica vegetar, limitarse a no hacer nada. Al contrario.

Tengo que descubrir, pues, qué ocurre cuando la mente se da cuenta de que la imagen y el observador de esa imagen son

la misma cosa. Y la mente ha llegado a ese punto porque ha investigado. No ha dicho solamente: *es así*. Ha penetrado dentro de sí misma. Ve que en el aprender, en el observar, no tiene que haber prejuicio. Ve que el prejuicio es una imagen y se pregunta si esa imagen es diferente del observador. Todo eso es una investigación. Una investigación en la que la mente está atenta y, gracias a eso, comprende que el observador es lo observado; en consecuencia, está tremendamente viva, no es una mente apagada, muerta. Es una mente original, incontaminada.

¿Qué ocurre entonces? Se da cuenta de que la palabra *hindú* y el autor de esa palabra son la misma cosa. Por lo tanto, ¿está ahí la imagen, el condicionamiento? No diga «no» ni «sí». ¿Está ahí? La mente está condicionada como «católica». Cuando dice: «yo soy católico», el «yo» es ahí diferente de aquello que ha sido llamado «católico»; ése es su condicionamiento. El observador dice: «yo soy diferente de mi condicionamiento», y entonces lucha, porque dice: «debo controlar», «debo ser generoso», «debo ser pacífico», «no debo matar, pero mataré cuando sea necesario», etc., etc. Todo el tiempo juega un juego consigo mismo. Por consiguiente, cuando el observador se da cuenta de que no es distinto de la cosa que él ve, que *ése* es el condicionamiento y que, por lo tanto, toda la cosa está condicionada, toda la estructura está condicionada, ¿qué ocurre entonces?

Cuando hay una imagen, un prejuicio, una conclusión, hay actividad, ¿correcto? Si soy un cristiano, debo resistir a todo aquél que no sea cristiano; si soy un comunista, convertiré a todos a mi ideología. Hay una actividad en marcha, ¿no es así? Está la actividad del observador tratando de convencer a los demás, de hacer proselitismo, de amenazar. Cuando el observador es lo observado, cesa toda esa actividad, ¿no es cierto? ¿Qué ocurre, entonces? Hay completa inmovilidad. Oh, usted no ve la belleza de esto.

Obsérvelo. Cuando la mente alimenta prejuicios, está en

movimiento. Si yo tengo un prejuicio contra usted porque usted me ha injuriado, ofrezco resistencia; eso es movimiento. La imagen que he formado de usted es un movimiento de prejuicio que tengo contra usted. Si soy un comunista, mi educación consiste en oponerme a toda otra cosa y en atraer a todos hacia dicha ideología. Por lo tanto, tener una imagen indica que hay un movimiento de esto o aquello, o un cambio de esto o aquello: tesis, antítesis y la producción de una síntesis. Así, pues, cuando la mente comprende, cuando ve que el observador es lo observado –*ve*, no se limita a aceptar verbalmente ninguna idea tonta, sino que realmente se da cuenta de ello en sus entrañas, en su sangre, su corazón y su mente–, ve que no hay división alguna. En consecuencia, este movimiento de la mente, del condicionamiento, llega a su fin.

Entonces hay una inmovilidad completa de la mente, lo cual no implica una mente estancada. No quiere decir que la mente se haya dormido; está tremendamente *viva*. Está viva porque no se mueve en áreas condicionadas. ¿Qué ocurre, entonces, cuando hay un completo *no movimiento*?

Si uno ha dado con ello, lo que ha descubierto es en realidad una cosa de lo más extraordinaria. O sea, todo movimiento es tiempo, y el tiempo es pensamiento. El pensamiento está condicionado y, cuando el pensamiento opera, sólo puede operar dentro del campo de ese condicionamiento: soy católico, protestante, comunista, socialista, derechista, izquierdista o del centro, soy budista, no soy nada, o debo ser algo... todo eso está dentro del área de lo conocido; el movimiento está en el tiempo, *es* tiempo. Movimiento es tiempo. Ahora bien, cuando el observador es lo observado, no hay movimiento en absoluto, sólo existe lo observado. Y cuando no hay movimiento alguno en relación con lo observado, con «lo que es», ¿qué ha sucedido? No hay movimiento, no hay parloteo, ningún movimiento desde lo inconsciente a lo consciente, absolutamente ningún movimiento. Entonces, la mente *ve*, tiene la energía necesaria para mirar «lo que es». Cuan-

do no hay movimiento en absoluto, existe la energía extraordinaria para observar «lo que es».

Y, ¿qué hay allí? ¿Otra serie de palabras?

Esto no es una realidad para ustedes; es tan sólo una aceptación verbal. No dicen: «bien, voy a considerar esto, voy a poner en esto mi energía. Me consagraré a ello, quiero descubrir». Y uno sólo puede descubrir si ha descartado por completo todo lo que otros han dicho.

A menos que hagan esto, no podrán aprender. Repetirán lo que otros han dicho, que es lo que están haciendo. Y lo que otros han dicho puede ser totalmente absurdo, puede ser verdadero o puede ser falso. No tiene sentido que otros intervengan en esto. Tiene sentido cuando el médico le dice a uno, desde su conocimiento, que tome una píldora o que tiene cáncer y debe hacer algo al respecto. Eso es diferente. Pero aquí no conozco nada; tengo que aprender. Aprender significa observar. No hay observación cuando existe el movimiento de la imagen –¿alcanzan a ver la belleza de esto?–; el movimiento de la imagen implica el condicionamiento y el movimiento que le es propio. Y ese movimiento es tiempo. Y el pensamiento es tiempo. De modo que el pensamiento se divide como el observador y lo observado, y hay conflicto. Y éste es el movimiento de nuestra cultura, de nuestra actividad religiosa: el conflicto entre «lo que es» y «lo que debería ser», entre el observador y lo observado. Pero cuando se comprende que el observador es lo observado, entonces la actividad del condicionamiento llega a su fin, porque no hay movimiento alguno. Una mente así ha dado con ello a través de la meditación, la investigación, la observación, interrogándose a sí misma y no a algún otro. Ella tiene que permanecer completamente sola, lo cual no significa que uno haya de aislarse, quedarse sentado inmóvil en algún sitio, convertirse en un ermitaño. Por el contrario, la mente se vacía a sí misma de su condicionamiento; en consecuencia, no hay actividad alguna del condicionamiento y, por ende, no hay mo-

vimiento del tiempo. Entonces, «lo que es» ha dejado de existir; sólo existe algo por completo diferente.

I: Señor, todo esto me suena muy deprimente, porque no puedo hacer nada exepto aparentar estar de acuerdo con usted y seguirle.

K: Entonces no aparente que está de acuerdo conmigo.

I: No puedo llegar más allá del observador y lo observado.

K: Entonces tómese tiempo, investíguelo. Señor, usted no dice eso cuando tiene hambre. Cuando está lleno de lujuria no dice... Cuando la casa se está quemando, usted quiere actuar. Y actúa cuando tiene un dolor, cuando le duelen las muelas. Cuando tiene alguna enfermedad no juega con eso, no pierde el tiempo.

BROCKWOOD PARK, 31 DE AGOSTO DE 1978

Krishnamurti: ¿Qué es el aprender? ¿Puede uno aprender a través de la relación? ¿Sería posible investigar eso?

¿Qué entendemos por aprender? Pienso que ésta es una pregunta sumamente importante si podemos investigarla más bien despacio y cuidadosamente. Aprendemos de los libros, de los padres, de los colegios y las universidades, y también aprendemos por medio de la experiencia de los acontecimientos e incidentes que ocurren en nuestra vida, y desde todas estas cosas acumulamos conocimiento; y, a partir de ese conocimiento, actuamos. Ésa es una manera de aprender.

***

Puedo acumular conocimientos sobre ciencia, tecnología, medicina, etc., y después actuar desde esa acumulación. O puedo actuar y, gracias a esa acción, aprender. Aprender muchas cosas por medio de la acción también se convierte en conocimiento. De modo que ambas formas son, en esencia, lo mismo: adquirir conocimientos y después actuar, o actuar y, desde esa acción, acumular conocimientos. Ambas formas tienden a volverse mecánicas. Si esto está claro, entonces la pregunta es: ¿existe un modo de aprender que no sea mecánico? Para descubrir eso uno debe tener muy, muy claro lo que

implica la actividad mecánica del conocimiento acumulado y todo el movimiento que de él se deriva.

Por favor, mientras discutimos juntos, descubran cómo aprenden y si este aprender se está volviendo cada vez más mecánico. Ustedes me oyen, escuchan a quien les habla, lo leen, escuchan los casetes, aprenden, acumulan conocimientos. Y entonces dicen: «bien, voy a practicar eso». Por lo tanto, esa práctica se vuelve mecánica. Ahora bien, estamos preguntándonos: ¿hay un movimiento diferente que no sea mecánico, que sea también un aprender pero no un acumular conocimientos y actuar desde ellos?

Interlocutor: ¿No es también mecánico acumular conocimiento para destruir el conocimiento que uno ha acumulado?

K: Sí, eso sigue siendo mecánico. Usted trata de desembarazarse de ese conocimiento pasado que acumuló, y dice que no es el modo de aprender; por lo tanto, aprende de un modo diferente pero, no obstante, acumula.

El proceso de acumulación prosigue todo el tiempo. Nos estamos preguntando, por favor, si hay una manera diferente de aprender que no sea mecánica, que no esté funcionando siempre sobre la base del movimiento pasado. Vamos a averiguarlo. Les ruego que investiguen, que cuestionen, que planteen retos por sí mismos y descubran.

Dijimos muy claramente que la acción seguida del conocimiento o el conocimiento seguido de la acción, son en esencia lo mismo. Ahora preguntamos: ¿existe un aprender diferente? No salten a conclusiones, no digan «espontaneidad», no digan «intuición». No quedemos atrapados en palabras. ¿Existe una manera de aprender que no sea mecánica?

I: ¿Interviene en esto el silencio?

K: Vea, usted está saltando. Empiece como si no supiera

nada. Estamos comenzando con un signo de interrogación; por lo tanto, usted no sabe, así que no diga que es el silencio, esto o aquello. Realmente, no sabe. Sí, señor, ¡ése es el modo de descubrir algo! Al empezar de nuevo, usted no sabe, de modo que va a descubrir.

¿Está completamente seguro de que no sabe? ¿O supone que no sabe? No, por favor, estoy hablando seriamente de nosotros mismos. ¿Supongo que nó sé o realmente no conozco otro modo de aprender que ése? Quizás el aprender tenga, entonces, un significado diferente: un aprender que no es mecánico. No lo sé. Tengo que ser terriblemente sincero conmigo mismo; entonces puedo descubrir. Pero si digo: «sí, no sé», pero tengo tras de mí unas cuantas ideas al respecto, entonces no estoy investigando en absoluto.

¿Podemos empezar diciendo con franqueza: «realmente, no sé»? Es más bien difícil, porque cuando usted no sabe está mirando, tratando de averiguar si sabe. Cuando digo: «no sé», siempre está el deseo de averiguarlo, o espero que alguien me lo diga o proyecto alguna esperanza secreta que se convierte en una idea y digo: «sí, empiezo a captarlo». ¿Puede usted, pues, estar libre de todo eso y decir: «verdaderamente, no lo sé»? Entonces es usted curioso, de verdad curioso, como un muchacho o una chica que aprenden por primera vez.

Obsérvese a sí mismo. No me mire a mí ni a algún otro; obsérvese a sí mismo. O sea, cuando dice respecto de algo: «realmente, no lo sé», ¿qué ha ocurrido? Su mente no está en actividad pensando acerca de cómo averiguarlo. Digamos, por ejemplo, que realmente no sé, lo cual implica que no abrigo la esperanza de averiguarlo, no tengo ninguna conclusión, ningún motivo. Esto es muy importante. Cuando digo que no sé, en eso está contenido el no tener en absoluto motivo alguno. Porque el motivo da una dirección y entonces he perdido la posibilidad de descubrirlo. Debo, pues, ser muy, muy claro y terriblemente honrado conmigo mismo para decir que verdaderamente no sé.

Espere, escuche atentamente esto. Realmente, no sé; entonces, ¿qué ha ocurrido en mi mente? Descubra, no se apresure a responder. ¿Acaso no he roto con la vieja tradición mecánica? Cuando digo que de verdad no sé, ¿no me he salido completamente de ese campo?

I: Yo no creo que uno esté pensando en términos de no conocer una nueva manera de aprender. Todo lo que uno conoce es el conflicto que causa ese conocimiento mecánico; sólo eso. Uno no conoce nada más. Y puede ver que no sabe cómo superar este conflicto.

K: Todavía no estamos hablando del conflicto, señor. Llegaremos a eso en un momento. Estamos hablando acerca de si hay o no hay un proceso diferente de aprender. Si no lo conozco y digo con verdad: «no lo conozco», ¿qué ha ocurrido?

I: Mi mente dice, entonces, que si no lo conozco, estoy vacío.

K: ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Qué absurda es la gente!

I: ¿Por qué es estúpida?

K: No dije estúpida, dije absurda.* «Debido a que prestamos atención, la mente está vacía». ¿Está vacía? ¿O está tan tremendamente libre de lo mecánico que se halla totalmente despierta porque tiene una intensa curiosidad por descubrir? ¿Ve la diferencia? Espere, déjeme darle un ejemplo. ¿Sabe usted lo que es Dios? Desde luego, tiene creencias, tiene dogmas, toda clase de condicionamientos, pero en realidad no sabe eso. Puede inventar algo; puede pensar al respecto, puede argüir a

* Krishnamurti dijo *silly*, que tiene tanto el significado de «estúpido, tonto, necio», como el de «absurdo». En su respuesta aclara que lo dijo con este último sentimiento *(N. del T.)*.

favor o en contra, pero el hecho real es que usted no sabe. De modo que, a fin de descubrir, comienza por no saber.

I: Señor, ¿puedo preguntarle si cuando viene a hablar usted siempre empieza no sabiendo? ¿Siempre comienza diciendo: «no sé. Descubramos ahora»?

K: Sí, eso es lo que estoy diciendo.

I: ¿Es eso lo que hace cuando viene aquí a hablar? ¿Está completamente libre de lo que conoce desde antes?

K: Por favor, yo no preparo las pláticas, no hago nada; simplemente vengo y vierto las cosas. He preparado pláticas, las he escrito completa y esmeradamente, etc., etc., y un día alguien dijo: «tira todas tus notas y habla». Así lo hice y comencé a obrar de este modo.

I: No hay mucha diferencia, realmente, entre haberlas escrito en el papel y haberlas escrito dentro de uno.

K: No. No es así. Lo estoy haciendo ahora. ¡Por favor! Cuando uno dice que realmente no sabe, detiene el proceso mecánico de aprender, ¿no es así? De modo que su mente no está vacía; está libre de aquello dentro de lo cual ha estado funcionando. Por lo tanto, se encuentra ahora en un estado de atención aguda, en estado de aprender. Entonces, ¿qué ocurre?

I: La mete se cansa.

K: Inténtelo, por favor, inténtelo mientras estamos aquí hablando. Hágalo en el sentido de tratar de descubrir.

I: De investigar.

K: Sí. ¿Qué implica la investigación? Implica que usted debe estar libre de sus prejuicios, de sus hábitos, de sus conclusiones, de cualquier forma de opinión, de modo tal que su mente esté libre para moverse. Del mismo modo, si usted comprende toda la naturaleza de esta adquisición mecánica de conocimientos y la pone en su lugar exacto, se libera de ella. Y es capaz de tener atención completa, ¿no es así? Cuando hay atención completa, ¿hay un aprender? Por favor, esto requiere un poquito más de investigación.

Puedo estar algo tonto esta mañana, así que perdónenme si sigo insistiendo en esto. Tal vez volvamos a ello un poco más tarde.

La siguiente pregunta que eso incluye es: ¿puedo observarme a mí mismo a través de la relación? ¿Puedo conocerme fundamentalmente, básicamente, en la relación, conocer todas mis reacciones con sus matices y sus sutilezas? Ésa es la pregunta que se suscitó. Tenemos, pues, que investigar lo que entendemos por *relación*, qué significa esa palabra. Estar relacionado es estar en contacto, no sólo en entrañable contacto físico, sino encontrarse en el mismo nivel, en el mismo instante y con la misma intensidad. Eso es relación. Existe una relación entre un hombre y una mujer, o un amigo y otro, o un muchacho y una chica, cuando se encuentran no sólo físicamente, sino mucho más que eso. Cuando se encuentran en el mismo nivel, en el mismo instante, con la misma intensidad, eso puede ser llamado una real, verdadera, efectiva relación.

Ahora bien, la relación que establezco con usted se basa en la memoria, en diversas imágenes, representaciones mentales, conclusiones que he sacado acerca de usted y que usted ha sacado acerca de mí, las numerosas imágenes que uno tiene de la esposa o que ella tiene de uno, imágenes de la novia, del amigo, etc. Hay, pues, siempre una formación de imágenes. Esto es simple, es normal, es lo que realmente ocurre. Cuando uno está casado o vive con alguien, cada incidente,

cada palabra, cada acción crea un imagen. ¿Está claro este punto? No concuerden conmigo, por favor; no estoy tratando de persuadirles de nada, ustedes pueden verlo por sí mismos. Una palabra se registra: si es agradable, uno ronronea; si es desagradable, uno inmediatamente se contrae ante ella, y en ambos casos se crea una imagen. El placer crea una imagen, la contracción crea una imagen. De modo que la presente relación que tenemos uno con otro, se basa en diversas formas sutiles de representaciones mentales, imágenes y conclusiones.

Pregunto: ¿qué es lo que tiene lugar ahí, qué sucede? El hombre crea una imagen respecto de la mujer, y ella crea una imagen respecto de él. Ya sea en la oficina, en la fábrica o en cualquier otro campo de actividades, la relación se basa esencialmente en esta formación de imágenes. Eso es un hecho, ¿verdad? Entonces, ¿qué ocurre? Cuando ella tiene una imagen y él tiene una imagen, hay divisiones, y empieza todo el conflicto. Cuando hay división entre dos imágenes, tiene que haber conflicto.

I: ¿Por qué se han vuelto tan importantes las imágenes?

K: Primero examinémoslo paso a paso. No me pregunte por qué. ¿Tiene usted esta imagen acerca de su hermano, su hermana, su esposa, su padre? Vea que cuando hay una imagen, hay sin duda una división: el judío y el árabe, el hindú y el musulmán, el cristiano y el comunista. Todo eso es el mismo fenómeno; cuando eso tiene lugar, es inevitable que haya un conflicto fundamental. El marido puede marcharse a su trabajo, donde ha creado una imagen respecto de sí mismo, de su posición, de su valía, de sus competidores; luego, regresa a su hogar y dice: «¿cómo estás, querida?», y otra vez tiene él su propia imagen y ella tiene la suya. Por lo tanto, hay conflicto.

Es, pues, una ley básica que donde hay división entre las

personas, tiene que haber conflicto. Punto final. El hombre dice a la mujer y la mujer dice al hombre: «te amo», pero eso puede ser tan sólo amor sensorial, sexual. Básicamente no hay entre ellos relación alguna. Pueden llevar anillos, abrazarse y dormir en la misma cama y vivir en la misma casa pero, fundamentalmente, él está persiguiendo sus ambiciones, su codicia y todo eso, y ella también. Así que, en esencia, jamás se encuentran en el mismo nivel, al mismo tiempo, con la misma intensidad. No pueden. ¿Vemos esto, lo ve usted no sólo porque acepta las palabras pronunciadas por quien le habla –lo cual sería inútil–, sino que ve de verdad que esto es así en su vida de todos los días?

Ahora bien, ¿por qué creamos estas imágenes? ¿Por qué crea uno una imagen de su novia, de su esposa, o ellas del novio, del marido? ¿Por qué?

I: Porque no vemos el hecho en su totalidad.

K: ¿Cómo podemos ver lo total, la belleza total de la relación, la naturaleza total del amor, cuando estamos tan ocupado todo el tiempo con nuestros detestables e insignificantes yoes?

I: ¿Es porque estamos registrando todo el tiempo?

K: Quiero olvidar el registro. Considere esto de un modo nuevo. ¿Por qué yo, por qué nosotros creamos una imagen del otro? ¿Por qué crea usted una imagen de quien le habla?

I: Es por la falta de atención.

I 2º: Por nuestra dependencia.

K: Antes de responder, mírenlo. Primero vean lo que hacen. Si me permiten sugerirlo amablemente, primero vean el hecho, no digan que es esto o aquello. Solo vean si es así.

I 3: Queremos que se nos reconozca de un modo u otro.

I 4: ¿Es porque me gustaría saber qué va a pasar mañana?

K: Considérenlo. Están casados o tienen un novia, un novio. Esta formación de imágenes es continua. Pregunto por qué. Tómese tiempo, por favor. Ustedes no saben, yo no sé. Descubrámoslo.

I: Es la familiaridad; damos las cosas por hechas. Todo el tiempo estamos más bien ocupados que atentos.

K: Quiero averiguar por qué creo la imagen respecto de mi esposa. ¿Es un hábito? ¿Es conveniencia? ¿Es un condicionamiento inmemorial? ¿Hago esto a causa de la tradición? ¿O está de tal modo en los genes, que de manera instintiva formo una imagen de usted?

I: ¿Importa por qué?

K: Descubra. ¿Es esto un hábito tremendo el cual vivimos?

I: No, es la influencia.

K: Incluya la influencia, porque estamos muy acostumbrados a ser influidos; eso es el medio que nos rodea. ¿Se trata de un hábito? ¿Es una tradición que ha sido transmitida inconscientemente de raza en raza, de generación en generación? ¿Es una cosa que he aceptado como parte de mí mismo, tal como acepto mi brazo o mi pierna?

I: Pienso que es una continuación del condicionamiento que nosotros mismos hemos recibido.

K: Es parte de nuestro condicionamiento, heredado de padre

a hijo y así sucesivamente, generación tras generación. Descubramos, pues. Ponga todo esto junto: hábito, tradición inmemorial, deseo de un sentido de proximidad y, no obstante, de separación. ¿Es por eso por lo que lo hacen? Considérenlo. Tómense un segundo, por favor, sólo un segundo. ¿O es que queremos estar seguros de la novia, del novio, del marido, seguros de que poseemos a esa persona: «ella es *mía* y no suya"? Todo eso está contenido. El deseo de certidumbre: es mi esposa, mi novia, mi novio, mi marido; tengo esa seguridad. Eso me da certidumbre en mi relación con otra persona. «Conozco a mi esposa», es la más absurda de las afirmaciones. Me brinda el sentimiento de que poseo algo y estoy seguro en esa posesión. ¿Se trata, pues, de un hábito, miles de años de tradición alimentada durante generaciones y generaciones: el deseo de poseer, de ser dominados –amor para poseer y amor para ser dominado, un estado neurótico–, y el deseo de estar seguros: es mi casa, mi mesa, mi estilográfica, mi esposa? ¿Por qué dicen ustedes todo esto?

I: Deberíamos estar libres de esas cosas.

K: ¿Deberíamos o estamos?

I: Deberíamos.

K: ¡Oh, yo debería estar en la cumbre del Himalaya, pero no lo estoy! ¿Cómo podemos discutir juntos si no nos movemos ambos en la misma dirección? Por favor, el «deberíamos» carece de existencia; la única realidad es «lo que es».

I: ¿Puede uno dejar de aceptar este estado, comprendiéndolo?

K: No, señora, lo estamos haciendo. Lo hacemos paso a paso, investigando esto. Yo estoy seguro respecto de mi nombre,

estoy seguro respecto de mi forma, de mi forma física; estoy seguro de que me hallo calificado automáticamente como científico, como profesor. Estoy seguro en mi profesión, en mi carrera militar, o como médico. Quiero estar seguro en mi relación, y cuando esa certidumbre se ve sacudida, comienzan las dificultades; eso termina en divorcio, en separación o como guste llamarlo.

Creamos, pues, estas imágenes a fin de tener seguridad, certeza, a fin de poseer, y esa posesión nos da un sentimiento de poder, de placer, de fuerza. Y en esto se encuentra el deseo que el hombre ha heredado a través de un millón de años, deseo de aferrarse a alguien y no soltarlo. Son éstos los factores que operan en la vida cotidiana.

I: Eso implica, entonces, algo casi arraigado, ¿no es así?

K: Correcto. Quiero tener certeza. Quiero estar seguro, cuando regreso de la oficina, de que ella está ahí. Y cuando es ella la que regresa de la oficina, ¡también quiere estar segura de que me encontrará! Éste es el juego que hemos estado jugando infinitamente de muchas formas distintas.

I: ¿Por qué necesitamos la certeza?

K: Estamos hablando acerca de algo tremendamente serio. Sabiendo que éstos son hechos, no imaginación ni ideas, ni ciertas conclusiones que ustedes tienen porque yo he hablado de eso, sino que se trata de hechos cotidianos, preguntamos si no hay posibilidad de una verdadera relación. Ustedes podrán dormir juntos, tomarse estrechamente de las manos, hacer juntos toda clase de cosas, pero en realidad no existe una relación. Eso es un hecho. Y ustedes no quieren reconocerlo, porque tan pronto lo reconocen, comienzan la duda, el temor, la nerviosidad.

¿Puedo, en mi relación con otra persona, aprender acerca

de mí mismo? Ésa es la pregunta con que empezamos; es la pregunta que se planteó. En esa relación puedo observar mis reacciones; lo que me gusta y lo que no me gusta. Ella me dijo una palabra desagradable, o fue muy agradable. Puedo observar mis reacciones. Yo mismo *soy* esas reacciones, ¿verdad? No están separadas de mí. Son respuestas, tanto sensoriales como nerviosas, psicológicas. A medida que prosigo en la relación, estoy aprendiendo tremendamente acerca de mí mismo. He visto infinitamente lo que estoy haciendo, lo que he hecho, lo que haré mañana si continúo con esta mecánica manera de comportarme. Y llega la muerte y él dice: «querida, voy a dejarte». Ella se siente terriblemente triste, desdichada, infeliz; llora, descubre de pronto que se queda sola. O es él el que se queda solo. Y entonces no puede afrontarlo y se larga a algún entretenimiento o sale con otra mujer y cosas así, o se vuelve tremendamente religioso.

¡Qué juego estamos jugando el uno con el otro! Así, pues, veo esto como un hecho. En mi relación con la otra persona he aprendido muchísimo acerca de mí mismo. Entonces surge el factor de la formación de imágenes. ¿Puede cesar esta formación de imágenes? Este ímpetu del pasado, todo lo que implica ese impulso tremendo con el extraordinario caudal que hay tras él, como un río con un enorme caudal de agua que se precipita, ¿puede toda esta tradición de la formación de imágenes y el deseo de todo eso, llegar a su fin sin el más mínimo conflicto?

Ahora bien, ¿puede cesar este mecanismo de la formación de imágenes, no sólo la formación de imágenes sino el deseo de certidumbre, la tradición, toda la estructura que eso implica? ¿Se formulan ustedes esa pregunta? ¿O soy yo quien la formula, quien se la impone a ustedes? Si son ustedes los que se la formulan, ¿dicen: «no sé, por lo tanto, voy a descubrirlo»? ¿O ya están esforzándose por averiguar la respuesta? ¿Cómo puede llegar a su fin esta formación de imágenes? Eso implica el fin del proceso de registrar: no registrar una

sola palabra que él o ella dicen, la calumnia, el insulto, el engaño… no registrar en absoluto. ¿Es eso posible? Estoy formulando esta pregunta; ustedes tienen que contestarla.

I: No, no es posible. No lo encuentro posible.

K: La señora dice que no es posible; por consiguiente, ha cerrado la puerta.

I: No, no he cerrado la puerta, pero lo encuentro imposible.

K: Tan pronto dice usted que es imposible o que es posible, ha cerrado la puerta. Es como una persona que dice: «no puedo hacerlo»; está acabada. Yo estoy seguro, tengo la clara certidumbre de que cada uno de nosotros puede hacerlo si dedica a este problema su corazón y su mente.

Cuando la esposa o la novia o el amigo o quien fuere nos dice: «esta mañana eres más bien un estúpido», ¿tiene uno que registrar eso, reaccionar a la palabra, a este sentimiento? ¿No puede uno observar sus propias reacciones a ello? ¿Puede observar instantáneamente todo esto? ¿Y lo mismo si la otra persona dice: «te ves muy atractivo esta mañana»? Investíguelo. ¿Es posible no registrar en absoluto?

Por favor, estamos hablando de aprender acerca de uno mismo en la relación. Vemos por qué creamos la imagen y demás, y también que no existe en absoluto una verdadera relación. Puede haber una relación física pero, psicológicamente, es obvio que ustedes están totalmente separados. ¿Cómo pueden estar relacionados y amarse uno a otro si son ambiciosos o competitivos? No pueden. Por lo tanto, han aprendido muchísimo en esta relación. Ahora hemos llegado a un punto en que preguntamos: ¿Puede uno escuchar la palabra, no cerrarse a ella, ver el significado de la palabra, ver la expresión en el rostro de la persona que la dice y ver la propia reacción a todo eso? ¿Puede uno ser consciente de todo eso?

I: Señor, parece que continuamente nos metemos en dificultades en este punto al decir: «no sé».

K: No continúe repitiendo «no sé». Entonces está atascado. Empezamos por decir que creamos estas imágenes y que está bastante claro por qué las creamos. Y dijimos que la siguiente pregunta es: ¿puede llegar a su fin esta formación de imágenes? Entonces puedo decir: «no sé». ¿Correcto? Porque entonces la mente se halla tremendamente alerta.

I: Uno debe interesarse en terminar con las imágenes.

K: Sí. Usted se interesa en descubrir si puede detenerse la formación de imágenes. Si digo que eso no es posible o que es posible, estoy atascado ahí. Pero cuando digo: «no sé», no estoy estático; me muevo, me hallo tremendamente activo y lleno de energía para descubrir. Yo no le estoy transmitiendo mi energía a usted; usted lo está haciendo por sí mismo.

¿Es posible, entonces, escuchar y no registrar?

I: A veces una está paralizada.

K: No, no hay parálisis, señora. Usted no puede estar paralizada cuando su relación con otro es tan tremendamente importante. Toda la vida es relación. No es sólo «tú» y «yo»; se trata de un problema global que no debemos encarar de un modo demasiado insignificante. Cuando uno comprenda el problema global, comprenderá el problema pequeño; pero si empieza con el problema pequeño, no comprenderá el global (global en el sentido de su extensión). Éste concierne a todos los seres humanos, dondequiera que se encuentren.

Pregunto, pues: ¿puedo escuchar la palabra, ver la expresión, el gesto de desdén, la arrogancia, etc., en el rostro de la otra persona y escuchar sin ninguna reacción lo que dice? Así

que ahora tendremos que averiguar qué entendemos por *escuchar.*

¿Puedo escuchar? ¿Qué significa escuchar? ¿Alguna vez escuchan? ¿Están escuchando ahora? ¿Escuchan lo que estoy diciendo, o escuchan una conclusión que se han formado respecto de sí mismos? ¿O, en el acto de escuchar, ya han sacado una conclusión? ¿O, del escuchar, han abstraído una idea y están persiguiendo esa idea? Por consiguiente, en realidad no están escuchando.

Así, pues, ¿están escuchando ahora? Eso quiere decir que, debido a que se hallan tan tremendamente interesados en esto, escuchan sin un solo movimiento del pensar. Si no están interesados, entonces no escucharán. Si esto les interesa de manera intensa y profunda, entonces escucharán instintiva y naturalmente. ¿Escuchan, pues, desde su propia experiencia, escuchan la palabra y no el contenido de la palabra? ¿Escuchan y hacen de lo que oyen una abstracción, convirtiéndolo en una idea y diciendo: «sí, lo he captado»? Si están escuchando sin ningún movimiento del pensar, sin ningún propósito, simplemente escuchando, entonces les ruego que escuchen cuidadosamente lo que tengo que decir: ¿Pueden escuchar de ese modo al muchacho, a la chica, a la esposa? ¿Comprenden? ¡Es tan tremendamente simple si captan su simplicidad! Pero intelectualmente hacemos de todo una confusión.

En consecuencia, si existe el acto de escuchar, no hay registro. El otro día, después de una de las pláticas, vino a verme un hombre y me dijo: «fue una plática maravillosa, excelente. Siento como si lo hubiera captado todo». Lo escuché con gran atención. Me han dicho esto durante cincuenta años, y si siguiera registrando cuán maravilloso es, etc., ¡sería un tonto! ¿Pueden, pues, por favor, cuando escuchan a alguien que dice cosas malintencionadas o cosas agradables, descubrir si lo escuchan de manera tan completa que no hay registro? O sea, ¿pueden estar tan atentos en el instante en que

esa palabra se dice, que no haya un centro personal que la registre?

¿Alguna vez han estado atentos? Atentos en el sentido de prestar a eso toda su atención, toda su energía, su corazón, su mente, todo. Cuando hacen eso, no hay un «yo» desde el cual estén atentos; sólo hay atención. En esa atención no hay registro. Sólo en estado de desatención hay un centro que registra.

I: Señor, no hay distracción.

K: No. No hay tal cosa como distracción. Le ruego que comprenda esto: no hay tal cosa como distracción. Usted quiere prestar atención a algo, y está distraído, como uno generalmente lo está. ¿Qué significa eso? No está prestando atención; por lo tanto, no hay distracción. Dése cuenta de que no está atento y, en consecuencia, se halla distraído. En el instante en que se da cuenta de que está desatento, ya está atento. Capte esto, señor. No se requiere para ello ningún esfuerzo.

¿Es, entonces, posible, no registrar en absoluto? ¿Puede uno vivir de esa manera? No por un día o por unos pocos minutos; ¿puede uno vivir de esa manera durante toda su vida?

I: Discúlpeme, señor. Cuando estoy atento de esta manera a la que usted se refiere, ¿la atención se limita a esa cosa a la que estoy atento?

K: No. La atención es atención, no está limitada a esto o aquello. Estoy atento. *Hay* atención.

Ahora, espere un momento, sólo mírelo. Hemos considerado la cuestión del aprender y si uno podía aprender acerca de sí mismo a través de la relación. Examinamos toda la cosa paso a paso, de una manera lógica, razonable, sensata. Ahora bien, sólo un momento, escuche esto. Lo examinamos

muy, muy cuidadosamente, en detalle. Entonces, ¿puede observar esto como algo total, no dividido en trozos pequeños? ¿Puede tener una percepción de la estructura completa? Hemos tratado con ello parte por parte, fragmento por fragmento, o pedazo por pedazo; para mí personalmente, eso nada significa. Pero si usted capta la cosa total, entonces desde ahí puede ocuparse de los detalles. No puede, a partir de los detalles, pasar a ocuparse de lo total.

Ahora bien, después de haberse tomado este tiempo, ¿puede observar el fenómeno del registro, del aprender, de la relación, observarlos como una totalidad? Entiendo por «una totalidad», tener un discernimiento profundo e instantáneo en toda la cosa. Vea, no estamos acostumbrados a eso. Siempre vamos de una cosa a otra, de un fragmento a otro fragmento, de un trozo dividido a otro, y así, gradualmente, formamos la totalidad; pensamos que hemos formado la totalidad, pero la totalidad no es esto. La totalidad es la percepción de la estructura completa y más allá. Después, uno puede ser terriblemente lógico.

I: «Y más allá de la estructura», dijo usted.

K: ¡Oh, por supuesto! La estructura es muy, muy frágil.

I: La atención, ¿incluye la estructura y el ir más allá de la estructura?

K: Sí, señor, cuando estamos atentos, la estructura no existe. Cuando usted está totalmente atento, no hay estructura. Esa atención encuentra a la persona en el mismo nivel, al mismo tiempo y con la misma intensidad. La otra persona puede no estarlo, eso no viene al caso. Su mente, la de usted, encara eso de manera total. Entonces la objeción de la otra persona empieza diciendo: «te muestras indiferente conmigo», «eres esto, eres aquello». Usted no ha causado eso.

I: ¿Qué es estar atento?

K: Uno no está atento a algo, acerca de algo o por algo; está simplemente atento.

I: ¿Quién, qué es lo que está atento?

K: No hay un «uno» que esté atento; sólo hay atención.

I: ¿Y no hay otro «yo» ahí?

K: No, por favor. Vea, usted se dispara hacia otra cosa. Entonces, después de todo este tiempo, ¿estamos libres de las imágenes? De lo contrario, no han estado escuchando. Y nadie puede obligarlos a que escuchen; es asunto de ustedes. Si desean la actual clase de relación que tienen unos con otros y, por ende, globalmente con la humanidad, es asunto de ustedes. Y si quieren encontrar una manera de vivir por completo diferente, también depende de ustedes, pero tienen que escucharlo todo en sí mismos y en otros.

I: Yo no veo cómo desaparece la estructura. Lo siento, no comprendo eso. ¿Cómo desaparece la estructura cuando estoy atento a ella?

K: Se lo diré. La estructura existe con todo lo que entendemos por estructura; o sea, el deseo de certidumbre, el hábito, siglos de tradición y demás. Todo eso es la estructura: la representación mental, la imagen que hemos formado respecto del otro. Cuando estamos totalmente atentos, no hay estructura y, por lo tanto, estamos más allá de la formación de imágenes, de todo eso. Sólo por diversión, intente una cosa. La próxima vez que una esposa o quien fuere, le diga algo agradable o desagradable, obsérvelo. Sólo por ese segundo, obsérvelo. Esté atento durante ese solo instante, y entonces verá

si está registrando o no. Vea, eso es lo que quiero decir. Trate de hacerlo; de lo contrario, jamás lo descubrirá.

I: A mí me parece que hay una contradicción. ¿Cómo puede usted observar algo y ser uno con ello al mismo tiempo? ¿Cómo podemos ser el miedo y, al mismo tiempo, observar el miedo?

K: No, usted se dispara a otra cosa. Yo estoy diciendo que usted ha escuchado durante algún tiempo. Se ha dado cuenta, ha comprendido la manera mecánica de aprender, así como una manera diferente, y también si uno puede aprender acerca de sí mismo a través de la relación. Más o menos, investigamos eso. Ahora pregunto: ¿puede usted, en primer lugar, darse cuenta de toda esta estructura? Darse cuenta de ella como se da cuenta del color que tiene el vestido de la persona que se sienta a su lado. Entonces, se da cuenta de que es absurdo pensar que usted está separado de la estructura. Por consiguiente, en esa percepción advierte que no existe división alguna, y ahí comienza a haber un sentido de gran atención. En esa atención –que no es suya ni de otro, es sólo atención– deja de existir toda estructura. Yo digo que *desde ahí*, cuando su esposa o quien fuere le dice algo, esté atento en ese instante y vea qué sucede.

OJAI, 15 DE ABRIL DE 1979

¿Por qué no somos capaces de resolver nuestros propios problemas? ¿Por qué escogemos distintos tipos de psicoanalistas, psicólogos, especialistas, y les pedimos que nos ayuden? ¿Es porque nosotros mismos somos indolentes, perezosos? ¿O es porque no disponemos de tiempo, y pensamos que tenemos tiempo cuando pagamos a otros para que nos digan lo que debemos hacer? Hemos adquirido este hábito o este condicionamiento de confiar en otros que han investigado un tema, que han estudiado y conocen muchísimo al respecto, y pensamos que ellos tal vez podrán ayudarnos. A mí me parece que siempre estamos dependiendo de la ayuda de otros para escapar de esta trampa en que nos encontramos. Esto es lo que nos han ofrecido las religiones en todo el mundo. Están organizadas, excelentemente montadas, con sus rituales, dogmas y demás, y nos deslizamos alegremente en eso. Jamás somos capaces de resolver nuestros propios y profundos problemas. Nos entregamos a la autoridad de otro; y me pregunto por qué hacemos esto. Físicamente, eso está muy bien: cuando el organismo no está sano, ustedes acuden a un médico, un cirujano, etc. Cuando quieren edificar una casa, recurren a un arquitecto. Tal vez el mismo concepto nos impulsa a recurrir a algún otro para que nos ayude. Jamás somos capaces de leer nuestro propio libro, nuestra propia historia, porque estamos dependiendo perpetuamente de otros: grupos de terapia, diversos tipos de tratamientos psi-

cosomáticos, psicoterapias; ustedes saben cómo se multiplica todo eso.

Dondequiera que vivamos los seres humanos, en el Lejano Oriente, en el Cercano Oriente y aquí, somos incapaces de leer la historia completa de la humanidad, que somos nosotros mismos. ¿Es posible para nosotros leer este libro que ha sido transmitido, generación tras generación, durante muchos, muchos milenios, leer la historia de lo que somos, no dejando sin terminar de leer ni un solo capítulo? ¿Podemos leer de principio a fin todo el movimiento de la humanidad, su evolución tanto física como interna, psicológica? Si somos capaces de leer este libro, que es asombrosamente entretenido –si me permiten usar esta palabra–, fascinante, esto abre la puerta a enormes posibilidades. Dado que, psicológicamente, somos el resto de la humanidad, si sabemos cómo leer este libro, tal vez seamos capaces de cambiar el curso de nuestras vidas. Porque es en esto en lo que estamos interesados –al menos quien les habla se interesa en esto–, en dar origen a una transformación radical de la mente humana y así producir una buena sociedad, una sociedad donde habría orden, paz, cierta clase de seguridad, de felicidad, y también en ir más allá de todo esto, investigando aquello que es inconmensurable.

Tenemos que aprender a leer este libro. Por esto debemos descubrir el modo de observar, no sólo visualmente, sino observar todo el movimiento de nuestra conciencia, de nosotros mismos, con todas sus complejidades, sus ansiedades, sus temores, placeres y alegrías, así como las supersticiones acumuladas: las supersticiones de los científicos, de los psicólogos, de las personas religiosas. Debemos descubrir el modo de leer todo esto, de leerlo con mucha, mucha precisión y claridad, y sin error alguno. Esto es lo que vamos a hacer esta mañana, si podemos: vamos a aprender. No es que yo sea el instructor de ustedes. Estamos aprendiendo juntos a mirar en este libro extraordinario que es el «yo», el ego, la personali-

dad, las tendencias, las características, los impulsos, las inhibiciones, todo esto que es nuestra conciencia; estamos aprendiendo cómo leer esto. Para leerlo, uno debe tener ojos y oídos que no estén embotados ni bloqueados, que no se encuentren atrapados en alguna clase de ilusiones fantásticas, como ocurre con la mayoría de la gente.

***

Vamos a descubrir si existe algo más allá de todo esto, algo no inventado por el pensamiento, sino algo real, algo que no es imaginación, que no es una cosa producida por la mente o por la mano del hombre. Vamos a leer todo esto; para hacerlo, debemos tener una vista muy clara a fin de leer este vasto libro que somos nosotros mismos.

La observación implica que no debe haber distorsión alguna en nuestra lectura. Cualquier forma de observación distorsionada impedirá la claridad de la lectura. ¿Estamos distorsionados? ¿Está distorsionada nuestra percepción, nuestra observación? Por favor, nos lo estamos preguntando el uno al otro; yo no les digo que lo está o que no lo está. Inquirimos, exploramos en esta cuestión. La observación está distorsionada si tengo un motivo para leer el libro y quiero cambiar lo que contiene. Si la observación ya ha llegado a una conclusión de que el final del libro debe ser éste o aquél, si hay ciertos capítulos que a la mente le desagradan durante su observación, o si ella siente que debe ir más allá de todo esto, estos factores originan distorsión. Obviamente. Por lo tanto, antes de empezar a leer el libro tiene que haber claridad y una gran energía que deseche cualquier forma de distorsión. O sea, si uno ya está atrapado en una ilusión, como lo está la mayoría de la gente, entonces nuestro interés no es el libro sino por qué la mente se halla atrapada en una ilusión, dado que una mente así no puede leer. En consecuencia, me interesa saber por qué la mente se halla atrapada en una ilusión. ¿Es a cau-

sa del temor? ¿Es que quizá me desagrada lo que podría encontrar y siento que podría decepcionarme, deprimirme? ¿Acaso prefiero tener mis propias ilusiones, mis propios conceptos, mis propias conclusiones acerca del libro y, por eso, soy incapaz de leerlo? Mi interés está, pues, en descubrir por qué esta mente que inquiere, que considera que debe leer el libro, se halla atrapada en una ilusión. ¿Es el temor? El arte de la observación consiste en dar al pensamiento su lugar apropiado. Entonces la mente puede estar total, completa y absolutamente libre de temor. No acepten en esto mi palabra; *es* así. Si lo han investigado, saben que psicológicamente el temor llega a su fin.

Cuando la mente está presa en la ilusión, ¿se da cuenta de que eso es una ilusión? ¿O no sabe en absoluto que se trata de una ilusión? Si la mente no sabe que está viviendo en una ilusión, en un mundo falso, engañoso, ¿cómo ha de volverse consciente de ello? Supongamos que estoy preso en una ilusión. La palabra *ilusión* proviene de *ludere*: jugar con las ideas, jugar con cosas que no son reales, que son conceptuales. Juego con una serie de conclusiones y creencias que carecen de realidad. Si esta creencia no me conviene, adopto otra creencia. Juego con las creencias, y este juego es una ilusión. Como la mente no puede afrontar lo que de hecho ocurre, inventa creencias, dogmas. Ahora bien, cuando me doy cuenta de eso, cuando sé que estoy en una ilusión, se terminó. Sólo cuando ignoro que estoy en una ilusión me resulta imposible salir de ella. Pero tan pronto percibo claramente que me encuentro atrapado en una ilusión, la percepción misma disipa la ilusión. Es obvio. Mi mente es capaz, entonces, de leer este libro.

Nos interesa dar origen a una transformación radical de la mente humana, la cual ha vivido durante milenios del modo como estamos viviendo, o sea, con las disputas, las ansiedades, la violencia, la brutalidad, todo esto que ocurre alrededor y dentro de nosotros. Seres humanos semejantes sólo pueden

vivir en desorden y jamás pueden dar origen a una buena sociedad, a un buen ser humano, y jamás comprenderán qué es la bondad. De modo que esto es lo que estamos haciendo, lo que estamos investigando.

Entonces, ¿qué es este libro, el libro que soy yo mismo, que es cada uno de ustedes, que es la historia de la humanidad? No es sólo la historia impresa de la humanidad, la evolución del hombre, sino que es también y mucho más, un libro no escrito que nadie podría describir ni imprimir jamás. Esta enorme evolución de la cual el hombre de hoy en día es el resultado, está siempre en movimiento, cambia, se modifica a sí misma; nunca es estática. Por eso, mi mente –la mente de uno– debe estar alerta y muy clara para leer este libro. ¿Qué implica la lectura del libro? La *lectura*, no el libro. La capacidad de leer es la capacidad de observar, de escuchar la historia, de aprender lo que el libro está diciendo. Esas tres cosas se hallan involucradas: el ver, el escuchar lo que el libro dice, y el aprender del libro. ¿Estamos haciendo esto juntos? Es decir, ¿estamos observando el libro juntos y libremente? ¿O estamos interpretando el libro? Si leo el libro pero mi mente interpreta lo que el libro dice, lo interpreta conforme a mis deseos, mis anhelos, mis ansias, mis temores, mi soledad, en realidad no estoy leyendo el libro, sino que le estoy diciendo lo que soy, lo que pienso que el libro es. Así que, ante todo, yo debo aprender el arte –*uno* debe, perdón por usar la palabra *yo*–, uno debe aprender el arte de la lectura, o sea, el arte de observar el libro; es decir, observar, ver sin el observador.

Examinaré eso. Les ruego que tengan un poco de paciencia y lo examinen despacio.

El observador es el pasado. El observador es la experiencia acumulada. El observador es el producto de todas las influencias, las presiones y el conocimiento. Con ese conocimiento, el observador lee el libro. ¿Podemos leer el libro sin que intervenga el pasado? No es algo demasiado abstracto, es bastante sencillo. Pensamos que sabemos; no abordamos

el libro con un sentido de frescura, como si fuera por primera vez. Un escolar que va a la escuela por primera vez, no sabe. Es fresco, es joven; desea aprender. Tenemos que leer el libro de la misma manera; debemos llegar a él con frescura, no con la acumulación del conocimiento que hemos adquirido. Por consiguiente, si uno lo aborda, si lo lee como un observador que ya conoce el contenido del libro, entonces es incapaz de leer lo que el libro dice. De modo que el observador ha de estar ausente; sólo existe el leer, no el traducir lo que uno está leyendo –traducirlo a sus propias y peculiares idiosincrasias e ilusiones, a sus propios deseos. Esto es claro. Sólo existe la lectura, o sea la observación del libro.

Entonces el libro también le dice a uno muchísimas cosas. ¿Pueden ustedes prestar atención a lo que dice el libro? ¿Pueden oír la canción del libro? Les está diciendo algo. Les cuenta esta historia inmensa. Pero deben ser capaces de oírla, no sólo de leerla sino de oír este asombroso canto de la vida que allí tiene lugar. Uno puede oír con el oído, o bien puede oír sin el ruido exterior. Se lo mostraré; voy a investigarlo un poquito. Cuando uno oye una música que realmente ama, una música que tiene significado, profundidad, vitalidad y belleza, no sólo el moderno ruido «pop» –lo siento, puede que a ustedes les guste, pero ése es otro tema–, oye esa música con todo su ser. Está absolutamente con ella. No hay división entre uno mismo y la música, no existe la sensación de recordar algo que hemos oído antes. Uno acompaña todo el movimiento. Cuando escuchamos la genuina belleza de Bach, Beethoven o Mozart, nos movemos con esa música. Uno debe escuchar del mismo modo la historia que el libro le está contando.

Espero que estén siguiendo todo esto. Si no lo hacen, no pierdan su tiempo. Es un hermoso día, vayan y escalen las colinas o jueguen al golf o disfruten de lo que llaman un rato divertido. Pero están aquí, así que, por favor, presten atención porque se trata de la vida de ustedes.

Y también está el arte de aprender. Esto es un poco más complejo. Cuando vamos a la escuela, al colegio, a la universidad, estamos aprendiendo, adquiriendo información, la cual se llama *conocimiento*, acerca de distintos temas, a fin de poder lograr una buena profesión, una buena preparación. Ésa es la acumulación de conocimiento durante cierto período de tiempo, desde la infancia hasta la universidad, que luego podrá utilizarse con mayor o menor destreza. Tanto si desean ser un fontanero o un profesor, un científico o un matemático, todo el proceso es el mismo: aprender mediante la acumulación del conocimiento y actuar desde ese conocimiento. Y también hay una acción y un aprender desde esa acción. Es decir, acumular conocimientos y actuar, o actuar y aprender de la acción; en esencia, ambas formas son la misma cosa. Pero hay otra clase de aprendizaje que es un poco más difícil. Conocemos estas dos clases: acumular conocimiento y actuar; actuar y, habiendo actuado, aprender de nuestra acción, lo cual se convierte en conocimiento. Las dos clases de aprendizaje son la misma cosa. Nos referimos a algo por completo diferente, porque todo eso es mecánico, es un proceso de actuar desde lo conocido. Un conductor, un pianista, un fontanero, un violinista, un profesor, un científico, todos tienen conocimiento acumulado y actúan; por lo tanto, se mueven de lo conocido modificándose continuamente. Decimos que hay una forma diferente de aprender. Esto requiere que, juntos, reflexionemos un poco más sobre ello.

Uno ve que la acumulación de conocimiento es necesaria para conducir un automóvil y esas cosas. Si uno quiere construir un puente, debe conocer las cargas, las tensiones y las características del suelo. Es decir, la mente ha sido informada, ha adquirido conocimiento y desde allí ha actuado. Éste es el perpetuo movimiento del hombre: reunir información y conocimiento, después actuar. De modo que el conocimiento es el pasado. Por supuesto. Y desde ese conocimiento actuamos. Estamos diciendo que hay una clase diferente de apren-

dizaje que no tiene sus raíces en lo conocido. *En lo conocido* significa tener conocimiento y después actuar. ¿Ven la diferencia? Voy a recalcar esto cuidadosamente. Está el adquirir conocimiento y luego, desde ese conocimiento, actuar; así, la acción modifica el conocimiento y el conocimiento modifica la acción. Esto es lo que hacemos continuamente; por consiguiente, se vuelve una rutina, una cosa mecánica, y jamás hay libertad para investigar algo que no sea lo conocido, un estado de libertad respecto de lo conocido a fin de observar algo que no conocemos.

Para quien les habla, el progreso del hombre no radica en el conocimiento acumulado. Primero escuchen esto; no asientan ni disientan. ¡Primero escuchen! Los científicos y otros han dicho que el hombre puede evolucionar sólo teniendo más y más conocimientos, escalando, progresando. Pero el conocimiento es siempre el pasado; y si el hombre no está libre del pasado, su progreso tendrá siempre limitaciones. Estará siempre confinado a un patrón particular. Decimos que hay una manera diferente de aprender, la cual consiste en ver de manera comprensiva, total, holística, el proceso completo del conocimiento. El conocimiento es necesario, de otro modo no podríamos vivir, pero la comprensión misma de sus limitaciones implica un discernimiento en la totalidad del proceso. Quizás ustedes jamás han pensado acerca de esto. Hemos considerado el conocimiento como algo natural, vivimos a base de conocimiento y continuamos funcionando con el conocimiento durante el resto de nuestra vida. Pero jamás nos hemos preguntado qué es en sí el conocimiento y qué relación tiene con la libertad y con lo que realmente ocurre. Hemos dado todo esto por hecho. Ello forma parte de nuestra educación y de nuestro condicionamiento.

Cuando uno comienza a investigar todo el proceso del conocimiento –que es tiempo, que es pensamiento–, ve las limitaciones del conocimiento, porque el conocimiento está siempre en el pasado y, por lo tanto, es fragmentario. Uno

puede sumarle, restarle, ampliarlo, pero es siempre el movimiento del pasado que se modifica a sí mismo, de modo que en ese movimiento jamás hay libertad. Puede que ustedes nunca hayan examinado esto. Puede ser nuevo para ustedes; por eso les ruego que escuchen para descubrir, no para concordar o discrepar. Decimos que en ese campo no hay libertad para el hombre. Podrá tener mejores cuartos de baño, mejores sistemas de calefacción, etcétera, pero psicológicamente, internamente, no hay libertad si la mente está siempre impulsada o retenida por el pasado, si es una esclava de él.

Entonces, ¿hay una forma de aprender que no consista meramente en adquirir conocimiento? ¿Hay una forma de mirar, de aprender, de escuchar, que no sea la de una constante acumulación de conocimientos para luego actuar desde ellos? ¿Hay una acción que no esté atada al pasado?

Lo plantearé de otro modo. He adquirido conocimientos –existe la adquisición de conocimiento– y desde ellos actúo. En ese actuar, la propia acción se limita a sí misma. No es holística, no es lo total. Hay arrepentimientos, toda clase de afanes que tienen lugar en una acción así. Nos preguntamos, pues: ¿Hay una acción que no tenga sus raíces en el pasado? Porque si mi acción nace del pasado, es siempre limitada, está siempre dividida, jamás es completa, total. ¿Existe, pues, una acción libre del pasado? Sólo entiendan la pregunta; entonces podremos investigarla. Quizá digan que la pregunta es tonta, que no tiene sentido, pero lo tiene cuando ven toda la complejidad del conocimiento y su limitación. La acción que nace de esta limitación debe, por fuerza, ser limitada y, en consecuencia, de este conocimiento no puede surgir jamás una buena sociedad.

¿Existe una acción sin el movimiento del pasado? Yo digo que sí, y consiste en tener una percepción inteligente y directa en toda estructura del conocimiento. Esa percepción es una comprensión profunda y que abarca toda esta cosa: se comprende que el conocimiento y la acción son limitados, que ca-

recen de libertad y que, por lo tanto, es imposible que de eso surja una buena sociedad humana. Cuando percibimos esa verdad, permitimos que actúe una clase diferente de aprendizaje, un aprendizaje holístico.

Vean, expresémoslo de este modo: ¿Qué es la relación entre hombre y mujer? ¿Qué es la relación? Tal como se acepta en general, la relación implica estar juntos en la acción. Uno se ocupa de la subsistencia, y la esposa permanece en el hogar cocinando o también sale a ganarse la vida. La relación implica todo esto: afecto, sexo, irritación, regaños, cambio de pareja –si no nos gusta una novia o un novio, recurrimos a otra persona. Este proceso se llama *relación*. Nos preguntamos qué es la verdadera relación. ¿Hay tal cosa en absoluto? No estoy diciendo que sí; estamos investigando. No hay afirmaciones dogmáticas en esta materia. ¿Sobre qué se basa en realidad nuestra relación? Les ruego que lo examinen. Ustedes están relacionados con alguien. La vida es relación, no podemos existir sin relación, pero ¿qué es esa relación? Usted dice que es *amor*. Uno siente más bien recelo con respecto a esa palabra *amor*, porque está cargada con toda clase de significados tontos y, por lo general, va acompañada de la palabra *sexo*. Ese amor se vuelve mero placer sexual. Cuando uno investiga el problema de la relación, se pregunta: ¿En qué se basa, de hecho, la relación? Se basa, ¿no es así?, en las imágenes que cada cual ha formado respecto del otro. Es obvio. Se relacionan las dos imágenes. Sé que esta idea, o este hecho real, puede no agradarles, pero tienen que tragárselo, les guste o no. El hecho es que cada uno crea la imagen respecto del otro, y estas imágenes tienen cierta clase de relación. Cada uno sigue su propio camino, un camino de ambición, de codicia, de permanente separación, y se juntan tal vez en la cama. Eso no es relación, es placer superficial basado en sensaciones. De hecho, la imagen es el factor divisivo que existe entre ambos.

Ahora bien, el mecanismo de esta formación de imágenes

es el recuerdo: recuerdo de lo que ella dijo, o de lo que uno mismo dijo, recuerdo de las mutuas imágenes sexuales, las imágenes de bondad, de enojo, de engaño, etc. Ambos han formado una importante imagen el uno del otro. El recuerdo es el movimiento del pensar. Nos preguntamos si puede haber una relación sin la imagen. Ésa es la única relación real. Si ustedes ven la verdad de esto, si ven que donde hay una imagen hay división, y que si él tiene una imagen de ella y ella tiene una imagen de él, las imágenes mantienen separadas a las personas, si ven el significado pleno de esto –cosa que pueden hacer–, entonces cesa el mecanismo de formación de las imágenes. Naturalmente, porque toda vida es relación, ya sea relación con la naturaleza o relación de unos con otros. Es una relación, pero si tenemos una imagen respecto de los cielos, del cosmos, del universo, entonces no tenemos relación con la vida. Puede que uno tenga una imagen acerca de la naturaleza; entonces la imagen es más importante que la realidad. Cuando vemos la verdad de esto, llega a su fin la formación de imágenes. Entonces resulta posible una verdadera relación con la naturaleza, con el universo, la cual es amor.

Estamos diciendo, pues, que hay una manera de aprender que es acción inmediata. No nace del conocimiento, no es una acción impulsiva emocional ni romántica; es la acción nacida de la comprensión de todo el proceso del conocimiento, o sea, de la verdad acerca de la limitación del conocimiento.

Ahora mi mente *–la* mente– está preparada para leer; preparada para leer el libro sin ninguna distorsión. Como no hay ilusión, es capaz de oír completamente toda la historia sin decir: «me gusta» o «no me gusta». La lee como si escuchara música; no hay un decir acerca de una parte: «eso no me gusta». En el hecho de leer ese libro, en la lectura misma, está la acción. No es lectura y después acción, porque en tal caso eso se vuelve memoria y, por lo tanto, es algo li-

mitado. Espero que comprendan esto. Es maravilloso si lo investigan.

Así, pues, la mente se halla preparada para leer. Y descubre que el libro es la mente. El libro es la conciencia. El libro no está allí fuera sobre un pedestal para que yo lo lea; el libro es todo el contenido de mi conciencia, de la conciencia de ustedes: codicia, envidia, esto, aquello y lo otro. El libro no está allá; el libro está aquí. Entonces, ¿cómo leerán el libro si está aquí? Hemos pensado que la lectura está allá, pero el libro es éste, esta condición de la mente que es capaz de una distorsión semejante, de tan grandes éxitos tecnológicos, de tal desorden, de tan grandes temores, ansiedades, brutalidades, de tal violencia, afecto, felicidad... capaz de todo eso. De modo que el libro es éste. ¿Qué estoy leyendo, pues? ¡Vean lo que ocurre! Antes yo pensaba que el libro estaba allá fuera, pero ahora he descubierto que el libro que debo leer es esta cosa misma. Por consiguiente, sólo es posible leerlo cuando en la relación hay una observación absolutamente silenciosa. ¿Comprenden? ¿Están siguiendo esto? El libro sólo puede ser leído en la relación. La relación es mi realidad: relación con mi esposa, con mi amigo, mi perro, la naturaleza, las colinas, la belleza del valle y demás. Así no hay conflicto. Si el libro soy yo, se termina la división, se terminan las escapatorias, las inhibiciones. El libro soy yo, de modo tal que no hay control, no hay deseo que sea diferente del libro mismo. Entonces, todo el movimiento del conflicto, de la lucha, de llegar a ser mejor, de tratar de comprenderme por medio de un grupo... todo eso llega a su fin porque la cosa está ahí. Entonces descubre uno todo el movimiento, lo descubre en la relación cotidiana. En una relación, uno observa; no hay conflicto.

CHARLA CON LOS ESTUDIANTES EN RAJGHAT 22 DE DICIEMBRE DE 1952

Ustedes recordarán que hemos estado hablando acerca del temor. Ahora bien, el temor, ¿no es también responsable por la acumulación del conocimiento? Éste es un tema difícil; por lo tanto, veamos si podemos investigarlo y considerarlo muy cuidadosamente. Los seres humanos acumulan conocimiento y le rinden culto. Piensan que el conocimiento es sumamente importante en la vida: conocimiento de lo que ha acontecido, conocimiento de lo que va a acontecer, y no sólo el conocimiento científico sino, también, el así llamado conocimiento espiritual. Todo el proceso de acumular información se vuelve, gradualmente, una cosa a la que veneramos como *el conocimiento.* ¿No proviene eso también del trasfondo de temor? Sentimos que si no tenemos conocimiento, estaremos perdidos, no sabremos cómo conducirnos, cómo comportarnos. Así, a través de las experiencias de otras personas y de nuestras propias experiencias, mediante el conocimiento de los libros, de lo que han dicho los sabios, gradualmente desarrollamos un conocimiento que se convierte en la tradición; y detrás de esa tradición, detrás de ese conocimiento encontramos refugio. Pensamos que este conocimiento es esencial y que sin él estaríamos perdidos, no sabríamos qué hacer.

Entonces, ¿qué entendemos por conocimiento? ¿Qué conocemos? ¿Qué es lo que ustedes conocen cuando consideran real y seriamente el conocimiento que han acumulado? ¿Qué es? En cierto nivel, el conocimiento es importante, como ocurre, por ejemplo, en la ciencia, en la ingeniería; pero más allá de eso, ¿qué es lo que conocemos? ¿Alguna vez han considerado ustedes este proceso de acumular conocimiento? ¿Por qué aprueban sus exámenes? ¿Por qué estudian? Eso es necesario en ciertos niveles, porque sin conocimientos de matemáticas, geografía, historia, ¿cómo puede uno ser ingeniero o científico? Todo contacto social se basa en este conocimiento y sin él no seríamos capaces de ganarnos la vida. Esta clase de conocimiento es esencial, pero fuera de esto, ¿qué conocemos? Más allá de esto, ¿cuál es la naturaleza del conocimiento?

¿Qué entendemos cuando decimos que el conocimiento es necesario para encontrar a Dios, o que es necesario para conocernos a nosotros mismos, o que es esencial para abrirnos un camino a través de las confusiones de la vida? Aquí entendemos el conocimiento como experiencia. ¿Qué es lo que experimentamos? ¿Qué es lo que conocemos? Este conocimiento, ¿no es, acaso, usado por el «yo», por el ego, a fin de fortalecerse? Digamos, por ejemplo, que he alcanzado cierta posición social. Esa experiencia, el éxito de ella, su prestigio, su poder, me brindan cierta sensación de seguridad, de bienestar; de modo que el conocimiento de mi éxito, de que tengo gran poder y posición, el conocimiento de que soy «alguien», fortalece el «yo», ¿no es así?

Usamos, pues, el conocimiento como un medio de fortalecer el ego, el «yo». ¿Han advertido cuán inflados de conocimiento están los *pundits*, o los padres, las madres, los profesores de ustedes, cómo el conocimiento genera el sentido de expansión del «yo», del «yo sé y tú no sabes; yo he experimentado más que tú»? Paulatinamente, el conocimiento, que es tan sólo información, va siendo usado por la vanidad y

se convierte en el sustento, el alimento que nutre al ego, al «yo». Porque el ego no puede vivir sin alguna forma de dependencia parasitaria. El científico usa el conocimiento para alimentar su vanidad, para sentir que es «alguien»; lo mismo hace el *pundit*, así como el profesor, los padres, los gurúes. Todos quieren ser alguien en este mundo, así que usan el conocimiento como un medio de satisfacer ese deseo; pero cuando uno examina eso, cuando mira detrás de las palabras que ellos utilizan, ¿qué es lo que hay allí? ¿Qué es lo que saben, qué es lo que conocen? Conocen sólo lo que contienen los libros; o bien conocen lo que han experimentado, dependiendo las experiencias del trasfondo de su condicionamiento. Así, casi todos nosotros estamos llenos de palabras, de información que llamamos conocimientos, y sin éstos nos sentimos perdidos. Por consiguiente, el miedo acecha detrás de la pantalla de las palabras, detrás de la pantalla de la información; y esta información la transformamos en conocimiento, como un medio de realizar nuestra vocación en la vida.

Donde hay miedo no hay amor, y el conocimiento sin amor nos destruye. Eso es lo que actualmente está ocurriendo en el mundo. Por ejemplo, disponemos de conocimientos acerca de cómo alimentar a los seres humanos de todo el mundo, pero no lo estamos haciendo. Sabemos cómo alimentarlos, vestirlos, albergarlos, pero no lo hacemos porque cada grupo de personas está dividido por sus intereses egocéntricos, nacionalistas. Si realmente deseáramos terminar con las guerras, podríamos hacerlo, pero por la misma razón no lo estamos haciendo. Así que el conocimiento sin amor no tiene sentido. Es tan sólo un medio de destrucción. Hasta que comprendamos esto, el mero aprobar exámenes o tener posición, prestigio o poder, nos conduce a la degeneración, a la corrupción, al paulatino marchitamiento en ciertos niveles y –esto es esencial–, si no se cultiva este sentimiento, ver cómo el conocimiento es utilizado por el egoísmo para propósitos per-

sonales, observar de qué modo se emplea la experiencia como un medio de expansión propia, como un recurso de poder, de prestigio para uno mismo. Si lo observan, verán cómo las personas adultas que ostentan posiciones, se aferran a su éxito, a tales posiciones. Quieren construirse una guarida para sí mismas, de modo tal que puedan sentirse poderosas, tener prestigio, posición y autoridad; y sobreviven porque cada uno de nosotros desea hacer lo mismo, desea ser «alguien». Uno no quiere ser lo que es, cualquier cosa que sea, sino que quiere ser «alguien».

Hay una diferencia entre ser y desear ser. El deseo de ser continúa a través del conocimiento que se utiliza para la exaltación propia, el poder, la posición, el prestigio. Es, pues, importante para todos nosotros, a medida que vamos madurando, ver todos estos problemas e investigarlos, ver que no respetemos a una persona tan sólo porque tiene un título, un nombre, una posición. Sabemos muy poco. Tenemos abundancia de conocimientos librescos, pero son poquísimos los que tienen experiencia directa de algo. Lo que es de vital importancia es la experiencia directa de la realidad, de Dios. Y para eso ha de haber amor.

NUEVA DELHI, 17 DE FEBRERO DE 1960

La mayoría de nosotros debe darse cuenta de que es indispensable un cambio fundamental. Estamos enfrentados con tantos problemas, que se requiere una manera diferente –quizá por completo diferente– de abordar todos estos problemas. Me parece que, a menos que comprendamos la naturaleza interna de este cambio, la mera reforma, una revolución en la superficie significará muy poco. Lo que se necesita, por cierto, no es un cambio superficial ni un ajuste provisional ni la conformidad a un nuevo modelo social, sino más bien una transformación radical de la mente, un cambio que deberá ser total, no sólo parcial.

Para comprender este problema del cambio, ante todo es indispensable entender el proceso del pensar y la naturaleza del conocimiento. A menos que comprendamos esto de una manera bastante profunda, cualquier cambio tendrá muy poco sentido, porque cambiar tan sólo en la superficie es perpetuar las mismas cosas cuyo cambio intentamos. Todas las revoluciones empiezan cambiando la relación del hombre con el hombre para crear una sociedad mejor, pero los mismos abusos que se supone que la revolución intenta eliminar, se reiteran de una manera distinta mediante otro grupo de personas, y el mismo viejo proceso sigue. Nos ponemos a cambiar las cosas, a producir una sociedad sin clases, sólo para encontrar

que, al cabo de un tiempo y por la presión de las circunstancias, un grupo diferente de personas se erige en la nueva clase superior. La revolución jamás es radical, fundamental.

Me parece, pues, que la reforma o el ajuste superficial carece de sentido cuando nos enfrentamos con tantos problemas, y para dar origen a un cambio duradero y significativo, debemos ver lo que implica el cambio. En realidad, cambiamos superficialmente bajo la presión de las circunstancias, de la propaganda, de las necesidades, o a causa del deseo de amoldarnos a un determinado patrón. Creo que uno debe darse cuenta de esto. Una invención nueva, una reforma política, una guerra, una revolución social, un sistema de disciplina... estas cosas *cambian* la mente del hombre, aunque sólo en la superficie. Pero el hombre que quiere descubrir seriamente qué implica un cambio fundamental debe, por cierto, investigar todo el proceso del pensar, o sea, la naturaleza de la mente y del conocimiento.

Me gustaría discutir con ustedes qué es la mente, la naturaleza del conocimiento y qué significa conocer, porque si no comprendemos esto, no creo que haya posibilidad alguna de un enfoque nuevo para nuestros múltiples problemas ni que sea posible una nueva manera de considerar la vida.

Las vidas de casi todos nosotros son bastante desagradables, sórdidas, desdichadas, mezquinas. Nuestra existencia es una serie de conflictos, contradicciones, un proceso de lucha, dolor, alegrías pasajeras, satisfacción momentánea. Estamos atados por innumerables ajustes, amoldamientos, patrones de conducta, y jamás hay un instante de libertad, un sentido de existencia plena. Siempre hay frustración porque buscamos permanentemente realizarnos en lo personal. Carecemos de tranquilidad mental; continuamente nos torturan distintas demandas internas. Para comprender, pues, todos estos problemas e ir más allá de ellos, es necesario, sin duda, que empecemos por comprender la naturaleza del conocimiento y el proceso de la mente.

El conocimiento implica un proceso de acumulación, ¿no es así? El conocimiento puede adquirirse y, a causa de su naturaleza, es siempre parcial; jamás es completo. En consecuencia, toda acción que surge del conocimiento es también parcial, incompleta. Pienso que eso debemos verlo con mucha claridad.

Si la mente de ustedes y la de quien les habla se mueven juntas y con sensibilidad en la comprensión, entonces hay una posibilidad de verdadera comunión entre nosotros. Pero si ustedes se limitan a escuchar para averiguar, al final de la plática, qué es lo que entiendo por conocimiento, entonces no estamos en comunión. Lo que esperan es una mera definición, y las definiciones, por cierto, no son un camino de comprensión.

Se suscita, pues, la pregunta: ¿qué es la comprensión? ¿Cuál es el estado de la mente que comprende? Cuando uno afirma: «comprendo», ¿qué quiere decir con esto? La comprensión no es mera intelección; no es el resultado de argumentaciones y no tiene nada que ver con aceptación, negación o convicción alguna. Por cierto, para comprender debe existir un estado de atención en el que no hay sentido alguno de comparación o condena, ni la espera de un desarrollo ulterior de la cosa que estamos discutiendo, para así concordar o discrepar al respecto. Queda en suspenso toda opinión, todo sentido de comparación o condena; uno sólo escucha para descubrir. Aborda la cosa con un sentido de investigación, lo cual implica que no parte de conclusión alguna; se halla en estado de atención, el cual implica que uno está realmente escuchando.

Me gustaría investigar este problema del conocimiento, por difícil que sea, porque, si podemos comprender el problema del conocimiento, creo que seremos capaces de ir más allá de la mente; y al ir más allá de sí misma, al trascenderse, la mente se halla libre de la limitación, o sea, que no hay esfuerzo, el cual pone límites a la conciencia. A menos que va-

yamos más allá del proceso mecánico de la mente, es imposible que haya verdadera creatividad; y lo que se necesita, por cierto, es una mente creativa a fin de que pueda habérselas con todos estos problemas en constante multiplicación. Para comprender qué es el conocimiento e ir más allá de lo parcial, de lo limitado, para experimentar lo creativo, se requiere no sólo un instante de percepción, sino un estado continuo de alerta, un estado de investigación en que no haya conclusión alguna. Y esto, al fin y al cabo, es inteligencia.

Por lo tanto, si están escuchando no sólo con sus oídos sino con una mente que de veras desea comprender, una mente que no se rige por autoridad alguna, que no parte de una conclusión o una cita, que no desea probar que tiene razón sino que se da cuenta de estos innumerables problemas y ve la necesidad de resolverlos de manera directa, si ése es el estado de la mente de ustedes, entonces pienso que podremos comunicarnos el uno con el otro. De lo contrario, ustedes se quedarán tan sólo con un montón de palabras.

Como estaba diciendo, todo conocimiento es parcial, y cualquier acción nacida del conocimiento es también parcial y, por ende, contradictoria. Si ustedes están del todo conscientes de sí mismos, de sus actividades, de sus motivaciones, pensamientos y deseos, sabrán que viven en un estado de autocontradicción: «yo quiero» y, al mismo tiempo, «yo no quiero»; «debo hacer esto» y, al mismo tiempo, «no debo hacerlo», y así sucesivamente. La mente se halla siempre en un estado de contradicción y, cuanto más aguda sea la contradicción, mayor será la confusión que nuestras acciones originen. Es decir, cuando hay un reto al que debemos responder, que no eludir o del que no podemos escapar, hallándose nuestra mente en un estado de contradicción, la tensión de tener que afrontar ese reto fuerza una acción, y esta acción engendra nuevas contradicciones, nuevas desdichas.

Yo no sé si está claro que vivimos en un estado de contradicción. Hablamos de paz y nos preparamos para la guerra.

Hablamos de no violencia y somos esencialmente violentos. Hablamos de ser buenos y no lo somos. Hablamos acerca del amor y estamos llenos de ambición, espíritu competitivo, eficiencia despiadada. Hay, pues, contradicción. La acción que proviene de esa contradicción sólo engendra frustración y nuevas contradicciones. Siendo incompleto el conocimiento, cualquier acción nacida de ese conocimiento está obligada a ser contradictoria. Nuestro problema, pues, es encontrar una fuente de acción que no sea parcial, descubrirla ahora a fin de crear una acción inmediata y total, y no decir: «la encontraré por medio de algún sistema en algún momento del futuro».

Vean, todo pensamiento es parcial; jamás puede ser total. El pensamiento es la respuesta de la memoria y la memoria es siempre parcial, porque la memoria es el resultado de la experiencia; por lo tanto, el pensamiento es la reacción de una mente condicionada por la experiencia. Todo pensamiento, toda experiencia, todo conocimiento es, inevitablemente, parcial; en consecuencia, el pensamiento no puede resolver ninguno de los muchos problemas que tenemos. Ustedes podrán tratar de razonar lógicamente, sensatamente acerca de estos múltiples problemas, pero si observan la propia mente verán que su pensamiento está condicionado por las circunstancias que les rodean, por la cultura en que nacieron, por el alimento que ingieren, por el medio ambiente en que viven, por los periódicos que leen, por las presiones y las influencias de su vida. Uno está condicionado como comunista, socialista, hinduista, católico o lo que fuere. Está condicionado para creer o para no creer y, como su mente se halla condicionada por su creencia o su no creencia, por su conocimiento, por su experiencia, todo pensamiento es parcial. No hay un pensamiento que sea libre.

Debemos comprender, pues, muy claramente, que nuestro pensamiento es la respuesta de la memoria; y la memoria es mecánica. El conocimiento es siempre incompleto, y todo

pensamiento nacido del conocimiento es limitado, parcial, nunca es libre. De modo que no hay libertad de pensamiento. Pero podemos empezar a descubrir una libertad que no es un proceso del pensamiento y en la cual la mente se da cuenta de todos sus conflictos y de todas las influencias que hacen impacto sobre ella.

Después de todo, ¿cuál es el propósito de la educación tal como existe actualmente? Es moldear la mente según sea la necesidad, ¿no es cierto? Hoy por hoy, la sociedad necesita muchísimos ingenieros, científicos, físicos, de modo que, mediante diversas formas de recompensa y compulsión, la mente es influida para que se adapte a ese requerimiento. Y esto es lo que llamamos *educación*. Aunque el conocimiento es necesario y no podemos trabajar en esta sociedad sin recibir educación, ¿es posible tener conocimientos y no ser un esclavo de ellos? Siendo conscientes de la naturaleza parcial del conocimiento, ¿es posible para nosotros no permitir que la mente quede atrapada en el conocimiento y, de tal modo, sea capaz de una acción total, o sea, una acción no basada en un pensamiento, en una idea?

Lo expondré de esta manera: ¿no hay una diferencia entre conocimiento y conocer? El conocimiento, por cierto, es siempre del tiempo, mientras que el conocer no es del tiempo. El conocimiento proviene de una fuente, de una acumulación, de una conclusión, mientras que el conocer es un movimiento. Una mente que, de manera constante, se halla en el movimiento de conocer, de aprender, no tiene una fuente desde la cual «conoce».

Intentémoslo de otro modo. ¿Qué entendemos por aprender? ¿Existe un aprendizaje cuando estamos meramente acumulando conocimiento, recogiendo información? Ésa es una forma de aprender, ¿no es así? Como estudiante de ingeniería, uno estudia matemáticas, etc.; está aprendiendo, informándose acerca de la materia. Acumula conocimientos a fin de usarlos de una mera práctica. El aprendizaje de ustedes es

acumulativo, aditivo. Ahora bien, cuando la mente sólo está tomando cosas, agregando, adquiriendo, ¿aprende? ¿O el aprender es algo por completo diferente? Yo digo que el proceso aditivo que hoy llamamos «aprender», no es en absoluto un aprender. Es tan sólo un cultivo de la memoria, el cual se vuelve mecánico; y una mente que funciona de manera mecánica, como una máquina, es incapaz de aprender. Una máquina jamás puede aprender, excepto en el sentido aditivo. El aprender es algo enteramente distinto, como trataré de demostrarlo.

Una mente que está aprendiendo nunca dice: «yo sé», porque el conocimiento es siempre parcial, mientras que el aprender es completo todo el tiempo. El aprender no implica empezar con cierta cantidad de conocimientos y agregarle nuevos conocimientos. Eso no es aprender, en absoluto; es un proceso puramente mecánico. Para mí, el aprender es algo por completo diferente. Estoy aprendiendo acerca de mí mismo, de instante en instante, y el «sí mismo» es extraordinariamente vital. Es algo vivo, en movimiento; no tiene comienzo ni final. Cuando digo: «me conozco a mí mismo», el aprender ha llegado a su término en el conocimiento acumulado. El aprender nunca es acumulativo; es un movimiento de conocer que no tiene comienzo ni final.

¿Es posible para la mente liberarse de la acumulación mecánica llamada conocimiento? Y, ¿puede uno descubrir eso mediante el proceso del pensar? Ustedes y yo nos damos cuenta de que estamos condicionados. Si dicen, como dicen algunas personas, que el condicionamiento es inevitable, entonces no hay problema; son esclavos y ahí se terminó la cosa. Pero si empiezan a preguntarse si de algún modo es posible acabar con esta limitación, con este condicionamiento, entonces *hay* un problema. Entonces tendrán que investigar todo el proceso del pensar. Si se limitan a decir: «Debo darme cuenta de mi condicionamiento, debo pensar al respecto, analizarlo a fin de comprenderlo y destruirlo», entonces están

ejerciendo fuerza. Lo que piensan, lo que analizan sigue siendo el resultado de su trasfondo. De modo que no pueden, por medio de su pensamiento, acabar con el condicionamiento, del cual el pensar es una parte. Obviamente es imposible.

Primero tan sólo vean el problema, no pidan la solución. El hecho es que estamos condicionados, y todo pensar con el fin de comprender este condicionamiento será siempre parcial. Por consiguiente, jamás hay una comprensión total, y sólo en la comprensión total del proceso íntegro del pensar hay libertad. La dificultad está en que siempre estamos funcionando dentro del campo de la mente, la cual es el instrumento del pensar, ya sea éste racional o irracional; y, como hemos visto, el pensamiento es siempre parcial.

Para mí, la mente es algo total. Es el intelecto, las emociones, la capacidad de observar, de distinguir; es ese centro del pensamiento que dice «quiero» y «no quiero», es deseo, realización. Es la cosa total, no algo intelectual aparte de lo emocional. Pero el pensamiento no es el modo de resolver ninguno de los problemas, porque el pensamiento es la respuesta de la memoria, y la memoria es la resultante del conocimiento acumulado como experiencia. Dándose cuenta de esto, ¿qué ha de hacer la mente?

Estoy lleno de ambición, deseo de poder, posición, prestigio, y también siento que debo saber qué es el amor, de modo que me encuentro en un estado de contradicción. Una persona que persigue el poder, la posición, el prestigio, carece en absoluto de amor, aunque pueda hablar de él, y cualquier integración de ambas cosas es imposible, por mucho que pueda desearla. El amor y el poder no pueden darse las manos. Entonces, ¿qué ha de hacer la mente? Vemos que el pensamiento sólo creará más contradicciones, más desdicha. ¿Puede, pues, la mente darse cuenta de este problema sin introducir en ello para nada al pensamiento?

Permítame exponerlo todavía de otro modo. ¿Alguna vez les ha sucedido –estoy seguro de que sí– que súbitamente

perciben algo y, en ese instante de percepción, no tienen absolutamente ningún problema? En el instante mismo en que han percibido el problema, el problema ha cesado completamente. Tienen un problema y piensan en él, arguyen con él, se preocupan al respecto; ejercitan, dentro de los límites del pensamiento, todos los medios a fin de comprenderlo. Finalmente, dicen: «no puedo hacer nada más». No hay nadie que les ayude a comprender, ningún gurú, ningún libro. Se han quedado solos con el problema y no hay salida. Habiendo examinado el problema en toda la extensión de que son capaces, lo dejan tranquilo. La mente ya no está más preocupada, no se atormenta más con el problema, no dice más: «debo encontrar una respuesta», de modo que se aquieta, ¿no es así? Y en esa quietud uno encuentra la respuesta. ¿No les ha sucedido a veces? No es una cosa extraordinaria, le ocurre a grandes matemáticos, a los científicos, y hay personas que suelen experimentarla a veces en su vida cotidiana. ¿Qué significa esto? La mente ha ejercitado en plenitud su capacidad de pensar y ha llegado al borde final de todo pensamiento sin haber encontrado una respuesta; en consecuencia, se aquieta, no por cansancio, no por agotamiento, no por decir: «permaneceré quieta y así encontraré la respuesta». Habiendo ya hecho todo lo posible para encontrar la respuesta, la mente se aquieta de manera espontánea. Hay un estado de percepción alerta sin opciones, sin ninguna exigencia, una percepción exenta de toda ansiedad. Sólo esta percepción habrá de resolver todos nuestros problemas.

Una vez más plantearé el problema de una manera distinta. Cuando nos ocupamos de la mente tenemos que investigar la conciencia, porque la mente es la conciencia. La mente no es tan sólo intelecto, sentimiento, deseo, frustración, realización, desesperanza, sino que es también la totalidad de la conciencia, la cual incluye el inconsciente. Casi todos funcionamos en la superficie, en el nivel consciente. Cuando vamos a la oficina día tras día de diez a cinco, o lo que fuere, un

año tras otro, con una terrible sensación de hastío, estamos funcionando automáticamente, como máquinas, en los niveles superiores de la conciencia. Hemos aprendido un oficio o una profesión, y nuestra mente consciente está funcionando en ese nivel, mientras que debajo se encuentra la mente inconsciente. La conciencia es como un río ancho y profundo que fluye rápidamente. En la superficie suceden muchas cosas y hay numerosos reflejos, pero ése no es, obviamente, todo el río. El río es una cosa total, incluye tanto lo que está arriba como lo que está debajo. Lo mismo ocurre con la conciencia, pero muy pocos de nosotros sabemos lo que está ocurriendo debajo. Casi todos estamos satisfechos si podemos vivir bastante bien, con alguna seguridad y algo de felicidad en la superficie. En tanto tengamos un poquito de comida y de albergue, nuestra pequeña *puja*, nuestros pequeños dioses y pequeñas alegrías, nuestros entretenimientos superficiales, para nosotros está todo muy bien.

Debido a que nos satisfacemos fácilmente, jamás investigamos las profundidades, y quizá las profundidades son más fuertes, más poderosas, más apremiantes en sus exigencias que lo que sucede arriba. Hay, pues, una contradicción entre lo que se trasluce en la superficie y lo que ocurre debajo. La mayoría de nosotros se da cuenta de esta contradicción cuando hay crisis, porque la mente superficial se ha ajustado de manera muy completa al medio que la rodea. Esa mente ha adquirido la nueva cultura occidental con sus sistemas parlamentarios y todo eso, pero muy por debajo sigue existiendo el residuo antiguo, los instintos raciales, las motivaciones silenciosas que están exigiendo, apremiando constantemente. Estas cosas se encuentran hundidas tan en el fondo, que no solemos sentirlas, y no las investigamos porque no tenemos tiempo. Insinuaciones de ellas se proyectan a menudo como sueños en la mente consciente.

De modo que la mente es esa cosa total, pero la mayoría de nosotros se contenta con no hacer otra cosa que funcionar

en la superficie. Sólo en momentos de una gran crisis tomamos conciencia de esta profunda contradicción que existe dentro de nosotros mismos, y entonces queremos escapar de ella, así que acudimos al templo, a un gurú, o encendemos la radio o hacemos cualquier otra cosa. Todas las escapatorias, ya sea por medio de Dios o por medio de la radio, son fundamentalmente la misma cosa.

Existe entonces una contradicción en la conciencia y, cualquier esfuerzo para resolver esa contradicción o para escapar de ella, pone una nueva limitación a la conciencia. Estoy hablando todo el tiempo de la misma cosa, haciéndolo de diferentes maneras. Estamos interesados en la mente y en cómo la mente, habiendo sido educada en el conocimiento, en lo parcial, ha de darse cuenta de lo total. Sólo cuando la mente percibe lo total, existe una comprensión en la que el problema llega a su fin.

Todo pensar es limitado, porque el pensar es la respuesta de la memoria –memoria como experiencia, memoria como acumulación de conocimiento– y esta memoria es mecánica. Siendo mecánica, el pensar no resolverá nuestros problemas. Esto no implica que debamos dejar de pensar. Pero se necesita un factor absolutamente nuevo. Hemos intentado diversos métodos y sistemas, diversos caminos –el camino político, el religioso– y todos ellos han fracasado. El hombre sigue debatiéndose en la desdicha, buscando en medio de la desesperación y, aparentemente, no hay término para su dolor. Debe haber, pues, un factor totalmente nuevo que no es reconocible por la mente.

Por cierto, la mente es la herramienta del reconocimiento, y cualquier cosa que la mente reconozca ya es conocida; por lo tanto, no es lo nuevo. Está aún dentro del campo del pensamiento, de la memoria y, en consecuencia, es mecánica. La mente debe encontrarse, pues, en un estado donde perciba sin el proceso de reconocimiento.

Ahora bien, ¿qué es ese estado? No tiene nada que ver con

el pensamiento ni con el reconocimiento; éstos son mecánicos. Es un estado, si puedo expresarlo así, de percepción y nada más; o sea, un estado de ser.

Casi todos nosotros somos personas triviales, con mentes muy poco profundas, y el pensar de una mente estrecha y superficial sólo puede conducirnos a más desdicha. Una mente superficial no puede convertirse a sí misma en profunda; siempre será superficial, mezquina, envidiosa. Lo que puede hacer es comprender el hecho de que es superficial y no hacer ningún esfuerzo para alterarlo. La mente ve que está condicionada y no siente el impulso de cambiar ese condicionamiento, porque comprende que cualquier compulsión para cambiar es el resultado del conocimiento, y éste es parcial. Por consiguiente, se halla en un estado de percepción. Percibe «lo que es». ¿Pero qué ocurre, por lo general? Siendo envidiosa, la mente ejercita el pensamiento para liberarse de la envidia, con lo cual crea lo opuesto: la *no* envidia, pero esto sigue estando dentro del campo del pensamiento. Ahora bien, si la mente percibe el estado de envidia sin condenarlo ni aceptarlo y sin introducir el deseo de cambiar, entonces se encuentra en un estado de percepción, y esa percepción misma genera un movimiento nuevo, un elemento nuevo, una calidad distinta del ser.

Vean, las palabras, las explicaciones y los símbolos son una cosa, y algo por completo diferente es el ser. Aquí nosotros no estamos interesados en las palabras; nos interesa el ser: ser lo que realmente somos, no soñar con que somos entidades espirituales, con el *atman* y todo ese disparate, lo cual se encuentra aún en el campo del pensamiento y, por ende, es parcial. Lo que importa es percibir lo que somos –envidiosos– y percibir eso totalmente. Y podemos percibir eso totalmente sólo cuando no existe, en absoluto, el movimiento del pensar. La mente es el movimiento del pensar, y es también el estado en el que hay una percepción completa sin el movimiento del pensar. Sólo ese estado de percepción puede dar

origen a un cambio radical en las modalidades de nuestro pensar, y entonces el pensar no será mecánico.

Lo que nos interesa, por cierto, es percibir este proceso total de la mente con sus limitaciones, y no hacer un esfuerzo para eliminar esas limitaciones, para ver completa y totalmente «lo que es». Uno no puede ver totalmente «lo que es», a menos que esté ausente el pensar. En ese estado de percepción alerta no hay opción alguna, y sólo ese estado puede resolver nuestros problemas.

MADRÁS, 23 DE DICIEMBRE DE 1964

Aprender es mucho más importante que adquirir conocimientos. El aprender es un arte. El cerebro electrónico, el ordenador puede adquirir conocimientos y dar toda clase de información, pero estas máquinas, por ingeniosas que sean y bien informadas que estén, no pueden aprender. Sólo la mente humana puede aprender. Hacemos una clara distinción entre el acto de aprender y el proceso del conocimiento. El proceso del conocimiento consiste en acumular a través de la experiencia, de diversos tipos de impresiones, de impactos de la sociedad y de toda forma de influencia. Este acumular deja un residuo como conocimiento, y con este conocimiento, con este trasfondo, funcionamos. De lo contrario, sin este conocimiento, sin todo el conocimiento tecnológico que hemos adquirido a lo largo de muchos siglos, no podríamos funcionar, no podríamos saber siquiera dónde vivimos, no sabríamos qué hacer. Pero el acto de aprender es un movimiento constante. En el momento en que *he aprendido*, esto se vuelve conocimiento y, desde ese conocimiento, funciono. Por lo tanto, ello está siempre funcionando en el presente a través del pasado.

El aprender es una acción o un movimiento que se halla siempre en el presente, sin ajuste alguno al pasado. Escuchar con el conocimiento que uno posee no es aprender. Si uno es-

cucha con el conocimiento, en realidad no está escuchando; interpreta, compara, juzga, evalúa conforme a cierto patrón previamente establecido. El acto de escuchar es enteramente distinto; tiene lugar cuando escuchamos con atención completa en la cual no hay sentido alguno de ajuste a un patrón, cuando no comparamos, evaluamos ni interpretamos; estamos *escuchando*.

Ustedes escuchan a esos cuervos [en los árboles, sobre su cabeza]; hacen muchísimo ruido, es su hora de dormir. Pero si escuchan con irritación porque desean escuchar lo que dice quien les habla, si se resisten al ruido de esos cuervos, entonces no prestan atención completa; la mente de ustedes se halla dividida. El acto de escuchar es el acto de aprender.

Uno tiene que aprender tanto acerca de la vida porque la vida es un movimiento en la relación. Y esa relación es acción. Tenemos que aprender, no acumular conocimientos provenientes de este proceso que llamamos *vida* y después vivir conforme a esos conocimientos; eso es amoldar la vida a patrones previos. Amoldarse es encajar en un molde, ajustarse a las múltiples impresiones, exigencias y presiones de una determinada sociedad. La vida es para ser vivida, para ser comprendida. Uno tiene que aprender acerca de la vida, y deja de aprender tan pronto arguye con la vida o la aborda con el pasado, con una mente condicionada por el conocimiento.

Hay, pues, una diferencia entre adquirir conocimientos y el acto de aprender. Uno debe tener conocimientos, de otro modo no sabría donde vive, olvidaría su nombre, etc. Así, pues, en un nivel el conocimiento es imperativo, pero cuando ese conocimiento se usa para comprender la vida –la cual es un movimiento, una cosa viviente, dinámica que cambia a cada instante–, cuando uno no puede moverse *con* la vida, está viviendo en el pasado y tratando de comprender esa cosa extraordinaria a la que llama *vida*. Y para comprender la vida, uno tiene que aprender acerca de ella a cada instante y jamás abordarla «habiendo aprendido».

La vida que casi todos llevamos en la sociedad consiste en amoldarnos, o sea, en ajustar nuestro pensar, nuestro sentir, nuestro estilo de vida, a un patrón, a una determinada aprobación o al molde de una sociedad civilizada, una sociedad que siempre se mueve lentamente, desarrollándose de acuerdo con ciertos patrones. Y, desde la infancia, hemos sido adiestrados para ajustarnos al patrón, al medio en que vivimos. En este proceso nunca hay un aprender. Sólo la mente que aprende, que jamás acumula, se mueve junto con el constante fluir de la vida.

Y la sociedad es la relación entre los seres humanos, la acción recíproca entre unos y otros. Esta sociedad ha establecido ciertos patrones a los cuales, desde la infancia, se nos induce a amoldarnos, a ajustarnos, y así jamás podemos ser libres. La sociedad establece cierta autoridad, ciertas normas de comportamiento, de conducta, ciertos códigos. Jamás ayuda al hombre a ser libre; por el contrario, la sociedad hace que el hombre se amolde, que respete, que cultive las virtudes de esa sociedad en particular, que encaje en un patrón. La sociedad nunca quiere que él sea libre, no le educa para eso. Todas las religiones son parte de la sociedad; han sido inventadas por el hombre para su propia y particular seguridad psicológica. Tal como hoy están organizadas, las religiones tienen sus dogmas, sus rituales; se hallan agobiadas por la autoridad y las divisiones. De modo que las religiones tampoco quieren que el hombre sea libre. Esto es bastante obvio.

Entonces, ¿el problema no es, acaso, que tiene que haber orden en la sociedad? Ustedes deben tener orden, de lo contrario, no pueden vivir. El orden es eficiencia, implica que cada ciudadano coopere, que hace todo posible por cumplir su función sin ambicionar *status*. Eso es el orden, no el que la sociedad ha creado, eso que llamamos orden pero que es *status*. La función otorga *status*; da prestigio, poder, posición. Y en la batalla de esta sociedad competitiva, hay leyes para mantener a la gente dentro de este orden establecido.

Por lo tanto, el problema es que tiene que haber ajuste a ciertas normas –conservar el lado correcto de la carretera cuando conducimos– y también tiene que haber libertad. De lo contrario, la sociedad no tiene sentido. La sociedad no le brinda libertad al hombre; puede ayudarle a que se rebele, ¡pero cualquier escolar puede rebelarse! Ayudar al hombre a que sea libre y comprenda todo este problema de amoldamiento, ayudarle a que se ajuste y, sin embargo, no se convierta en un esclavo de la sociedad, que se ajuste a la norma, al patrón, que se adapte a la sociedad y, no obstante, mantenga ese sentido extraordinario de libertad, todo eso exige muchísima inteligencia. Aun cuando ha vivido durante dos millones de años, el hombre no es libre. A menos que sea libre, no habrá fin para el dolor, para la ansiedad, para la desdicha, para la pobreza espantosa de nuestra propia mente y nuestro propio corazón.

Y la sociedad no se interesa en absoluto en esta libertad, pese a que sólo gracias a ella el hombre podrá descubrir por sí mismo una nueva manera de vivir, no conforme a un patrón, a una creencia o al conocimiento, sino de instante en instante, fluyendo libremente con la vida. Si el hombre no es libre en el profundo sentido de esta palabra, no en el sentido de ser libre para hacer lo que le plazca, lo cual es demasiado simple y tonto, sino libre de la sociedad que le ha impuesto condiciones, que ha moldeado su mente, podrá vivir durante otro millón de años o más, pero no estará libre del sufrimiento, del dolor de la soledad, de las amarguras de la vida, de las múltiples ansiedades que ha heredado.

Éste es, entonces, el problema: ¿es posible adaptarse a la sociedad y, no obstante, estar libre de ella? El hombre debe adaptarse, debe ajustarse; cuando conduce debe conservar, por la seguridad de los demás, la mano que corresponde, debe comprar un sello postal para enviar una carta, debe pagar impuestos sobre sus ingresos, etc. Pero el ajuste es, para la mayoría de nosotros, mucho más profundo: nos ajustamos

psicológicamente, y aquí es donde comienza el daño que causa la sociedad. Y mientras el hombre no está libre de la sociedad, del patrón que la sociedad ha establecido para que él lo siga, es meramente moral, moral en el sentido de que es ordenado conforme a lo social, pero es desordenado desde el punto de vista de la virtud. Un hombre que sigue la moralidad de una sociedad determinada es inmoral, porque eso le fija más y más dentro de un patrón y le convierte cada vez más en un esclavo de este patrón social. Se vuelve cada vez más respetable y, por ende, cada vez más mediocre.

Un hombre que está aprendiendo comprende, mientras vive, toda la función de la sociedad, que es establecer una relación correcta entre los seres humanos, ayudarles a cooperar, no con una idea, no con un patrón social, no con la autoridad, sino a cooperar desde el afecto, desde la inteligencia. También comprende la sensibilidad elevada de la inteligencia. Y sólo la inteligencia es esa sensibilidad elevada que no tiene nada que ver con la experiencia, con el conocimiento, porque la experiencia y el conocimiento embotan la mente.

Vean, ustedes quizá pasen junto a un árbol todos los días de su vida. Si no aprecian la extraordinaria forma de una rama, o de una hoja, o la desnudez del árbol en invierno, o la belleza de una puesta de sol, o si no están en comunión con la suciedad de las calles, con la luz crepuscular, con el reflejo de una palmera en el agua, entonces tienen una mente torpe, por moral y respetable que sea, por ajustada que esté a la sociedad. Y una meta así nunca puede ser libre. Sólo puede ser libre una mente que aprende mientras vive, aprende cada día, a cada minuto, en el movimiento de la vida, de la relación, la cual es acción. La mente debe estar libre, libre de conflicto, libre de la autocontradicción que existe en el hombre. Esta autocontradicción produce en el hombre un perpetuo conflicto consigo mismo y con su prójimo, y este conflicto es lo que él llama moral, porque le ayuda a ajustarse al patrón establecido por la sociedad.

BOMBAY, 21 DE FEBRERO DE 1965

Me gustaría hablar acerca de algo que quizá sea considerado más bien complejo, pero que en realidad es muy simple. Nos agrada hacer que las cosas sean complejas, nos agrada complicarlas. Pensamos que es algo intelectual ser complicado, tratarlo todo de una manera intelectual o tradicional y, de tal modo, dar al problema o a la cuestión un giro complejo. Pero para comprender a fondo cualquier cosa, uno debe abordarla de manera simple, o sea, no sólo verbal o emocionalmente, sino más bien con una mente muy joven. Casi todos tenemos mentes viejas, debido a tantas experiencias que hemos vivido. Estamos muy golpeados; hemos tenido tantos choques emocionales, tantos problemas, que hemos perdido elasticidad, rapidez en la acción. Una mente joven es la que, en el ver y en el observar, actúa. O sea, una mente joven es aquélla para la cual el ver es el actuar.

Me pregunto cómo escuchan ustedes un sonido. El sonido juega un papel importante en nuestra vida. El sonido de un pájaro, el trueno, las incesantes e inquietantes olas del mar, el zumbido de una gran ciudad, el susurro entre las hojas, la risa, el llanto, una palabra... son todas formas de sonido y juegan un papel extraordinario en nuestra vida, no sólo como música, sino también como el sonido cotidiano de la existencia. ¿Cómo escucha uno el sonido que le rodea, el sonido de los cuervos, el de esa música lejana? ¿Lo escucha con su propio ruido interno o lo escucha sin ruidos?

Casi todos escuchamos con nuestros peculiares ruidos del parloteo, de la opinión, del juicio, del evaluarlo y nombrarlo todo; jamás prestamos atención al hecho mismo. Atendemos a nuestro propio parloteo y, en realidad, no escuchamos. Para escuchar de veras, la mente debe hallarse en un estado extraordinario de quietud y silencio. Cuando escuchan a quien les habla, si están sosteniendo una conversación consigo mismos, proyectando sus propias opiniones, ideas, conclusiones o evaluaciones, de hecho no lo escuchan en absoluto. Para escuchar no sólo al que habla sino también a los pájaros, el ruido de la vida cotidiana, tiene que haber cierta quietud, cierto silencio.

Pocos de nosotros somos silenciosos. No sólo sostenemos una conversación con nosotros mismos, sino que siempre estamos hablando, hablamos interminablemente. Para escuchar debemos tener cierto sentido de espacio, y no hay espacio si uno está charlando consigo mismo. El escuchar exige cierta quietud y eso requiere, a su vez, cierta disciplina. La disciplina es, para la mayoría de nosotros, la supresión de nuestro propio ruido particular, de nuestros propios juicios y de nuestras evaluaciones. Para detener el parloteo, al menos por el momento, tratamos de reprimirlo y, debido a eso, hacemos un esfuerzo para escuchar, ya sea al que habla, ya sea el canto de un pájaro. Para casi todos nosotros, la disciplina es una forma de represión, de amoldamiento a una norma. Para oír el sonido debe desaparecer naturalmente toda forma de represión, de control. Si prestaran atención, verían lo extraordinariamente difícil que es detener el propio ruido, el propio parloteo, y escuchar en un estado de silencio interno.

Uso la palabra *disciplina* en un sentido correcto, en su exacto significado, que es el de aprender. La disciplina, en la acepción original de esa palabra, no implica ajuste, represión, imitación, sino más bien un proceso de aprendizaje. Y lo que el aprendizaje requiere no es la mera acumulación de conocimientos, cosa que cualquier máquina puede hacer. Ninguna

máquina puede aprender; ni siquiera un ordenador informático o un cerebro electrónico puede aprender. Sólo pueden acumular conocimientos, informaciones y después devolvérnoslos. Así, pues, el acto de aprender es el acto de disciplina, y esto es muy importante que se comprenda.

Vamos a investigar algo que nos exige aprender a cada instante; *apreder*, no amoldarnos, no reprimir. Y no puede existir el aprender si ustedes se limitan a comparar lo que oyen con lo que ya conocen o han leído, por amplio e inteligente que sea ese conocimiento. Si comparan, dejan de aprender. El aprender sólo puede tener lugar cuando la mente está por completo silenciosa y escucha desde ese silencio; de otro modo, no hay tal aprender. Cuando queremos aprender un nuevo idioma, una nueva técnica, algo nuevo que no conocemos, nuestra mente debe hallarse comparativamente quieta; si no está quieta, no aprende. Cuando uno ya conoce el idioma o la técnica, meramente agrega más información. El agregado de la información ulterior implica tan sólo adquirir más conocimientos, pero eso no es aprender.

Aprender es disciplinar. Toda relación es una forma de disciplina, y toda relación es un movimiento. Ninguna relación es estática y cada relación exige un aprendizaje nuevo. Aun cuando hayamos estado durante cuarenta años y hayamos establecido una relación cómoda, firme y respetable con nuestra esposa o nuestro marido, en el momento en que ya la hemos establecido como un patrón, hemos dejado de aprender. La relación es un movimiento; no es estática. Y cada relación requiere que uno aprenda en ella constantemente, porque la relación cambia continuamente, se mueve, es vital; de lo contrario, no estamos relacionados en absoluto. Podemos pensar que estamos relacionados, pero en realidad nos relacionamos con nuestra propia imagen a través de la otra persona, o con la experiencia que ambos tuvimos, y con el dolor, la ofensa o el placer de esa relación. Abordamos a la otra persona con la imagen, el símbolo, la idea y, por lo tanto, convertimos la

relación en una cosa inerte, estática, sin vida alguna, sin vitalidad, sin pasión. Sólo una mente que aprende es de veras apasionada.

Usamos la palabra *pasión* no en el sentido del placer intensificado, sino más bien en el de una mente que está siempre aprendiendo y, por ende, que se encuentra siempre en movimiento, es siempre vehemente, activa, vital, vigorosa, joven. Muy pocos de nosotros somos apasionados. Tenemos placeres sensuales, experimentamos lujuria, deleite, pero no el sentido de la pasión. Sin pasión, en el amplio y profundo sentido o significado de esa palabra, ¿cómo puede uno aprender, cómo puede descubrir nuevas cosas, cómo puede investigar, acompañar el movimiento veloz de la investigación?

Una mente muy apasionada está siempre en peligro. Quizá casi todos nosotros tenemos un conocimiento instintivo de esta mente apasionada que aprende y, en consecuencia, actúa, e inconscientemente hemos fracasado en ese aspecto; tal vez ésa sea una de las razones por las que nunca somos apasionados. Somos respetables, nos amoldamos, aceptamos, obedecemos. Están la *respetabilidad*, el *deber*, y todas las demás palabras que usamos para enfocar el acto de aprender.

El acto de aprender es disciplina. Esta disciplina no contiene amoldamiento de ninguna clase y, en consecuencia, no hay represión porque, cuando uno aprende acerca de sus sentimientos, su ira, sus apetitos sexuales y otras cosas, no hay ocasión de reprimir ni de consentir nada. Y ésta es una de las cosas más difíciles de hacer, porque toda nuestra tradición, todo el pasado, toda la memoria, los hábitos, han fijado la mente dentro de una determinada rutina. Seguimos cómodamente en la rutina y no queremos que se nos moleste de ningún modo alterando esa rutina. Por lo tanto, para la mayoría de nosotros la disciplina es meramente amoldamiento, represión e imitación que finalmente conducen a una vida muy respetable, si es que eso, de algún modo, es vida. Un hombre atrapado en la estructura de la respetabilidad, la re-

presión, la imitación, el amoldamiento, no vive en absoluto. Todo lo que ha aprendido, todo lo que ha adquirido, es un ajuste a un patrón de vida, y la disciplina que ha estado siguiendo lo ha destruido.

Pero nosotros estamos hablando del acto de aprender que sólo puede tener lugar cuando existen una vitalidad y una pasión muy intensas. Estamos hablando de la disciplina, que es un acto de aprender. El acto de aprender es a cada instante; no significa que uno *ha aprendido* y aplica al próximo acontecimiento aquello que ha aprendido; en tal caso, cesa de aprender. Y esta clase de disciplina que estamos considerando es necesaria, porque toda relación es un movimiento en la disciplina, o sea, en el aprender. Y esta disciplina que es el acto de aprender a cada instante, es esencial para investigar algo que exige muchísimo discernimiento, muchísima comprensión.

SAANEN, 4 DE AGOSTO DE 1965

Krishnamurti: Alguien señaló que uno quiere vivir en una dimensión diferente, que quizás ha sentido cierta cualidad durante estas pláticas, o cuando paseaba a solas por el bosque, o en la relación con alguna persona; y dijo: «¡si sólo pudiera conservar eso y no volver a lo de antes...!». Hay una contradicción entre la experiencia, ese sentimiento de una dimensión diferente, y la realidad. Si pudiéramos eliminar la contradicción, no tendríamos un solo instante durante el cual existieran el sentimiento de una dimensión diferente y el intento de alcanzarla continuamente. Si abordamos estas cuestiones y tratamos de descubrir si es posible eliminar por completo esta contradicción, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente, entonces tal vez estaríamos viviendo y no comparando. ¿Investigaremos esta única cuestión?

¿Cómo se vuelve uno consciente de esta contradicción, si de algún modo es uno atento y sensible? ¿Qué es lo que le dice a usted que se halla en un estado de contradicción? ¿Se da cuenta porque alguien se lo dice, o porque ello le causa dolor? ¿Quiere perseguir un placer y, en la persecución misma de ese placer, se torna consciente de que se halla en contradicción? ¿Desea perseguir una cosa y, no obstante, su actividad cotidiana le aleja de ella? Uno debe descubrir cómo se vuelve consciente de la contradicción.

Vamos a examinar esto paso a paso. No llegaremos a ninguna conclusión. Vamos a aprender a medida que observe-

mos; por lo tanto, al final no habrá ninguna conclusión. Porque si alguien me *dice* que me hallo en un estado de contradicción, el efecto de eso es por completo diferente.

Si tengo un ideal de no violencia, de paz, y soy violento, hay una contradicción, o dos deseos que empujan en direcciones opuestas; por lo tanto, existe un conflicto. La vida me indica, o alguien me dice que me encuentro en un estado de contradicción. Puedo tomar conciencia de esta contradicción mediante un esfuerzo, a causa del dolor, o haciendo un ajuste entre el hecho y el ideal. Un incidente o una experiencia me dice que me hallo en un estado de contradicción. Ése es un estado. O puedo percibir esta contradicción sin que intervenga ningún estímulo. Ahora bien, ¿qué ocurre con la mayoría de nosotros? ¿Es un acontecimiento el que ha despertado a la mente respecto de su estado contradictorio, o es la mente, sin acontecimiento alguno, la que se da cuenta de su propia contradicción? Abordemos ahora lo primero y después llegaremos a lo segundo.

Conocemos la contradicción a causa de un incidente, ya sea placentero o doloroso. Tengo una imagen, un patrón fijo de conducta, y ocurre algún acontecimiento que contradice todo eso. Entonces sufro. Digo: «me encuentro en un estado de contradicción», y nerviosamente trato de superar esa contradicción, haciendo que el hecho, que es mi violencia, se ajuste al ideal, o bien eliminando el ideal y dejando tan sólo el hecho.

A causa de la fórmula de conducta establecida, o de mis propios hábitos, hay una imagen de lo que yo debería ser, de lo que debo ser, y entonces ocurre un incidente exterior a esa imagen y que la contradice. Como este estado contradictorio genera dolor, deseo librarme de él. O ajusto el hecho, el incidente a la imagen, o bien elimino por completo la imagen y no dejo ningún centro.

¿Quién es la entidad que dice: «debo ajustar el hecho al ideal»? Tengo aquí tres cosas involucradas: el hecho, el ideal

y la entidad que dice: «debo librarme de la contradicción, ya sea eliminado el ideal o aceptando meramente el hecho». Entonces tengo que descubrir quién es esa entidad. En tanto exista la entidad, habrá contradicción.

Interlocutor: La contradicción no se conecta con nada. Existe en sí misma.

K: En seguida llegaremos a eso. Primero, seamos claros en este punto. Está la imagen, «lo que yo debería ser», el ideal, y está el hecho de que soy violento. Eliminaré ese ideal que he creado y, por lo tanto, me las habré tan sólo con el hecho. ¿Quién es la entidad que dice: «debo eliminar el ideal y habérmelas sólo con el hecho»? Si no comprendo la entidad, el centro que ordena, ese centro se hallará siempre en estado de contradicción o creará contradicción. Entonces, ¿quién es ese centro? ¿Qué es ese centro?

I: ¿No forma parte de uno mismo?

K: Sí, señora, pero ¿qué es el «uno mismo»? ¿Qué es eso?

I: Algo que es un obstáculo, que debe ser vencido.

K: Mire, señora, nos estamos preguntando qué es ese centro que dice: «no debo hallarme en estado de contradicción, de modo que para ello eliminaré el ideal». No obstante, el centro sigue ahí, y nos preguntamos cuál es su estructura, su naturaleza.

Vamos a descubrir, a aprender de nuevo al respecto. Ésa es la única manera de aprender. Usted puede haber pensado sobre ello, puede haber llegado a ciertas conclusiones, pero si lo ha hecho, ha dejado de aprender. Ahora vamos a aprender acerca del centro que da origen a la contradicción, ya sea que uno elimine el ideal o descuide el hecho. El estado de la men-

te que se dispone a aprender acerca de eso, debe ser el de una mente que de veras no sabe qué es ese centro. Podemos haberlo sabido ayer, pero si llegamos con el conocimiento de ayer, no podremos descubrir la verdad acerca de lo que ese centro es hoy. Podría haberse movido, podría haber cambiado, podría haberse transformado; podría no existir en absoluto. Por consiguiente, para descubrir hoy, para aprender acerca de ese centro hoy, debemos estar libres del ayer, libres de las conclusiones de ayer. Por lo tanto, nuestras mentes deben permanecer en silencio con ese problema, en completo silencio, totalmente quietas. Entonces seremos capaces de aprender al respecto; entonces, *estaremos* aprendiendo al respecto.

¿Qué es ese centro que está siempre creando contradicción, el censor que dice: «esto es bueno», «esto es malo», «debo hacer esto», «esto debería ser», «no me aman», «debo amar», «soy desdichado», «debo vivir en una dimensión diferente», «he escuchado pero no logro captarlo»? ¿Qué es ese movimiento?

I: Es el movimiento de conocer.

K: Es una pregunta muy difícil la que estamos formulando. Los antiguos han dicho que es el alma, el *atman*, que es Dios, que es la bondad, que es el pecado original. ¿Quiere usted decir que va a dejar rápidamente de lado todas esas cosas diciendo que es esto? Primero debe saber lo que otros han dicho al respecto y descubrir si contiene alguna verdad. Si meramente repite lo que han dicho los teólogos, las personas que creen en Dios, en la verdad, en el alma, en el *atman*, entonces no llegará a ninguna parte. No estamos interesados en repetir a alguna autoridad. Si se trata de mera tradición, lo descartamos. Usted investiga y llega a cierto punto; llega a él no sabiendo nada, en completo silencio. Quiere aprender al respecto; y ve que, para aprender, se requiere completa quietud de la mente para poder mirar. ¿Puede usted estar en silen-

cio sin ser forzado ni empujado a estar en silencio, estarlo espontáneamente a fin de descubrir qué es ese movimiento?

I: Pienso que el conocimiento se convierte en el centro.

I 2: ¿Por qué discutimos en absoluto? Se vuelve inútil.

I 3: Está de acuerdo con el principio de la armonía.

K: Me temo, señores, que ustedes no están examinando esta pregunta. Simplemente manifiestan lo que sienten, lo que piensan.

I: La mente es el centro de la contradicción. La mente que ha acumulado conocimiento, que ha creado imágenes, que ha establecido un salvador; es la mente la que piensa que existen lo permanente y lo impermanente. La mente misma se halla en estado de contradicción.

K: Ahora, ¡espere un momento! Usted ha declarado eso. ¿Qué ha aprendido al respecto? Lo ha analizado. Ha tanteado el camino hacia ello y dijo que es la mente. Usted ha verbalizado e hizo una afirmación. ¿Qué ha aprendido? ¿Ha aprendido algo? Dice que es la mente la que se halla en estado de contradicción, la mente que ha adquirido conocimientos, la mente que profesa creencias, que es el católico, el protestante, el comunista, el no creyente, el creyente; la mente que crea la imagen. ¿Es eso un hecho real o es una idea?

I: ¿Es el inconsciente deseo de libertad?

K: No, señora. Se hizo una afirmación acerca de que es la mente, la mente que incluye el conocimiento. ¿Qué le hace decir que es la mente?

I: He investigado.

K: Se lo pregunto. Una mente interroga a otra mente. ¿Cómo sabe usted que se trata de la mente? ¿Qué le hace decir que es la mente?

I: Nos lo han dicho.

K: ¿Se lo han dicho? También me han dicho que hay un mundo maravilloso cuando muera, pero tengo que *vivir* en *este* mundo. Cuando usted dice «la mente», o bien se ha dado cuenta del hecho –como se da cuenta del hambre y, por lo tanto, ello tiene validez– o tan sólo está especulando al decir que es la mente. En ese caso no está usted aprendiendo. Así, pues, antes de que respondamos qué es la mente, la imagen, el condicionamiento, el patrón establecido de que uno es católico, protestante, comunista y demás, debemos aprender al respecto, *aprender*, no limitarnos a hacer una afirmación. Antes de comprender esta cuestión en particular, primero debemos descubrir qué es la mente que va a aprender sobre ello.

Vea, mi hija, mi hermana, mi madre, mi abuela, quienquiera que sea, no está bien, es infeliz, no actúa correctamente, y yo estoy alterado. Desde esa alteración quiero hacer algo, ayudarla, sostener su mano. Pero si estoy alterado no puedo tratar con el hecho como un hecho, sin emocionalismo ni sentimentalismo ni todas esas tonterías. De modo que importa muchísimo cuando le formulan esta pregunta: ¿cómo está usted escuchando? O escucha con una conclusión, con una idea que ya tiene acerca de qué es ese centro, o dice: «realmente, no lo sé; investiguémoslo». Si de veras no lo sabe, aborda la pregunta con una mente fresca, no con una mente agotada que ya ha especulado al respecto, que ya se halla condicionada.

Por lo tanto, mucho más importante que el problema –en este caso, la contradicción– es el estado de la mente que con-

sidera el problema. ¿Cuál es el estado de la mente cuando se enfrenta con este problema de la contradicción?

I: Ahí es donde radica la dificultad, porque parece muy obvio que la mente debe estar en silencio.

K: *Esté* en silencio. ¡Esté, esté, no hable! Ya lo ve, todos ustedes hablan, no actúan. *Estén* en silencio.

I: Cuando usted dice: «esté en silencio», trata de convencernos acerca de la importancia que tiene el estar en silencio.

K: No trato de convencerles de ello. Mire, yo no conozco el chino. ¿Qué hago? Mi mente está vacía. Comienzo a aprender mientras avanzo. Pero ustedes no hacen eso.

I: Pienso que si uno observa su propia mente, en ese instante mismo logra el silencio.

K: Señora, *esté* en silencio, no *logre* el silencio. Mire, el tema es la contradicción, por qué los seres humanos viven en contradicción. Dijimos que hay una permanente imagen establecida, una fórmula, y el hecho cotidiano contradice esa fórmula. Si la mente quiere aprender cómo vivir sin contradicción –*vivir realmente* sin contradicción–, debe abordar el problema con cautela, con silencio y quietud. Y cuando así lo hace, tal como lo estoy haciendo ahora, está el problema y la mente que nada conoce acerca del problema está quieta por completo. Pregunto qué es esta extraña quietud, este extraño silencio que considera el problema. ¿Es algo inducido? ¿Acaso la mente ha inducido ese silencio a fin de librarse del problema y vivir en un estado de armonía exento de contradicción? ¿O ese silencio es natural? Si es natural, no inducido, no forzado a ser natural, ¿hay, entonces, un centro? ¿Hay un centro en estado de contradicción? El centro *es*, inheren-

temente, contradicción. Y si sólo hay silencio mirando esa contradicción, ese problema, ¿es ese silencio una condición natural, o es inducido porque la mente quiere vivir en un estado de armonía? Si no es un silencio natural, entonces la contradicción comienza de nuevo.

¿Puede, pues, la mente abordar cualquier cuestión –la vida, el árbol, la esposa, el marido– completamente en silencio? Ésta es una de las cosas más difíciles de hacer; no obstante, uno ve que cualquier otra manera de abordar un hecho debe engendrar contradicción. Siempre hemos abordado el problema desde un punto de vista afirmativo: *es* el conocimiento, *es* la imagen, *es* la mente, *es* esto, *es* aquello... y así sucesivamente. Pero esta vez hemos ido un poco más lejos. Hemos dicho que es el silencio. El silencio, ¿es la negación del ruido, la negación del rumor, el rechazo de esto y aquello a fin de ser silenciosos? Debo descubrir qué es este sentido de negación que no es positivo, direccional, pero que tiene que existir en la vida.

Una buena mente, buena de verdad, es tanto positiva como negativa; es tanto el hombre como la mujer, no sólo el hombre o sólo la mujer. Los griegos tenían una palabra, al igual que los hindúes. Simbolizaron eso en sus imágenes y por esa causa lo perdieron. Tan pronto uno lo pone en palabra, en una imagen, se acabó. Pero si comienzan a aprender y continúan aprendiendo, aprendiendo, aprendiendo, pueden ponerlo en palabras, pero ello nunca morirá.

Vamos a comprender, pues, un silencio que no es lo opuesto del ruido, que no es lo opuesto de esta perpetua batalla; y para comprender eso, uno debe comprender toda la estructura de la negacion.

BOMBAY, 16 DE FEBRERO DE 1966

El hombre, el ser humano, lo ha hecho todo para producir un cambio radical y, sin embargo, fundamentalmente no ha cambiado en absoluto. ¡Somos lo que hemos sido durante dos millones de años! El animal es muy fuerte en nosotros. El animal con toda su codicia, su envidia, su ambición, su ira, su crueldad, sigue existiendo en el fondo de nuestra mente y nuestros corazones. Gracias a la religión, a la cultura, a la civilización, hemos pulido lo externo; tenemos mejores modales –tal vez unos cuantos de nosotros tenemos mejores modales. Sabemos un poco más; tecnológicamente hemos ido muy lejos. Podemos discutir la filosofía occidental y oriental, hablar sobre literatura; podemos viajar por todo el mundo. Pero internamente, bien en lo profundo, las raíces están firmemente incrustadas.

Viendo todo esto, ¿cómo hemos de cambiar, cada uno de nosotros, como ser humano? Por cierto, no será derramando lágrimas, ni por obra del intelecto, ni buscando una utopía ideológica ni por medio de la tiranía externa o de la tiranía autoimpuesta. Uno descarta, pues, todo esto, y espero que también ustedes lo descarten. Descartar nuestra nacionalidad, nuestros dioses, nuestra propia tradición, nuestras creencias; descartar todas las cosas en que creemos porque nos han criado y educado para eso, es una cosa muy difícil de hacer. Podemos estar de acuerdo desde el punto de vista intelectual, pero en el fondo del inconsciente persiste

el sentimiento sobre la importancia del pasado al cual nos aferramos.

De modo que nos preguntamos: ¿cómo un ser humano ha de dar origen, en sí mismo, a un cambio tan tremendo que pueda seguir en este mundo funcionando tecnológicamente y sea capaz de razonar con cordura, salud y racionalidad? La voluntad, que es deseo fortalecido, no producirá el cambio. La voluntad se basa en el deseo y es el resultado de éste; y el deseo forma parte del placer. Como ser humano necesito cambiar. ¿Qué he de hacer? Puedo ver que el ejercitar la voluntad para controlar, para reprimir, para impulsarme en una dirección positiva, afirmativa, provista por la misma voluntad, no engendra este cambio, porque en este ejercicio de la voluntad hay conflicto, y dondequiera que haya conflicto, es obvio que no puede haber un cambio. Un conflicto no puede producir un cambio. Si ustedes y yo estuviéramos en conflicto respecto de algún problema, no habría comprensión, armonía ni comunión posibles. Cualquiera que sea el nivel donde hay conflicto, no puede habar cambio. El cambio no puede originarse a través del conflicto, y la esencia misma de la voluntad no sólo es el producto del conflicto sino que también genera conflicto.

***

Ustedes saben, hay muy poca belleza en nuestra vida. Poco a poco nos hemos vuelto insensibles a la naturaleza. Estamos tan ocupados con nuestros propios problemas, con nuestros propios intereses y asuntos personales, que nuestras mentes, nuestros corazones y nuestros cerebros se han vuelto insensibles. Hemos aceptado el conflicto como nuestro estilo de vida. Y donde hay conflicto no hay sensibilidad. El conflicto y el amor no pueden ir juntos. No obstante, nuestro modo de vida –la oficina, el templo, la iglesia, la calle– constituyen una serie de conflictos, ya sean ocasionales o impor-

tantes. Y si quisiéramos cambiar todo eso, deberíamos comprender no sólo cómo mirar un árbol, cómo escuchar el silencio de un atardecer, sino también cómo vivir en una sociedad que es tan corrupta, que en su esencia misma es desorden. Para comprender todo esto debemos comprender la naturaleza de nuestro pensar. Nuestro cerebro es la maquinaria del pensamiento y este pensamiento es el resultado de muchísimas experiencias.

Antes de que investigue esto, les ruego que escuchen, no concordando con lo que se dice, porque no es cuestión de concordar con esto. Yo no estoy haciendo ninguna propaganda; no trato de hacer que cambien en alguna otra cosa. Si son observadores, ustedes mismos producirán este cambio. Por favor, escuchen. Tal como escuchan a esos pájaros, tal como ven la belleza del cielo nocturno y la quieta tranquilidad de un caudaloso río, del mismo modo escuchen, no intelectualmente, no sólo las palabras, sino las implicaciones de las palabras. Muy pocos somos capaces de escuchar, porque ya tenemos nuestros prejuicios, nuestras conclusiones. Pensamos que sabemos. Jamás estamos aprendiendo.

Para aprender es indispensable escuchar, y cuando ustedes escuchan hay atención. Y sólo hay atención cuando hay silencio. Para aprender, pues, tiene que haber silencio, atención y observación. Y todo este proceso es el aprender –no el acumular conocimientos–, aprender sobre la marcha, aprender en la acción misma, no haber aprendido y *después* actuar. Aprendemos a medida que avanzamos, que actuamos; no aprendemos y después actuamos. Las dos cosas son por completo diferentes.

Lo que estamos haciendo ahora es aprender en la acción, porque a ustedes no se les está enseñando. No hay maestro ni discípulo. No hay gurú. Porque uno tiene que caminar alumbrado por su propia luz, no por la luz de otro. Si uno camina guiado por la luz de otro, eso le conduce a la oscuridad. Es muy importante comprender que ustedes están aprendiendo,

y que para aprender tiene que haber silencio. ¿Cómo podemos aprender si nuestra mente está parloteando? ¿Cómo podemos mirar? ¿Cómo podemos prestar atención? ¡Miren a un chico que está aprendiendo en la escuela! Si de verdad está interesado en su tema, se halla esencialmente silencioso y presta atención. Desde esa atención está aprendiendo. Aun si desea mirar afuera por la ventana, ese acto mismo, el mirar, forma parte del aprender.

Así, pues, lo que estamos haciendo es aprender, y en el aprender no existe un maestro que enseñe. Todo lo que se requiere es atención, ese sentido de simple y sereno silencio; y entonces uno aprende. En eso no hay libro ni maestro, ni nadie que les indique lo que deben hacer; toda la cosa está *sucediendo*.

De modo que estamos interesados en un estilo de vida donde todo conflicto ha llegado a su fin. Vamos a aprender, no a preguntar: «¿qué debo hacer para vivir sin conflicto?». Ésa es una pregunta sumamente inmadura e infantil y, tan pronto la formulan, dan origen al hombre que les enseñará lo que deben hacer; en consecuencia, están atrapados. Tienen que ver que el aprender está en la acción misma; no viene al caso si se equivocan o no se equivocan al actuar.

Excepto tecnológicamente, el aprender está en el actuar, no en lo que nos enseñan. Tecnológicamente necesito que me ayuden –a aprender sobre el cerebro electrónico, etc. Pero aquí no hay nadie que les enseñe, y tienen que comenzar a aprender. Lo que otro enseña no es la verdad. El seguidor destruye la verdad, tal como lo hace el gurú. De modo que ustedes tienen que aprender, y el aprender está en la acción misma. Ésa es la belleza del aprender. El aprender se vuelve, así, una alegría, un deleite, no un fastidio, no algo que uno está obligado a hacer.

Así, pues, para investigar esta cuestión de cómo vivir sin conflicto en todos los niveles de nuestro ser –intelectualmente, en nuestras emociones, en nuestros sentimientos, en nues-

tros comportamientos físicos–, tenemos que aprender. Aun cuando quien les habla pueda explorar para ustedes, son ustedes los que deben aprender, y esto significa que están explorando con él. Por consiguiente, el aprender es siempre aprender juntos, o sea, es un proceso de relación. Les ruego que comprendan la belleza de esto. Ustedes no pueden aprender solos. El aprender está en el hacer, en el actuar, y el actuar existe en la relación, no en el aislarse para examinar, analizar y así aprender. El aprender es un acto de relación, y la relación es vida. Y la vida es este extraordinario movimiento de la existencia cotidiana. Encontrar una manera de vivir en la que no haya conflicto alguno es el más grande de los descubrimientos y la más admirable manera de vivir.

Lo primero que hay que comprender es que el conflicto, por mucho que forme parte de nuestra vida, no puede producir, bajo ninguna circunstancia, una vida de profunda percepción alerta, silencio y belleza. Un hombre en conflicto no puede amar. Un hombre ambicioso carece en absoluto de amor. ¿Cómo podría amar? Se halla en conflicto, se siente frustrado, desea realizarse; todo lo impulsa hacia eso. Por lo tanto, no hay belleza, no hay afecto ni ternura. Puede haber sentimentalismo, emocionalismo, pero eso no es amor.

Una mente que comprende a fondo que el conflicto en cualquier forma, bajo cualquier circunstancia –por mucho que uno pueda estar habituado a él, por mucho que haya vivido con él–, destruye y pervierte, ha aprendido lo que implica el conflicto y comienza a aprender un modo de vida en el que no hay conflicto en absoluto. No obstante, estará tremendamente vivo, no se adormecerá, no se volverá apático, inactivo, torpe, estúpido. El hombre en conflicto es el que lleva una vida torpe, estúpida, insensible, no aquél que se halla libre de conflicto.

Pero para comprender y dar con este extraordinario estado de la mente exenta de conflicto, uno tiene que comprender la estructura y naturaleza del conflicto y ver de manera real, ob-

jetiva, todo lo que implica. Sin ver eso, uno jamás puede ir más allá. Es como un hombre que habla acerca de la belleza de la vida, que escucha música, va al teatro, ve en el atardecer los árboles recortados contra el sol poniente, pero no advierte la basura en las calles. Debido a que se ha acostumbrado a la basura de las calles, a la inmundicia, a la escualidez, a la pobreza, no es realmente un hombre que ame la belleza. Para amar la belleza, uno debe también darse cuenta de la inmundicia, la pobreza y la inhumanidad.

SAANEN, 12 DE JULIO DE 1964

¿Pueden ustedes, como individuos, investigarse a sí mismos de manera muy penetrante y despiadada, y descubrir si es del todo posible, para cada uno de nosotros, ser completamente libre? Por cierto, sólo en libertad puede haber cambio. Y nosotros *tenemos* que cambiar, no superficialmente, no en el sentido de podar un poquito aquí y un poquito allá, sino que debemos producir una mutación radical en la estructura misma de la mente. Por eso siento que es tan importante hablar del cambio, discutirlo y ver cuán lejos puede llegar cada uno de nosotros en la investigación de este problema.

¿Saben lo que entiendo por cambiar? Cambiar es pensar de una manera totalmente distinta; es originar un estado de la mente en el que no hay ansiedad en ningún momento, ni sentido alguno de conflicto, ni lucha por lograr, por ser o llegar a ser alguna cosa. Es estar completamente libre de temor. Para averiguar qué significa estar libre de temor, creo que debemos comprender esta cuestión del que imparte enseñanza y el que la recibe y, de tal modo, descubrir qué es el aprender. Aquí no hay uno que enseñe y no hay ninguna persona a la que esté enseñando. Todos estamos aprendiendo. Ustedes deben, pues, librarse completamente de la idea acerca de que alguien va a impartirles instrucción o les dirá lo que deben hacer, lo cual significa que la relación entre ustedes y quien les habla es por completo diferente. Estamos todos aprendiendo; nadie les enseña nada. Si realmente comprenden que

no están aquí para que alguien les enseñe algo, que no hay maestro que les enseñe ni salvador que les salve ni un gurú que les diga lo que deben hacer, si realmente comprenden este hecho, entonces tienen que hacerlo todo por sí mismos, y eso requiere una energía tremenda.

Por lo general, aprendemos mediante el estudio, los libros, la experiencia, o cuando nos imparten enseñanza. Son los medios habituales de aprender. Aprendemos de memoria lo que debemos hacer y lo que no debemos, lo que debemos pensar y lo que no, aprendemos cómo sentir, cómo reaccionar. A través de la experiencia, del estudio, del análisis, de la indagación, del examen introspectivo, almacenamos conocimientos como memoria, y la memoria responde, entonces, a nuevos retos y a nuevas exigencias, de lo cual aprendemos almacenando más y más conocimientos. Con este proceso estamos muy familiarizados; para nosotros es el único modo de aprender. No sé cómo hacer volar un avión, así que aprendo. Recibo instrucción, gano en experiencia y, a la larga, soy piloto de avión. Ése es el único proceso de aprender que conocemos casi todos nosotros. Aprendemos mediante el estudio, la experiencia, la instrucción. Lo que aprendemos, lo registramos en la memoria como conocimientos, y ese conocimiento actúa cada vez que hay un reto o cada vez que debemos hacer algo.

Ahora bien, pienso que hay una manera de aprender por completo diferente, pero para comprenderla y para aprender de esta manera diferente, ustedes deben estar totalmente libres de la autoridad. La autoridad impide el aprender –el aprender que no es la acumulación del conocimiento como memoria. La memoria responde siempre según patrones, de modo que carece de libertad. Un hombre cargado de conocimientos, de instrucciones, abrumado por las cosas que ha aprendido, jamás es libre. Puede no ser extraordinariamente erudito, pero su acumulación de conocimiento le impide ser libre y, en consecuencia, es incapaz de aprender.

Acumulamos diversas formas de conocimientos: científico, fisiológico, tecnológico, etc., y este conocimiento es indispensable para el bienestar físico del hombre. Pero también acumulamos conocimiento para estar a salvo, para funcionar sin perturbaciones, para actuar siempre dentro de los límites de nuestra propia información y, de tal modo, sentirnos seguros. No queremos sentirnos inseguros jamás, tememos la incertidumbre y, debido a eso, acumulamos conocimiento. Es de esta acumulación psicológica de la que estoy hablando, la cual bloquea completamente la libertad.

Así, pues, tan pronto uno comienza a investigar qué es la libertad, tiene que cuestionar no sólo la autoridad sino el conocimiento. Si ustedes se limitan a recibir instrucción, a acumular lo que oyen, lo que leen, lo que experimentan, encontrarán que nunca pueden ser libres, porque están funcionando siempre dentro del patrón de lo conocido. Esto es lo que, en realidad, nos sucede a casi todos nosotros. Entonces, ¿qué va uno a hacer?

Uno ve cómo funcionan la mente y el cerebro. El cerebro es una cosa de origen animal, progresiva, evolutiva, que vive y funciona dentro de los muros de su propia experiencia, su propio conocimiento, sus propias esperanzas y temores. Está perpetuamente activo defendiéndose y protegiéndose y, en cierta medida, tiene que hacerlo; de lo contrario, pronto sería destruido. Debe tener algún grado de seguridad, de modo que habitualmente se beneficia reuniendo toda clase de información, obedeciendo a toda clase de instrucciones, creando un modelo según el cual vivir y, por lo tanto, no estando libre jamás. Si uno ha observado su propio cerebro, el modo como uno funciona, es consciente de esta forma de vivir basada en patrones y en la cual no hay espontaneidad alguna.

¿Qué es, entonces, el aprender? ¿Existe una clase diferente de aprender, un aprendizaje que no sea acumulativo, que no se convierta en un mero trasfondo de memoria o conocimiento, el cual engendra patrones y bloquea la libertad? ¿Exis-

te una clase de aprendizaje que no se vuelva una carga, que no mutile la mente sino que, por el contrario, le brinde libertad? Si alguna vez se han planteado esta pregunta, no superficialmente sino a fondo, sabrán que uno ha de descubrir por qué la mente se aferra a la autoridad. Ya sea la autoridad del instructor, del salvador, del libro, o la autoridad del propio conocimiento y la propia experiencia, ¿por qué la mente se aferra a esa autoridad?

Ustedes saben, la autoridad adopta muchas formas. Está la autoridad de los libros, la autoridad de la iglesia, la autoridad del ideal, la autoridad de la propia experiencia y la autoridad del conocimiento que uno ha reunido. ¿Por qué nos aferramos a esas autoridades? Tecnológicamente son necesarias. Eso es simple y obvio. Pero estamos hablando del estado psicológico de la mente, y completamente aparte de la autoridad tecnológica, ¿por qué la mente se aferra a la autoridad en el sentido psicológico?

Es obvio que la mente se aferra a la autoridad porque teme la incertidumbre, la inseguridad; tiene miedo a lo desconocido, a lo que podría suceder mañana. Y, ¿podemos ustedes y yo vivir absolutamente sin ninguna autoridad, autoridad en el sentido de dominio, afirmación propia, dogmatismo, agresividad, deseo de éxito, fama, deseo de llegar a ser «alguien»? ¿Podemos vivir en este mundo, yendo a la oficina, etcétera, en un estado de completa humildad? Ésa es una cosa muy difícil de descubrir, ¿no es así? Pero considero que sólo en este estado de completa humildad –un estado en el que la mente está siempre dispuesta a no saber– es posible aprender. De otro modo, uno está acumulado continuamente y, en consecuencia, deja de aprender.

Entonces, ¿puede uno vivir día tras día en ese estado? Por cierto, una mente que está aprendiendo de veras no se basa en autoridad alguna, no busca la autoridad. Como se halla en constante estado de aprender, aprender no sólo de las cosas externas sino también de las internas, no pertenece a ningún grupo,

a ninguna sociedad, a ninguna raza ni cultura. Si uno está aprendiendo constantemente y sin acumular, de todo cuanto le sucede, ¿cómo puede haber autoridad alguna, maestro alguno? ¿Cómo puede uno seguir a nadie? Y ésa es la única manera de vivir; no aprendiendo de los libros –no quiero decir eso–, sino aprendiendo de las propias necesidades internas, del movimiento del propio pensar, del propio ser. Entonces nuestra mente está siempre fresca; lo mira todo con mirada nueva y no con los agotados ojos del conocimiento, de la experiencia, de aquello que ha aprendido. Si uno comprende esto de veras, profundamente, entonces cesa toda autoridad. Entonces quien les habla carece en absoluto de importancia.

No hay nadie que pueda darles el extraordinario estado que la verdad revela, esa inmensidad de lo real. No hay autoridad, no hay guía. Cada uno de ustedes debe descubrirlo por sí mismo y, de tal modo, generar cierto sentido de orden en este caos que llamamos vida. Es un viaje que debemos hacer completamente solos, sin acompañante, sin nuestra esposa ni nuestro marido, ni libro alguno. Sólo así podemos emprender este viaje; entonces está uno solo, no por culpa de la amargura, del cinismo o de la desesperación, sino porque ve el hecho de que esa soledad creativa es absolutamente necesaria. Es este hecho y la percepción de este hecho lo que nos da la libertad indispensable para viajar solos. El libro, el salvador, el maestro, somos nosotros mismos. Por lo tanto, uno tiene que investigarse a sí mismo, aprender acerca de sí mismo, lo cual no implica acumular conocimientos acerca de uno mismo y, con esos conocimientos acumulados, mirar los movimientos de nuestro propio pensar.

Para aprender acerca de nosotros mismos, para conocernos, debemos observarnos con un sentido de frescura, de libertad. Uno no puede aprender acerca de sí mismo si meramente aplica a ello conocimientos, o sea, si se mira en términos de lo que ha aprendido de algún instructor, de algún libro o de su propia experiencia.

El «sí mismo» es una entidad extraordinaria; es una cosa compleja, vital, tremendamente activa, cambia constantemente, pasa por toda clase de experiencias. Es un vórtice de enorme energía, y no hay nadie que pueda enseñarnos acerca de eso, ¡nadie! Es lo primero que debemos comprender. Una vez que lo comprendemos, que vemos la verdad de ello, ya nos hemos liberado de una pesada carga; hemos dejado de recurrir a algún otro para que nos diga lo que debemos hacer. Hemos comenzado a aspirar este extraordinario perfume de la libertad.

Tengo, pues, que conocerme a mí mismo, porque sin ese conocimiento propio no es posible poner fin al conflicto; no pueden terminar el miedo y la desesperarción, no puede haber comprensión acerca de la muerte. Cuando me comprendo a mí mismo, comprendo a todos los seres humanos, toda la relación humana. Comprendernos a nosotros mismos es aprender acerca del cuerpo físico y de las diversas respuestas de los nervios, es darnos cuenta de cada movimiento del pensar, es comprender la cosa llamada celos, la brutalidad, y también descubrir qué es el afecto, qué es el amor. Es comprender en su totalidad qué son el «yo» y el «tú».

El aprender no es un proceso de sentar las bases del conocimiento. El aprender es de instante en instante; es un movimiento en el cual uno se observa infinitamente a sí mismo, sin condenar, juzgar ni evaluar jamás; simplemente observa. Tan pronto condena, interpreta o evalúa, tiene un patrón de conocimiento, de experiencia, y ese patrón le impide aprender.

Una mutación en la raíz misma de la mente sólo es posible cuando uno se comprende a sí mismo. Y una mutación así es indispensable; *tiene* que haber un cambio. No uso la palabra *cambio* en el sentido de ser influidos por la sociedad, por el clima, por la experiencia o por alguna otra forma de presión. Las presiones y las influencias no harán más que empujarnos en cierta dirección. Me refiero al cambio que ocurre sin esfuerzo alguno, porque nos comprendemos a nosotros mis-

mos. Por cierto, hay una diferencia enorme entre ambos cambios, entre el cambio producido por obra de la compulsión y el cambio que adviene espontáneamente, naturalmente, libremente.

Vean, yo siento que nuestra vida es muy superficial. Conocemos y hemos experimentado muchísimo, podemos hablar muy ingeniosamente, pero carecemos de verdadera profundidad. Vivimos en la superficie y, viviendo en la superficie, tratamos de convertir ese vivir superficial en algo muy serio. Pero yo estoy hablando de una seriedad que no pertenece tan sólo al nivel superficial; es una seriedad que penetra en las profundidades mismas de nuestro ser. Muy pocos de nosotros estamos verdaderamente libres de preocupaciones, de hábitos, de impedimentos psicosomáticos, libres de temor, y siento que, a menos que lo estemos, nuestra vida seguirá siendo terriblemente superficial y vacía, y en esa condición seguiremos envejeciendo y muriendo.

Averigüemos, pues, si podemos abrirnos paso por esta existencia superficial que tan esmeradamente hemos alimentado, y explorar así en algo mucho más profundo. El proceso de explorar no puede basarse en la autoridad, no es cuestión de que otro nos diga cómo hacerlo, porque no hay nadie que pueda decírnoslo. Lo que aquí tenemos que hacer es aprender juntos qué es lo verdadero en todo esto y, una vez que lo hayamos comprendido, se habrá acabado todo intento de recurrir a la autoridad. Entonces no necesitaremos ningún libro, no acudiremos a ninguna iglesia, a ningún templo; habremos dejado de ser seguidores. En la libertad hay una gran belleza, una gran profundidad, un gran amor; no conocemos absolutamente nada de eso, porque no somos libres. De modo que nuestro primer interés, me parece, es investigar esta libertad, no sólo mediante el análisis verbal o lingüístico, sino también estando libres de la palabra.

***

Hace mucho calor, pero me temo que ya hemos hecho todo lo posible para que el interior de esta carpa sea moderadamente fresco.

¿Saben?, es indispensable que nos disciplinemos, no mediante imposiciones ni controles rígidos, sino comprendiendo toda la cuestión de la disciplina, aprendiendo al respecto. Tomemos precisamente esta cosa inmediata, el calor. Uno puede estar consciente de este calor y no molestarse por él, porque su interés, su investigación, que es el movimiento de aprender, es mucho más importante que el calor y la incomodidad del cuerpo. Así, pues, el aprender requiere disciplina, el acto mismo de aprender es disciplina; por lo tanto, no hay necesidad de una disciplina impuesta ni de un control artificial. O sea, quiero prestar atención no sólo a lo que se está diciendo, sino también a todas las reacciones que esas palabras despiertan en mí. Quiero tener conciencia de cada movimiento del pensar, de cada sentimiento, de cada gesto. Eso es, en sí mismo, disciplina, y una disciplina así es extraordinariamente flexible.

Lo primero que cada uno de ustedes tiene que descubrir, pues, es si, como ser humano que vive en una determinada cultura o comunidad, necesita realmente libertad, tal como necesita comida, sexo, comodidades, y hasta qué profundidad está dispuesto a llegar para tener esta libertad. Ésta es la única cosa que tenemos que compartir, ésta y nada más. Porque todo lo demás se vuelve mero sentimentalismo, emocionalismo, mera devoción, lo cual es muy inmaduro. Pero si ustedes y yo juntos, estamos realmente buscando, investigando, aprendiendo lo que significa ser libre, entonces podremos compartir esta plenitud.

Como dije al comienzo, aquí no hay un instructor, no hay discípulos. Cada uno de nosotros está aprendiendo, pero no acerca de otra persona. Ustedes no aprenden acerca de quien les habla o acerca del prójimo. Están aprendiendo acerca de sí mismos. Y, si aprenden acerca de sí mismos, entonces cada

uno de ustedes es quien les habla, es su prójimo. Si aprenden acerca de sí mismos, pueden amar al prójimo; de lo contrario no podrán, y todo esto quedará en meras palabras. No pueden amar al prójimo si son competitivos. Toda nuestra estructura social –económica, política, moral, religiosa– se basa en la competencia, y al mismo tiempo decimos que debemos amar a nuestro prójimo. Una cosa así es imposible, porque donde hay competencia no puede haber amor.

Para comprender, pues, qué es el amor, qué es la verdad, tiene que haber libertad, y no hay nadie que pueda dárnosla. Tenemos que encontrarla por nosotros mismos mediante un arduo trabajo.

MADRÁS, 16 DE DICIEMBRE DE 1959

Pienso que sería maravilloso si uno pudiera comunicar, sin palabras, lo que verdaderamente siente acerca de todo el problema de la existencia. Además de la necesidad superficial de tener un trabajo y cosas así, están los profundos impulsos internos, las exigencias psicológicas, los estados contradictorios del ser, tanto conscientes como inconscientes; y me pregunto si no es posible ir más allá de todo eso, más allá de las fronteras que la mente misma se ha impuesto, más allá de los límites estrechos del propio corazón, y vivir allí, actuar, pensar y sentir desde ese estado mientras desarrollamos nuestras actividades cotidianas. Pienso que es posible, no sólo la comunicación de ello, sino el hecho mismo.

Por cierto, podemos romper las limitaciones que la mente se ha impuesto, porque, al fin y al cabo, tenemos sólo un problema. Tal como el árbol con sus muchas raíces, sus numerosas ramas y hojas, es una totalidad, así tenemos un solo problema básico. Y si, por algún milagro, por alguna gracia, por algún modo de mirar las nubes de un atardecer, la mente pudiera volverse extraordinariamente sensible a cada movimiento del pensar, del sentir, si pudiera hacer eso, no teóricamente sino de hecho, entonces pienso que habríamos resuelto nuestro problema.

Como dije, en esencia hay un único problema, el pro-

blema del «yo» y sus impulsos, del cual surgen todos los demás problemas. Nuestros verdaderos problemas no son cómo descender en la Luna o cómo disparar un cohete a Venus; nuestros verdaderos problemas son muy profundos, pero, por desgracia, parece que no sabemos cómo habérnoslas con ellos. No estoy del todo seguro de que nos demos cuenta siquiera de cuál es nuestro verdadero problema. Conocer el amor, percibir lo bello de la naturaleza, venerar algo que está más allá de las creaciones del hombre... pienso que todo esto se nos niega si no comprendemos nuestros problemas inmediatos.

Me gustaría reflexionar junto con ustedes acerca de esta pregunta: ¿Puede o no la mente derribar sus propias fronteras, ir más allá de sus propias limitaciones, dado que nuestras vidas son, obviamente, muy superficiales? Podemos tener todas las riquezas que la tierra es capaz de darnos, podemos ser muy eruditos, haber leído muchos libros y ser capaces de citar muy doctamente a todas las autoridades establecidas pasadas y presentes; o podemos ser muy sencillos, limitarnos a vivir y luchar día tras día con todos los pequeños placeres y dolores de la vida familiar. Cualquier cosa que uno sea es, indudablemente, de máxima importancia para descubrir de qué modo pueden suprimirse las barreras que la mente ha creado para sí misma. A mi entender, éste es nuestro problema fundamental. A causa de la así llamada educación, de la tradición, de diversas formas de condicionamiento social, moral y religioso, la mente se halla limitada, atrapada en un cambiante torbellino de influencias ambientales. ¿Es posible para la mente romper con todo este condicionamiento, de modo tal que pueda vivir con felicidad, percibiendo la belleza de las cosas, experimentando un extraordinario sentido de vida inconmensurable?

Pienso que es posible, pero no creo que sea un proceso gradual. La ruptura no tiene lugar a través de la evolución, del tiempo. Ocurre instantáneamente o nunca. La percepción

de la verdad no adviene al cabo de muchos años. No hay una mañana en la comprensión. O la mente comprende en seguida o no comprende en absoluto. Es muy difícil para la mente ver esto, porque casi todos estamos acostumbrados a pensar en términos del mañana. Decimos: «denme tiempo, déjenme tener más experiencias y, a la larga, comprenderé». Pero, ¿no han notado ustedes que la comprensión llega siempre en un destello, jamás por obra del cálculo, del tiempo, de la práctica y el lento desarrollo? La mente que confía en esta comprensión gradual es esencialmente perezosa. No pregunten: «¿cómo puede volverse alerta, vital, activa, una mente perezosa?». No hay un «cómo». Por más que una mente necia trate de volverse inteligente, seguirá siendo necia. Una mente mezquina no deja de ser mezquina adorando al dios que ha inventado. El tiempo no va a revelar la belleza de nada. Lo que realmente nos permite comprender, es el estado de atención; simplemente, estar atentos, siquiera por un segundo, con la totalidad del ser, sin cálculo, sin premeditación alguna. Si ustedes y yo podemos estar totalmente atentos en el instante, entonces creo que hay una captación instantánea, una comprensión total.

Pero es muy difícil entregar toda nuestra atención a algo, ¿no es así? No sé si alguna vez han intentado mirar una flor con la totalidad del ser, o estar completamente alerta a los movimientos de la propia mente. Si lo han hecho, sabrán con qué claridad la atención total enfoca cualquier problema. Pero no es fácil conceder una atención semejante a algo, porque nuestras mentes son muy «respetables»; están debilitadas por las palabras y los símbolos, por ideas acerca de lo que debería ser y lo que no debería ser.

Estoy hablando de la atención, y me pregunto si están prestando atención, no sólo a lo que se dice, porque eso es de importancia secundaria, sino si están atentos en el sentido de advertir totalmente los obstáculos, los bloqueos que la mente ha creado para sí misma. Si pueden darse cuenta de es-

tas esclavitudes mentales –sólo darse cuenta, sin decir: «¿qué puedo hacer al respecto?»– descubrirán que ellas comienzan a disolverse, entonces adviene un estado de atención en el que no hay opciones ni hay divagación posible, puesto que ya no existe un centro desde el cual la mente pueda divagar. Ese estado de atención es bondad, y es la única virtud. No existe otra virtud.

Nos damos cuenta, pues, de que nuestras mentes son muy limitadas. Hemos reducido la tierra y los cielos, el vasto movimiento de la vida, a un pequeño rincón llamado el «yo», el «sí mismo», con su perpetua lucha por ser o no ser. ¿De qué modo puede esta mente, que es tan pequeña, tan mezquina, tan egocéntrica, abrirse paso por las fronteras, las limitaciones que ella misma se ha impuesto? Como dije, sólo gracias a la atención, en la que no existe opción alguna, puede ser vista la verdad. Y es esta verdad la que termina con la esclavitud, la que derriba las limitaciones; no lo hacen nuestro esfuerzo ni nuestra meditación ni nuestras prácticas ni nuestras disciplinas ni nuestros controles.

Para hallarse en este estado de atención se requiere, por cierto, un conocimiento del «yo» y de sus comportamientos. Debo conocerme a mí mismo; mi mente debe conocer el movimiento de cada una de mis emociones, de cada uno de mis pensamientos. Pero el conocimiento es un hecho peculiar: es acumulativo, está siempre en el pasado. En el presente sólo existe el conocer. El conocimiento siempre influye en el conocer. Aquí estamos interesados en el conocer y no en el conocimiento, porque el conocimiento acerca de uno mismo distorsiona la acción de conocerse a sí mismo. Pienso que hay una diferencia entre conocerme a mí mismo todo el tiempo, y el conocimiento acerca de mí mismo. Cuando el conocimiento propio es una acumulación de informaciones que he reunido sobre mí mismo, impide que me comprenda a mí mismo.

Miren, el «sí mismo», el «yo», es muy intranquilo; está siempre moviéndose de aquí para allá, jamás está quieto. Es

como el río tormentoso: hace un ruido tremendo mientras se precipita hacia el valle. Es una cosa viviente, activa; y ¿cómo puede uno tener conocimiento acerca de algo que se mueve constantemente, que nunca es lo mismo? El «yo» se halla siempre en movimiento, jamás está tranquilo, quieto; ni por un instante. Cuando la mente lo ha observado, ya desapareció. No sé si alguna vez han tratado de mirarse a sí mismos inmovilizando la mente en cualquier cosa. Si hacen eso, la cosa que han inmovilizado está constantemente delante de ustedes; por lo tanto, han llegado al término del conocimiento propio. ¿Estoy comunicando algo?

El conocimiento es siempre destructivo para el conocer. El conocerse a sí mismo nunca es acumulativo; no culmina en un punto desde el cual juzguemos el hecho de lo que es el «yo». Vean, nosotros acumulamos conocimiento y, desde allí, juzgamos; ésa es nuestra dificultad. Habiendo acumulado conocimiento a través de la experiencia, del aprendizaje, de las lecturas, pensamos, funcionamos desde ese trasfondo. Asumimos una posición basada en el conocimiento y desde allí decimos: «lo sé todo acerca del "yo". El "yo" es codicioso, estúpido, desea perpetuamente ser superior». Tan pronto asumen ustedes una posición basada en el conocimiento, ese conocimiento resulta ser muy superficial. Pero si no hay acumulación de conocimiento sobre la cual la mente pueda descansar, sólo existe el movimiento de conocer, y entonces la mente se vuelve extraordinariamente rápida en sus percepciones.

Lo importante, pues, es el conocerse a sí mismo, y no el conocimiento acumulado acerca de uno mismo. Conocer el movimiento del pensar, conocer el movimiento del sentir, conocerlos sin acumulación –y, por ende, sin un solo instante de juicio, de condena– es esencial, porque apenas hay acumulación, hay un pensador. La acumulación del conocimiento confiere una posición a la mente, un centro desde el cual pensar; ello da origen a un observador que juzga, condena, iden-

tifica. Pero cuando hay un conocerse a sí mismo, no existen ni el observador ni lo observado; sólo hay un estado de atención, de vigilancia, un estado de aprender.

Por cierto, una mente que ha acumulado conocimiento jamás puede aprender. Si ha de aprender no debe llevar la carga del conocimiento, la carga de lo que ha acumulado. Debe ser fresca, inocente, debe estar libre del pasado. La acumulación del conocimiento da origen al «yo»; pero el conocer jamás puede hacer eso, porque conocer es aprender, y una mente que está aprendiendo continuamente no puede tener un lugar de descanso. Si ustedes perciben realmente la verdad de esto, no mañana sino ahora, descubrirán que sólo existe un estado de atención, de aprender, en el que jamás hay un instante de acumulación, y entonces los problemas que hoy tiene la mayoría habrán desaparecido por completo. Pero esto no es un truco mediante el cual vayan a resolver sus problemas, ni es una lección para que la aprendan.

Vean, una sociedad como la nuestra –ya sea india, rusa, americana o la que prefieran– no sólo es adquisitiva en la persecución de cosas materiales, sino también en términos de compartir, ganar, llegar, realizar. Esta sociedad ha moldeado de tal manera nuestros modos de pensar, que no podemos pensar en términos de llegar a alguna parte, de lograr la paz interior, etc. Nuestro modo de abordar la vida es siempre adquisitivo. Físicamente, hasta cierto punto tenemos que adquirir cosas: es obvio que debemos proveernos de alimento, ropa y techo. Pero la mente usa estas cosas como un medio para ulteriores adquisiciones. Me estoy refiriendo a la adquisición en el sentido psicológico. Tal como la mente hace uso de las necesidades físicas para adquirir prestigio y poder, así, mediante el conocimiento, se establece en una posición de certidumbre psicológica. El conocimiento nos brinda una sensación de seguridad, ¿no es cierto? Desde nuestro trasfondo de experiencia, de conocimiento acumulado acerca de nosotros mismos, pensamos y vivimos, y este proceso crea un estado

de dualidad: lo que soy, y lo que pienso que debería ser. Hay, por lo tanto, una contradicción, una constante batalla entre ambas cosas. Pero si uno observa este proceso de manera amplia y abarcadora, si lo comprende, si de veras percibe su significado; entonces hallará que la mente es espontáneamente buena, alerta, afectuosa; está siempre aprendiendo, jamás adquiriendo. El conocimiento propio tiene entonces un significado por completo diferente, porque ya no es una acumulación de conocimientos acerca de uno mismo. El conocimiento acumulado respecto de uno mismo es pequeño, trivial, limitador, pero el conocerse es infinito, no tiene límites. Nuestro problema es, entonces, abandonar en el instante los rumbos del hábito, de la costumbre, de la tradición, y nacer de nuevo.

Una de nuestras dificultades en todo esto es el problema de la comunicación, de la comunión. Yo quiero decirles algo y, en el decirlo mismo, ello es falseado por la expresión, por la palabra que uno usa. Lo que quisiera comunicarles, estableciendo con ustedes una comunión al respecto, es muy simple: el total e instantáneo abandono del «yo». Eso es todo; no lo que ocurre después de eso o el sistema que habrá de generarlo. No hay sistema, porque tan pronto practican ustedes un sistema, es obvio que están fortaleciendo el «yo». La mente no puede soltar de repente las anclas que ha echado en los distintos patrones de la existencia.

En algún anochecer, justo cuando el sol se estaba poniendo y relumbraban los verdes arrozales, mientras pasaba un transeúnte solitario y volaban los pájaros, debe haberles sucedido que de pronto advino una paz extraordinaria en el mundo. No había un «yo» observando, sintiendo, pensando, porque uno era esa belleza si alguna vez miraron de frente el mundo, la vastedad de los cielos. ¿Cómo ocurre eso? Cuando súbitamente no hay preocupación alguna, cuando uno ya no está pensando que ama a alguien o no se pregunta si alguien le ama, y es uno el que se halla en ese estado de amor, en ese estado de belleza, ¿qué ha ocurrido? El árbol verde, el cielo

azul, las danzantes aguas del mar, toda la belleza de la tierra... todo esto ha echado fuera el feo, mezquino y pequeño «yo» y, por un instante, uno *es* todo eso. Éste es, por cierto, el estado de olvido de uno mismo sin que en ello intervenga cálculo alguno.

Para percibir este sentido de olvido del «yo», uno necesita pasión. No podemos ser sensibles si no somos apasionados. No teman a la palabra *pasión*. Casi todos los libros religiosos, los gurúes, los *swamis* y los líderes dicen: «no tengas pasión». Pero si uno no tiene pasión, ¿cómo puede ser sensible a lo feo, a lo bello, a las hojas susurrantes, a la puesta del sol, a una sonrisa, a un llanto? ¿Cómo puede uno ser sensible sin un sentido de pasión, pasión en la que hay olvido de sí mismo? No pregunten cómo adquirir pasión. Una persona es bastante apasionada cuando trata de conseguir un buen empleo, cuando odia a un pobre tipo o cuando siente celos de alguien, pero estoy hablando de algo por completo diferente, de una pasión que *ama*. El amor es un estado en el que no hay «yo». Es un estado en el que no hay condena, no hay un decir que el sexo es correcto o incorrecto, que esto es bueno y aquello otro es malo. El amor no es ninguna de estas cosas contradictorias. La contradicción no existe en el amor. Y ¿cómo puede uno amar si no es apasionado? Sin pasión, ¿cómo podemos ser sensibles? Ser sensibles es percibir al prójimo que se sienta junto a uno, es ver lo desagradable de una ciudad con su escualidez, su suciedad, su miseria, y ver la belleza del río, del mar, del cielo. Si no somos apasionados, ¿cómo podemos ser sensibles a todo eso? ¿Cómo podemos sentir una sonrisa, una lágrima? El amor, les aseguro, es pasión. Y sin amor, hagan lo que hicieren –seguir a este o a aquel gurú, leer todos los libros sagrados, convertirse en el más grande de los reformadores, estudiar a Marx y hacer una revolución–, ello no tendrá valor alguno, porque cuando el corazón está vacío, sin pasión, sin esta extraordinaria sencillez, no puede haber olvido de sí mismo.

Por cierto, la mente sólo se ha olvidado de sí misma y de sus amarras cuando no hay deseo de seguridad. Una mente que busca la seguridad nunca puede saber qué es el amor. El olvido de sí mismo no es el estado del devoto ante su ídolo o su imagen mental. Aquello de lo que estamos hablando es tan diferente de eso como la luz lo es de la oscuridad. El olvido de sí mismo sólo puede acaecer cuando no lo cultivamos y cuando nos conocemos a nosotros mismos. Les ruego que escuchen y exploren cuidadosamente esto.

Cuando la mente ha comprendido el significado del conocimiento, sólo entonces uno se conoce a sí mismo, y ese conocerse a sí mismo implica olvido de sí mismo. Uno ha dejado de apoyarse en cualquier experiencia como un centro desde el cual observar, juzgar, sopesar; por lo tanto, la mente ya se ha sumergido en el movimiento de olvido de sí mismo. En ese olvido hay sensibilidad. Pero la mente encerrada en sus hábitos de comida, de pensamiento, en su hábito de no mirar nunca nada, una mente así es obvio que no puede ser sensible, que no puede amar. En el abandono mismo de sus propias limitaciones, la mente se vuelve sensible y, en consecuencia, inocente. Y sólo la mente en estado de inocencia conoce el amor, no así la mente calculadora, la mente que ha dividido el amor en carnal y espiritual. En ese estado hay pasión, y sin pasión la realidad no se acercará jamás a nosotros. Es la mente debilitada la que invita a la realidad, es la mente torpe, codiciosa, la que persigue la verdad, la que anda a la búsqueda de Dios. Pero lo innominable llega tan sólo a la mente que conoce la pasión en el amor.

DEL *«DIARIO DE KRISHNAMURTI»* PARÍS, SEPTIEMBRE DE 1961

Septiembre 21

La luz del amanecer se refleja sobre el río y el tráfico a través del puente era impetuoso y veloz. La acera se hallaba atestada de gente que regresaba a sus casas después de una jornada de trabajo en las oficinas. El río centelleaba, había ondas pequeñas persiguiéndose unas a otras con gran deleite. Uno casi podía oírlas, pero la furia del tráfico era excesiva. Más lejos, en la parte baja del río, la luz sobre el agua estaba cambiando, haciéndose más profunda, y pronto se oscurecía del todo. La luna se hallaba al otro lado de la enorme torre, luciendo muy artificial y fuera de lugar; no tenía realidad, pero la alta torre de acero se veía real; había gente en ella. El restaurante de arriba estaba iluminado y uno podía ver multitudes que entraban. Y como la noche era brumosa, los rayos de las luces giratorias eran más intensos que la luna. Todo parecía muy lejano, excepto la torre. ¡Qué poco sabemos acerca de nosotros mismos! Parece que sabemos mucho acerca de otras cosas, la distancia a la Luna, la atmósfera de Venus, cómo armar los más extraordinarios y complicados cerebros electrónicos, cómo desintegrar los átomos y las más íntimas partículas de materia. Pero sabemos muy poco acerca de nosotros mismos. Ir a la Luna es mucho más excitante que penetrar en uno mismo; quizá se deba a que uno es perezoso o

está atemorizado, o porque penetrar en uno mismo no rinde beneficios en el sentido de dinero y éxito. Es un viaje mucho más largo que el de ir a la Luna; no hay máquina disponible para hacer ese viaje, y nadie puede ayudarnos, ningún libro, ninguna clase de teorías ni guía alguno. Es un viaje que debemos hacer por nosotros mismos. Es preciso tener para ello muchísima más energía que para inventar y armar las partes de una inmensa maquinaria. Esa energía no podemos lograrla por medio de ninguna droga, ni por la interacción en las relaciones ni mediante el control o la negación. No hay dioses ni rituales, ni creencias ni plegarias que puedan dárnosla. Por el contrario, en el acto mismo de descartar estas cosas, de darnos cuenta de lo que significan, esa energía llega para penetrar en la conciencia y más allá.

Uno no puede comprar esa energía mediante los conocimientos que acumula acerca de sí mismo. Toda forma de acumulación y el apegarse a ella, degrada y pervierte esa energía. El conocimiento acerca de uno mismo pesa, lo ata a uno, lo restringe; no hay libertad para moverse, y uno actúa y se mueve dentro de los límites de ese conocimiento. Aprender acerca de uno mismo nunca es igual que acumular conocimientos acerca de uno mismo. El aprender es presente activo, y el conocimiento es el pasado; si uno está aprendiendo con el fin de acumular, eso ya no es aprender. El conocimiento es estático, puesto que es posible sumarle o restarle conocimientos, pero el aprender es activo, nada puede sumársele o restársele, porque en ningún momento hay acumulación. El conocer, el aprender acerca de uno mismo no tiene comienzo ni final, mientras que el conocimiento los tiene. El conocimiento es finito, y el aprender, el conocer, es infinito.

Uno es el resultado de la acumulación de muchos miles de siglos del hombre, de sus esperanzas y deseos, de sus culpas y ansiedades, sus creencias y sus dioses, sus realizaciones y frustraciones; uno es todo eso y cuanto se le ha agregado en tiempos recientes. Aprender acerca de todo esto, en lo pro-

fundo y en lo superficial, no implica meros enunciados verbales o intelectuales de lo obvio, meras conclusiones. Aprender es experimentar estos hechos, emocionalmente y de manera directa; es entrar en contacto con ellos no teórica ni verbalmente, sino realmente, como un hombre hambriento respecto de la comida.

El aprender no es posible si hay «uno» que aprende; el «uno» que aprende es lo acumulado, el pasado, el conocimiento. Existe una división entre el que aprende y la cosa acerca de la cual está aprendiendo; por lo tanto, entre ambos hay conflicto. Este conflicto destruye, degrada la energía necesaria para aprender, para seguir hasta su terminación misma la estructura total de la conciencia. La opción es conflicto, y la opción impide ver; la condena, el juicio, también impiden ver. Cuando se ve este hecho, no comprendido verbalmente ni teóricamente, sino que en verdad se ve como un hecho, entonces, al aprender es un acontecer de instante en instante. Y el aprender no termina jamás; el aprender es lo fundamental, no los fracasos, éxitos y errores. Sólo existe el ver, no el que ve y la cosa vista. La conciencia es limitada; su naturaleza misma es la restricción; funciona dentro de la estructura de su propia existencia, que es el conocimiento, la experiencia, la memoria. El aprender acerca de este condicionamiento demuele la estructura; entonces el pensamiento y el sentimiento tienen la función limitada que les corresponde y no pueden interferir con las cuestiones más amplias y profundas de la vida. Donde el «yo» termina, con sus intrigas ocultas y evidentes, sus instintos compulsivos y sus exigencias, penas y alegrías, allí comienza un movimiento de la vida que está más allá del tiempo con su esclavitud.

Septiembre 25

La meditación es el florecimiento de la comprensión. La comprensión no se halla dentro de las fronteras del tiempo; el tiempo jamás trae comprensión. La comprensión no es un

proceso gradual que deba acumularse poco a poco, con cuidado y paciencia. La comprensión es ahora o nunca, es un rayo que destruye, no una cosa dócil y sumisa. Esto es lo que nos infunde temor, esto que destroza; por eso lo evitamos, consciente o inconscientemente. La comprensión puede alterar el curso de nuestra vida, nuestro modo de pensar y actuar; puede ser grata o no, pero es un riesgo para toda relación. Pero sin comprensión, el dolor habrá de continuar. El dolor termina sólo a través del conocimiento propio, de la percepción lúcida de cada pensamiento y sentimiento, de cada movimiento de lo consciente y de lo oculto. La meditación es la comprensión de la conciencia, de la conciencia recóndita y de la visible, así como del movimiento que está más allá de todo pensar y sentir.

El especialista no puede percibir lo total; su cielo es aquello en que se especializa, pero su cielo es un asunto mezquino del cerebro, el cielo de la religión o el del técnico. La capacidad, el don, es evidentemente perjudicial porque fortalece el egocentrismo; es algo fragmentario y, por lo tanto, engendra conflicto. La capacidad sólo tiene importancia en la percepción total de la vida, percepción que está en el campo de la mente y no del cerebro. La capacidad con su función se halla dentro de los límites del cerebro y por eso se vuelve despiadada, indiferente al proceso total de la vida. La capacidad engendra orgullo, envidia, y su realización se vuelve sumamente importante; así es como produce confusión, enemistad y dolor. Sólo tiene sentido en la percepción integral de la vida. La vida no está tan sólo en un nivel fragmentario: pan, sexo, prosperidad, ambición. La vida no es fragmentaria; cuando se la obliga a serlo, se convierte enteramente en un asunto de desesperación y desdicha interminables. El cerebro funciona en la especialización del fragmento, en las actividades autoaislantes y dentro del campo limitado del tiempo. Es incapaz de ver la totalidad de la vida. El cerebro, por muy educado que esté, es una parte, no es lo total. Sólo la mente ve lo total

y, dentro del campo de la mente, está el cerebro; el cerebro, haga lo que hiciere, no puede contener a la mente.

Para que haya un ver total, el cerebro tiene que hallarse en un estado de negación. La negación no es lo opuesto de lo positivo; todos los opuestos están estrechamente relacionados entre sí. La negación no tiene opuesto. Por lo tanto, un ver total requiere que el cerebro se encuentre en estado de negación; no debe interferir con sus evaluaciones y justificaciones, con sus condenaciones y defensas. Tiene que estar quieto, no aquietado por alguna clase de compulsión, porque entonces es un cerebro muerto que tan sólo imita y se amolda. Cuando se halla en estado de negación, está quieto sin preferencia alguna. Sólo entonces existe un ver total. En esta calidad de la mente que es el ver total, no hay «uno» que ve, no hay observador ni experimentador; sólo existe el ver. La mente se halla entonces completamente despierta. En este estado de pleno despertar no existen el observador y lo observado; sólo hay luz, claridad. Cesan la contradicción y el conflicto entre el pensador y el pensamiento.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y RECONOCIMIENTOS

Del texto literal de la primera plática pública en Madrás, 22 de octubre de 1958, volumen XI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 Krishnamurti Foundation of America (KFA).

Del texto literal de la quinta plática pública en Bombay, 24 de febrero de 1957, volumen X, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

¿El erudito o el sabio?, de *Comentarios sobre el Vivir, Primera Serie,* © 1956, Krishnamurti Writings, Inc. (KWINC).

Del *DIARIO de Krishnamurti,* © 1976, Krishamurti Foundation Trust, Ltd. (KFTL).

De la grabación magnetofónica de la segunda plática pública en Saanen, 19 de julio de 1970, © 1970/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la tercera plática en Brockwood Park, 12 de septiembre de 1970, © 1979/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la primera plática pública en Saanen, 15 de julio de 1973, © 1973/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica del segundo diálogo público en Brockwood Park, 6 de septiembre de 1973, © 1973/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica del segundo diálogo público en Brockwood Park, 31 de agosto de 1978, © 1978/1994 KFTL.

De la grabación magnetofónica de la cuarta plática pública en Ojai, 15 de abril de 1979, © 1979/1994 KFTL.

Del texto literal de la undécima charla con los estudiantes en Rajghat, 22 de diciembre de 1952, volumen VII, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Nueva Delhi, 17 de febrero de 1960, volumen XI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1991 KFA.

Del texto literal de la tercera plática pública en Madrás, 23 de diciembre de 1964, volumen XV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal de la cuarta plática pública en Bombay, 21 de febrero de 1965, volumen XV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal del primer diálogo público en Saanen, 4 de agosto de 1965, volumen XV, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal de la segunda plática pública en Bombay, 16 de febrero de 1966, volumen XVI, *Obras Completas de J. Krishnamurti,* © 1992 KFA.

Del texto literal de la primera plática en Saanen, 12 de julio de 1964, volumen XVI, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1992 KFA.

Del texto literal de la octava plática en Madrás, 16 de diciembre de 1959, volumen XI, *Obras Completas de J. Krishnamurti*, © 1991 KFA.

Del *Diario de Krishnamurti*, © 1976 KFTL.

ÍNDICE

«Hay un nombre que emerge hoy en contraste con todo lo que es confuso, sospechoso, pedante y esclavizador: Krishnamurti. He aquí un hombre de nuestro tiempo de quien puede decirse que es un maestro de la realidad. Es único.»

HENRY MILLER

Sobre el aprendizaje y la sabiduría reúne las reflexiones más profundas de Krishnamurti acerca de la naturaleza del aprendizaje y el conocimiento acumulado.

En esta colección inédita de textos, Krishnamurti investiga el efecto de estos temas en la percepción humana, y apunta que nuestra dependencia del conocimiento acumulado puede ser potencialmente desastrosa, tanto para las relaciones personales como para las relaciones humanas globales.

El autor destaca los usos necesarios del conocimiento, y, al mismo tiempo, aquel conocimiento que es psicológicamente dañino, ofreciendo nuevas técnicas de aprendizaje a través de las cuales poder alcanzar una percepción más precisa y profunda de lo desconocido. Es el meollo de la verdadera sabiduría.

J. Krishnamurti (1895-1986), uno de los personajes más influyentes del siglo XX, ha sido un maestro espiritual cuyas charlas y escritos han tenido una inmensa resonancia. Entre sus obras de esta serie temática, Kairós ha publicado: *Sobre Dios, Sobre la naturaleza y el medio, Sobre la mente y el pensamiento, Sobre la vida y la muerte* y *Sobre el amor y la soledad*.

ISBN 84-7245-352-9



Colección Sabiduría Perenne
Editorial Kairós

KRISHNAMURTI

Sobre el aprendizaje y la sabiduría

Kairós